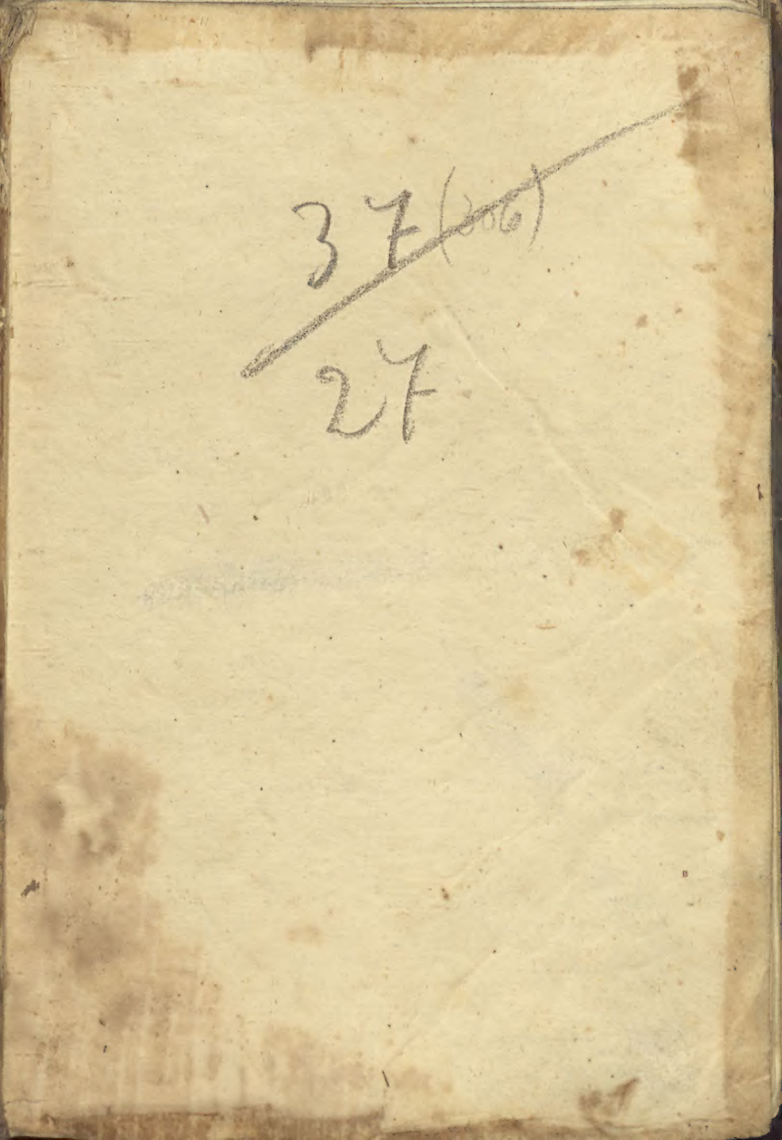



37 (306)
27




37
27
C. V. J.
BIBLIOTECA PROVINCIAL
UNIVERSITARIA



EJEMPLOS MORALES

ó

LAS CONSECUENCIAS

DE LA BUENA

Y DE LA MALA EDUCACION

EN LOS VARIOS DESTINOS DE LA SOCIEDAD.

Castelvilar

Cádiz

CÁDIZ: MAYO 1834.

LIBRERIA DE FEROS,
calle de San Francisco número 51.

Lola G. Gomez

Imprenta de D. José Antonio Niel,
c. de S. Francisco n. 95.

PROLOGO.

Es una verdad incontestable que se enseña mejor la moral á la juventud con ejemplos que con preceptos, porque la aridez de estos suele retraer tanto como halaga y embelesa la relacion de los sucesos verdaderos, ó muy verosímiles. Aconsejan algunos que estos ejemplos se den á los niños en fábulas ó apólogos; pero esta máxima me parece perniciosa, pues desde luego advierten, que siendo falso el razonar que se atribuye á bestias, ó séres inanimados, todo es fingido: por consecuencia no les hace efecto la instruccion, y se les acostumbra á mirar sin horror la ficcion y la mentira.

Siempre he echado de menos en las

escuelas de primera educacion un libro en que las verdades mas importantes, y los varios deberes del hombre en los diferentes destinos de la Sociedad, se hallasen envueltos en narraciones sencillas y probables, que escitasen la curiosidad de los niños, y les presentasen un modelo perfecto para cada estado.

Conozco las obras de Madama de Beaumont, las de Arnaud, Joufret y Berquin, y sé que tenemos un Telémaco, un Robinson, y otros libros de esta clase: pero ademas de que son muy costosos para los niños que concurren á las primeras escuelas, entiendo que casi toda la sublime doctrina que contienen se dirije á la instruccion y al recreo de los jóvenes mas distinguidos y acomodados, con los cuales no habla directamente la mia, puesto que se reduce á manifestar à los menos ricos é ilustres que un labrador no debe ser un igno-

rante grosero: que el ser soldado no es ser un vicioso libre é insolente: que un menestral ha de ser aplicado, equitativo, cortés é inteligente en su oficio, y asi de los demas: que un buen hijo es el consuelo y la honra de su familia: que un niño mal dirijido y educado, se pierde lastimosamente, y causa la infelicidad de sus padres; y que en todas las clases del estado serán felices los virtuosos y pacíficos, asi como son desgraciados los viciosos, indolentes é indiscretos.

Con esta mira he emprendido formar un compendio de las principales obligaciones de los hombres en sociedad, reducidas á pequeñas historias, cada una de las cuales se dirija á alguna clase de las ocupaciones ó destinos en que deban emplearse los niños que concurran á las escuelas públicas de primeras letras. En estos ejemplos morales he pospuesto mi lucimiento á la utilidad pública, no

abandonándome á ficciones estraordinarias y violentas, que deleitasen la imaginacion con lo raro de los acontecimientos, sino ciñendome al órden mas regular y ordinario de la vida, para que su mayor probabilidad sirva, ya de modelo, ya de escarmiento.

Me he esmerado en ser claro y sencillo sin bajeza, pues esta obra podrá servir no solo para los niños, sino para los adultos que no hayan tenido medios para mejorar su mala educacion. Evito con cuidado los razonamientos largos porque suelen fastidiar, y por medio de diálogos mezclados oportunamente, presento en la escena mis actores para que manifiesten con mas viveza y eficacia sus varios modos de pensar.

He recargado de intento los signos ortográficos para que los niños se acostumbren á espresar en la lectura los afectos del ánimo, y pierdan la fastidiosa monotonía que adquieren

en los libros escritos sin esta precaucion.

Al fin de este tomo he puesto dos canciones hechas por mí, con el fin de que se habitúen los niños à leer el verso con naturalidad y gracia. He variado de estilo en las historias para que aprendan à leer con propiedad el jocoso, el medio, y aun el sublime.

Ultimamente, con el objeto de que se ejerciten en leer la letra cursiva de imprenta, se ha usado de este carácter en las dos odas ó canciones, y en algunos pasages de la obra.

Si este pequeño fruto de mis meditaciones y de mi amor á la buena educacion fuese agradable y provechoso á las personas á quienes se dirije, habrè logrado todo el bien que apetezco, y la satisfaccion mas completa y apreciable.

EJEMPLO I.

LOS LABRADORES.

Un sacerdote sábio y virtuoso, llamado D. Benigno, se encargó en su pueblo de la primera educacion de los niños, convencido de que este ejercicio tan análogo á su ministerio, al paso que le haría emplear el tiempo útil y honestamente, le proporcionaría la satisfaccion de hacer en gran parte la felicidad de sus vecinos.

Notaba este buen eclesiástico, que las riñas, las enemistades, el atraso, abandono y miseria, los pleitos y los delitos de aquellas gentes tenian su principal orígen en la mala crianza: y conoció que el modo de evitar estos males en lo sucesivo era dar á los niños una educacion fundada sobre los sólidos principios de la religion, de la sana moral y de las obligaciones sociales, atemperándose á la clase de aquellos

habitantes, y á su ocupacion comun, que era la agricultura.

D. Benigno llegó á saber fundamentalmente en poco tiempo los mejores métodos conocidos para la enseñanza de la lectura, escritura y aritmética: estudió mui buenos tratados de agricultura y economía civil, y todas las materias que podian serle útiles para el buen desempeño de la santa empresa que habia abrazado.

La completa instruccion que llegó á poseer, sus observaciones contínuas acerca de las diversas inclinaciones, genios y temperamentos de los niños, sus profundos conocimientos en la religion y en la moral, su amor á la causa pública, y sobre todo, la dulzura y afabilidad de su génio, le pusieron en estado de desempeñar su nuevo encargo tan felizmente como se habia propuesto. Los padres le veneraban, le amaban tiernamente los niños, su corazon se llenaba de alegria al considerar el bien que estaba haciendo á sus prójimos, y los adelantamientos y buena conducta de sus discípulos recompensaban del modo mas completo los desvelos y el trabajo que le costaba su educacion.

A poco tiempo de haberse encargado de ella, se conocian en el pueblo sus efectos saludables. Hasta las personas adultas participaban de su doctrina cuando los niños repetian en sus casas las máximas y documentos que les inculca-

ba, y cuando leían en los buenos libros que elijió para su enseñanza y recreo. Tales son los efectos de un establecimiento de esta clase, y tal es el fruto que produjeron las sábias miras, el talento y la aplicacion del amable D. Benigno.

Como este eclesiástico prudente educaba á sus alumnos con el objeto de hacerlos felices en su esfera, y al propio tiempo útiles á sus familias y al estado, formó de ellos un plantel de excelentes labradores. Referiremos la historia de tres discípulos suyos, el primero llamado Francisco, el segundo Tomas y el tercero Facundo.

A los diez años de edad salió Francisco de la escuela mui bien educado: tenia mucho deseo de aliviar á sus padres que eran unos pobres labradores, y de empezar á poner en práctica las lecciones de D. Benigno; y esto lo manifestaba con tal eficacia y candor, que no dejaba duda de su buena voluntad. Los padres le oían con gusto, y solían decirle: "Pero tu »¿en qué puedes sernos útil? ¿No ves que aun »eres niño, que no tienes fuerzas, y que to»davía no sirves para guardar los bueyes, ni »el hato, porque podrán burlarse de tí, y ro»barte las cosas que se fien á tu custodia? Es »cierto, padres mios (contestaba) que soi ni»ño y que no tengo fuerzas; pero un niño sin »ellas puede ser útil en casa de unos labrado»res. Yo puedo ayudar á limpiar y humedecer

»las semillas que hayan de sembrarse; puedo »arrancar las malas yerbas en los sembrados, »podar las parras y los arbolitos del huerto, y »regar las plantas: puedo echar de comer á los »bueyes, que me quieren mucho y me lamen; »y no que Vd., padre mio, que ya va siendo »viejo, tiene que levantarse de noche, á pique »de que le dé un aire, y se ponga malo. ¿Pues »no ve Vd, que madre, mi hermana y yo llo»rariamos mucho, y nos daría tanta lástima? »Mire Vd., padre mio, tambien llevaré yo á »beber la borriquita de noche, porque Vd. »vendrá rendido de trabajar, y le acompañaré »en el campo para que Vd. me vea, y yo vea »á Vd.; porque se me hace el dia tan largo..... »tan largo...... Otra cosa, cuando sea cerca del »medio dia (eso ya lo conozco yo por el sol) »iré á casa y llevaré á Vd. la comida; porque »si no, tiene madre ó mi hermana Isabelita »que hacerlo, y sudan tanto...... y se ponen tan »morenas en el verano..... y se mojan mucho »cuando llueve..... y se echan á perder los ves»tidos. Con que ¿no es verdad, padres mios? »Ahora, si me quieren quitar alguna cosa, yo »les pediré á los hombres que me la dejen por »amor de Dios, y lloraré y les diré que mis »padres son pobrecitos, y que tienen hijos, y »verán Vds. como no me hacen mal.

Los padres de este amable niño le escuchaban muchas de estas conversaciones con el mayor gusto; y aunque á veces le apuraban por

ver si se enfadaba ó retraía de sus buenos propósitos, jamás esperimentaron ninguna de las dos cosas; de modo, que empezaron á ocuparle en aquello que estaba mas á sus alcances, y tuvieron el placer de vérselo desempeñar perfectamente.

Tomas no salió de la escuela menos bien instruido que Francisco: su genio era mui bello y puras sus costumbres, aunque tenía demasiada viveza. Hallábase en el lugar un tal D. Judas, que era su padrino, y cuya ocupacion callaremos por prudencia. Este hombre era un ignorante presumido y fastidioso; pero dominaba de tal modo á los padres de Tomas, que hacían su gusto en cuanto se le antojaba. Empeñóse en que su ahijado no había de ser labrador, aunque lo eran sus padres y lo habian sido sus abuelos, y aunque no tenía otro hermano varon que ayudase á su padre, y que pudiera conservar su casa en lo sucesivo mediante su aplicacion á la agricultura. Para conseguir su deseo hacía de continuo las pinturas mas alegres de la vida cortesana, y las mas melancólicas de la campestre: exajeraba la habilidad de Tomas y sus talentos, manifestaba mucha lástima de que se emplease en las ocupaciones rústicas, y facilitaba tanto su colocacion en un destino brillante, que á los padres y á dos hermanas que tenía Tomas les parecía que le veían ya en el mayor auge, y que la fortuna de este jóven iba á

proporcionar el honor y el descanso de toda su familia. Tomas fue el último que aprobó el pensamiento de su padrino, porque tenía tan grabadas en su corazon las lecciones de su maestro, y tanto amor á sus padres y á su pueblo, que le era mui duro dejar de proceder segun le había aconsejado aquel, y ausentarse de estos; con todo, hubo de ceder al empeño imprudente de D. Judas, y á la voluntad de sus padres, decidida á favor de este fatal amigo.

Resolvieron, pues, poner á Tomas en casa de un conocido de su padrino, que vivía en Madrid. Este sugeto era uno de aquellos hombres entremetidos y aparentadores, que viven á costa de los incautos, y son los depositarios perdurables del dinero y de las esperanzas de los necios.

Un dia de fiesta se juntaron casualmente en el paseo D. Benigno, D. Judas, Francisco, Tomas y sus familias. Llegaron á una ermita, hicieron oracion á un Crucifijo mui devoto que había en ella, se sentaron despues á descansar y se hablaron de este modo.

D. Jud. ¿Con que Vd. es el maestro de mi Tomasito?

D. Ben. Sí, señor, y un servidor de Vd.

D. Jud. Vaya, sea enhorabuena: me alegro de conocer á un hombre que sabe educar chiquillos como Dios manda. Es cierto que Tomas es un sábio. ¡Qué graciosamente lee, es-

cribe y cuenta! ¡Cómo recita, y aun esplica el catecismo! ¡Con qué propiedad habla! Pero sobre todo, ¡qué talento tan despejado!

D. *Ben.* Sí, señor, es mui buen muchacho Tomas, y podrá ser un labrador razonable.

D. *Jud.* ¡Cómo es eso de labrador! ¿Labrador mi ahijado? ¡Un chico de sus prendas condenado perpetuamente á destripar terrones!

D. *Ben.* Señor, no se sofoque Vd. por tan poca cosa. Yo creo que si efectivamente he logrado educar bien á Tomasito, en ninguna parte podrán resplandecer y conservarse mejor sus virtudes y conocimientos que entre los labradores.

D. *Jud.* Pues, hombre, de qué les sirven á los labradores las cosas que sabe Tomasito? Yo sé de muchos que no conocen la ó, y á pesar de eso....

D. *Ben.* Sí, señor, y á pesar de eso son unos ignorantes rutineros.

D. *Jud.* Pues á fe que hace Vd. mucho favor á los dos que tiene delante, porque ninguno ha pasado del Cristus.

D. *Ben.* Lo sé, pero estos señores habrán conocido que mi proposicion no les ofende. Me consta que ambos son mui hombres de bien; pero no ignoro.....

El padre de Francisco. No se canse su merced, Sr. D. Benigno, yo confieso á fe de labrador honrado, que hasta que el señor cu-

ra y su merced nos han leido y esplicado muchas cosas santas y buenas sobre nuestro ejercicio, éramos en él unos pobres tontos.

El padre de Tomas. En efecto; porque aunque la práctica y la esperiencia enseñan algo, lo cierto es que si su merced me apura, mas cosas saben ya nuestros muchachos.... Sí, sí, què les entren.

Tomas. Pues ha quedado Vd. fresco, Señor D. Judas. Sobre que digo yo bien: lo mismo iré yo á Madrid....

Francisco. Calla tu hombre. ¿No ves que desazonarás al señor maestro? Qué ¿no le quieres ya, porque no vas á la escuela? Pues yo lo mismito, y aun mas. ¡Es tan bello!...

La madre de Francisco. Miren Vds., señores: ademas de que mi chico sabe mucho de aquello de los labradores, sabe tambien otras cosas, que Dios se lo pague al Sr. D. Benigno... ¿Es verdad, Isabelita?

El padre de Francisco. Vaya, muger, no la pongas colorada, ni tú tampoco te mudes de color: yo soi Juan declarante, y lo contaré todo sin ponerme encarnado ni amarillo. Sepan Vds. que el tal Frasquito está enseñando la doctrina cristiana á mi Isabel, que tiene ya sus quince cumplidos.

D. Jud. Y qué, ¿no sabía aun?....

El padre. No, señor, no, señor, no sabía mas que una cosa á manera de lo que dijo el Sr. Sacerdote: una.... una....

Francisco. ¿Rutina, padre mio?

El padre. Si, rutina. Pues como iba diciendo, el susodicho Francisco nos enseña....

Franc. ¡Ai padre mio! Por Dios, no lo diga Vd. ¡Jesus, como se me arden las orejas! Yo si que me habré puesto colorado.

El padre. Quiero decirlo y me da gana; porque aqui anda la mano de Dios, y nosotros eramos perdidos, sino fuera asi. Decía, digo y diré que Francisco nos enseña la doctrina y á hablar.

D. *Ben.* No tanto, no tanto, señor N.

El padre. Sí tanto, sí tanto Sr. D. Benigno, y no piense su merced que nos mete en grandes honduras.

La madre. Aquello del padre nuestro...... vaya, vaya.

El padre. Sí, cuando deciamos santificado sea *en* tu nombre, y venga á nos *en* tu reino. Pues, ¿y aquello del *padre* nuestro de cada dia?

Franc. Padre, por la Virgen Santísima....

El padre de Tomas. Si vieran Vds. que pagado de mi trabajo decia yo cuando era Alcalde: No doi *audencia: cacuda* por la *vida reselvada*: *remetirlo* á un *presillo:* que se den una *sastifacion*: que tengan *pacencia:* que llamen al *Percurador*: que se aloje el *comendante* en tal casa, el *espetor* en esotra, y el *tiniente* en esotra, voi al *espital* y *dispues* á un *intierro solene.* Y ¡qué se yo

cuantas badajadas espetaba al cabo del dia!

El padre de Franc. Y yo pajas. ¡Cómo se reian de nosotros aquellos oficiales, y aquellas señoritas! Pero ya (gracias al Sr. D. Benigno) no lo hacemos tan mal. Hombre, ¿te acuerdas cuando mi padre estuvo para ir á presidio porque no sabía leer?

D. *Jud.* ¡Porque no sabía leer! Vamos Vds. deliran.

El padre de Franc. No deliramos, no señor. Mire Vd. mi padre era alcalde; y como no sabía nadita de leer, y menos de escribir, gastaba estampilla para firmar. El fiel de fechos (á quien Dios perdone) le hacía pegar su estampillazo corriente donde se le antojaba, porque le leía lo bueno y le callaba lo malo. Pues, amigo, mi buen padre puso su estampilla en unos autos de gravedad sin saber lo que se ponía; y se enredó la cosa de tal modo, que si no es por la piedad de nuestro Soberano y del Supremo Consejo, que conocieron la mano, y vieron que mi padre era un santo varon, hubiera ido á ver los birretes colorados. ¡Y dale todavía con que los labradores han de ser unos cuadrúpedos!

D. *Jud.* De modo que lo pintan Vds. de una manera....

El padre de Franc. No hai manera de pintar que valga: aqui se dice la verdad pura y nada mas.

D. *Jud.* Pero por lo que respecta á la doc-

trina cristiana, los curas la esplican en la iglesia, y esto basta para que la aprendan los feligreses.

D. *Ben.* No sé yo si basta eso, Sr. D. Judas. Los párrocos enseñan y esplican la doctrina, es verdad; pero no todos los fieles pueden asistir á oirlos, y aun cuando lo hagan, en el tiempo que media entre las tales esplicaciones, olvidan mucho de lo que aprendieron: y en esta alternativa de aprender y olvidar, suele sorprender á muchos la muerte, y sacarlos de este mundo sin saber la mas sagrada é inescusable de sus obligaciones.

Ademas, no todos saben acomodar sus discursos al lenguaje defectuoso é incompleto, y á la falta de idea de sus oyentes. Puedo yo mui bien estar hablando una hora en buen castellano con los castellanos mismos, y acabar mi oracion sin que la hayan entendido. Las gentes rústicas ignoran la significacion de muchas voces de nuestra lengua: acumulemos, pues, en nuestras esplicaciones estas palabras, y nos entenderán tanto como si hablasemos en chino.

Si los sàbios aconsejan á los maestros *que desciendan á ser balbucientes con los niños*, esto es que les hablen en aquel dialecto torpe y escaso con que ellos se esplican, para que puedan entender sus lecciones; yo diria tambien, aunque no soi sàbio, que debe observarse respectivamente la misma regla con los

adultos, cuando se conoce que su caudal de voces es poco mayor que el de los niños; y en este caso tiene Vd. á muchas gentes campesinas.

Añada Vd. á esto, que muchos discursos ó esplicaciones son infructuosas, porque se hacen sobre falsos supuestos. Cree un orador que su auditorio está instruido en tales y tales principios, porque son muy comunes, y porque no deben ignorarse, y en este concepto forma y dice su oracion. ¿Y qué logrará si sus oyentes no saben palabra de lo que él supuso que debian saber para que pudieran entender su doctrina? ¡Ai amigo! Es mas difícil de lo que Vd. piensa la ciencia de la enseñanza.

D. *Jud.* Pero ¡tanta enseñanza para los labradores!

D. *Ben.* Y á qué llama Vd. tanta enseñanza? Es inútil la que se les da en órden á la religion, y á las buenas costumbres? Lo es la que les proporciona el consuelo, y el bien de instruirse por sí mismos en los fundamentos, en los progresos, y en la importancia de su apreciable ejercicio? Es malo que sean corteses y bien hablados, y que sepan hacer las cuentas, los cálculos, y las combinaciones necesarias y conducentes á su bien y á su prosperidad? ¡O será mejor que se entreguen á un maligno que los estafe y aniquile! Ademas, los labradores, estos hombres utilísimos, á cuyo apreciable sudor deben el sustento sus

semejantes, esta clase honrada, que da ademas dignos defensores á la patria, y que se sacrifica gustosa de mil modos por la gloria de sus Soberanos y de su Nacion, ¿ha de ser abandonada á la ignorancia mas oscura y lamentable? No señor; el Rei y nuestro sábio gobierno piensan de un modo mui diferente que Vd. Sí, amigos, vosotros mereceis su proteccion y su amor. Sereis bien educados; pero vuestra enseñanza no será de aquellas que os hagan altaneros, superficiales y relajados: al contrario, recibireis una doctrina que os enseñe á ser religiosos, obedientes, pacíficos, felices y útiles á la sociedad.

Todos. ¡Viva el Sr. D. Benigno! Dios nos le conserve por muchos años, y le premie el bien que nos hace.

Al eco de esta salva se levantaron todos. El padrino hizo como que aplaudía á D. Benigno; pero sus espresiones no pasaron *de ya...... si.... sin embargo.... no hai duda....* &c. &c. Llegaron juntos al lugar, y cada uno se fue á su casa, menos el tal D. Judas, que se dirijió á la de su ahijado acompañando á su familia, y empeñado aun en hacer la infelicidad de aquella casa, arrancando de ella al infeliz Tomas.

Llegó á la suya la familia de Francisco, y se puso á merendar fruta de su huerto. Francisco pidió licencia á sus padres para regalar á D. Benigno alguna de la mas bella y sazona-

da, y se le concedió este gusto con la mejor voluntad. Es mui justo (dijo el padre) que estimes á aquel bellísimo hombre, y que se lo manifiestes con unas espresiones tan inocentes como esta, ya que su merced no recibe otras mas costosas. A fe que merecía una canongía á lo menos, y si estuviera en mi mano... Ojalá! (dijo Francisco). Pero, padre mio, me parece que el padrino de Tomasito no le daria siquiera un curato. ¿No ve V. que hombre? Si fueran todos como él, ¡pobrecitos de nosotros! ¿Quiere Vd. que vaya à llevar la fruta á mi Señor maestro? Sí, hijo mio (respondió la madre), y dale nuestras memorias, y dile que le queremos mucho, y que mañana, si Dios quiere, iremos todos á oir su sermon. ¡Que bellamente predica! Todo, todito lo entiendo yo, porque habla como nosotros, y no echa latinazjos.

El padrino de Tomas logró aquella misma noche que los padres de su ahijado se resolviesen á enviarle á Madrid; mucho trabajó para conseguirlo, porque aquella familia estaba convencida de que no podia convenirle esta separacion, y otro tanto sucedia á Tomasito. Eran mui poderosas las razones de D. Benigno, y mui alto el concepto que habian formado de él aquelles labradores; pero como el Señor padrino decia que el amigo á cuya casa debia ir Tomas, era el hombre de la corte, que trataba á los Con-

sejeros, á los Ministros y á los Grandes con la mayor confianza, que era mui rico, que habia colocado en altos empleos á muchas personas de todas clases, con otras mil cosas á este tenor, todos cayeron en la tentacion, y de allí á pocos dias fue conducido Tomas á la Corte por su mismo padrino, y entregado á su amigazo con la mayor recomendacion.

Tomas tenia cerca de doce años cuando fue á Madrid: hasta los catorce fue bueno á los quince empezó á corromperse, y á los diez y seis ya era un joven mui vicioso y desenfrenado: por consecuencia, sus padres, que nada ignoraban en órden á su conducta, tuvieron dos años de gusto y de buenas esperanzas, uno de zozobras, y el tiempo restante de continuas pesadumbres y remordimientos.

El padrino murió á los tres años de estar Tomas en Madrid, y el amo andaba (como suele decirse) á sombra de tejado, porque la justicia, informada de su relajada conducta y de las malas artes de que se valia para mantenerse con ostentacion y continuar en sus vicios, empezó á observar sus pasos con ánimo de prenderle en cuanto cometiese el menor desliz. Con este motivo su casa estaba abandonada, su familia vivía en el mayor desórden y el desgraciado Tomas se iba precipitando de vicio en vicio.

Sus padres le escribian á menudo por el correo, y con algunos paisanos suyos que iban á Madrid, encargándole que se volviera con ellos á su casa; pero Tomas bien hallado con sus vicios y holgazanería, burlaba los deseos de sus padres, y con escusas y ficciones conseguia el gusto depravado de continuar en su vida libre é irrelijiosa.

Uno de sus amigazos, libertino de profesion y vicioso de costumbre, le condujo á una casa donde se jugaba á la banca: Tomas apuntaba como uno de tantos, pero no era fullero como otros de los que alli concurrian. Una noche le ganaron todo el dinero (que no era mucho) y hasta la ropa que llevaba; y habiendo conocido que esto se hizo á fuerza de trampas, se manifestó sentido de ello. Uno de los concurrentes (acaso el mas culpado) le insultó de manera, que le puso en el caso de herirle gravemente: gritaron todos, acudió una ronda, y llevó á Tomas á un calabozo.

El amo no estaba en disposicion de defenderle, y no hacía poco en librar su persona de igual suerte. Lo que hizo fue escribir al padre de Tomas dándole parte del estado en que se hallaba su hijo. Este infeliz labrador tuvo que marchar á Madrid inmediatamente dejando á su familia tan aflijida como puede comprenderse, y su labor abandonada á un criado. El cura del lugar le dió algunas cartas de recomendacion, y otro tanto hizo D. Be-

nigno, á quien condolía mucho la desgracia de su discípulo y la afliccion de su familia; mas á pesar de que los sugetos á quienes se dirijian ayudaron y protejieron al padre con el mayor empeño, se pasó medio año antes de que se consiguiese poner á Tomas en libertad, porque hasta entonces no se verificó la entera curacion del herido. El padre gastó mucho mas de lo que podía con este motivo, y en pagar algunas trampas de su hijo, á quien halló casi desnudo, lleno de inmundicia, y bastante quebrantado de salud: de suerte, que ya por los gastos que hizo en la córte, y ya por el atraso que padeció su labor durante su ausencia, llegó á verse mui ahogado, y casi sin recursos para desempeñarse.

Pasemos en silencio cuanto ocurrió en el momento de verse el labrador y su hijo, y baste decir: que este no se cansaba de repetir el dulce nombre de *padre*: que apenas se enjugaron sus ojos mientras estuvo en Madrid: que no osaba levantarlos de rubor: que suspiraba angustiado: que nombraba entre sollozos á su *triste madre*, á sus *pobres hermanas*, y á su *respetable maestro*: que se llamaba ingrato, inicuo, mal hijo &c.; y que al fin el amor paternal hizo su efecto, y tambien lloró, suspiró y abrazó á su hijo el viejo honrado.

En los seis años que Tomas estuvo en Madrid, hizo Francisco tales progresos en su labranza, que llegó á ser el modelo y la ad-

miracion de todos sus paisanos, y el consuelo y descanso de sus padres. Siempre aplicado y activo, y siempre dócil á los consejos é instruccion que le continuó D. Benigno, á quien siempre estuvo subordinado, rectificó las ideas que sacó de la escuela, les dió mayor estension, y adquirió otras mas ventajosas, mediante su contínua observacion y lectura.

Compró y construyó máquinas sencillas que le ahorraban mucho trabajo y producían efectos mui ventajosos: introdujo la siembra de algunas semillas, de que no se hacía caso en su pueblo; y cuya cosecha suplió con ventaja la escasez de otras, puso vides y olivos en un gran pedazo de terreno á propósito para la cría y fructificacion de estas plantas, y que daba malísimas cosechas de trigo y de cebaba: descubrió é hizo útil para el riego un manantial bastante copioso: formó un prado artificial, con cuya yerba se mantenian sus bueyes, y aun se utilizaba del producto de los pastos sobrantes. Las siembras, las labores y los abonos de las tierras, la calidad de las semillas que debía sembrar, la humedad y limpieza que habian de recibir para este efecto, los riegos, las podas, los plantíos, los injertos, los cortes de madera, &c. &c., todo lo hacía á los tiempos oportunos, y todo con respecto á las diversas clases de terreno, al clima y á las estaciones: de modo, que aunque los jóvenes del pueblo se esmeraban á

porfia en la labranza, y tomó esta en el lugar un incremento prodijioso, mediante la enseñanza y el buen celo de D. Benigno; con todo las heredades de Francisco se distinguian entre las demas por su bello órden, por la diversidad de sus producciones, y por la frondosidad de los árboles que plantó en las cercas, y en otros lugares donde eran útiles y no perjudicaban.

Llegaron al lugar Tomas y su padre; y no tuvo este poco que sentir al observar la pesadumbre en que yacía su familia, al contemplar que la aumentó en cierto modo la presencia del macilento y andrajoso Tomas, y al notar los atrasos que habia padecido su labor mientras estuvo ausente. Omitamos las tristes escenas que hubo entre esta familia infeliz, con motivo de la llegada de Tomas, porque es fácil de conocer cuan dolorosas serian.

El compasivo D. Benigno presenció algunas de ellas; y con el objeto de aliviar en cuanto fuese posible los males de aquellos pobres, mediante la correccion de Tomas, pidió á dicho jóven, á su padre y á Francisco (que se hallaba en casa de estos á dar la bienvenida á su condiscípulo) que se le presentasen al dia inmediato, que era domingo, y lo hicieron á la hora que les fue señalada.

Fueron recibidos de nuestro amable Sacerdote con el mayor agrado, les mandó sentar junto á sí, y se hablaron de esta manera.

D. *Ben.* Vamos, señor N. ¿qué tal se ha pasado la noche? ¿Se va mitigando la pesadumbre? ¿Cómo está la familia?

El padre. Señor, apenas hemos dormido pensando en nuestra desgracia, fuímos mui imprudentes, lo conozco. Aquel D. Judas...

D. *Ben.* Aquel D. Judas murió ya: no hablemos de él. Es inútil, y aun perjudicial al sosiego de Vds. el hacer recuerdos vanos y tristes: lo que necesitamos es remediar el mal, y precaver otros nuevos.

El padre. Pero esto raya en lo imposible, Sr. D. Benigno. ¿Cómo quiere su merced que este muchacho haga bondad? Acostumbrado al ocio, y lleno de vicios....

D. *Ben.* Con todo, yo confío en que se corregirá, y en que sus esfuerzos y aplicacion le pondrán en estado de restablecer su casa. ¿Es verdad esto, Tomas?

Tomas. Sr. D. Benigno, serà lo que Vd. guste; pero confieso que me considero incapaz de hacer cosa buena. Soi tan vicioso.... tan fràgil.... me dominan de tal modo las pasiones.... ¡Con qué violencia obran en mi! Infeliz!...

D. *Ben.* Con que te dominan las pasiones, y eres vicioso, infeliz y débil.

Tomas. Si, Señor, lo soi: estoi avergonzado delante de Vds.: yo no merezco el lado de mi padre, de mi maestro, y de un condiscípulo tan virtuoso.

Francisco. ¿Qué dices Tomas? ¿Estàs en tu juicio? Por qué no mereces el lado de tu amigo Francisco y sus brazos? Ven, estréchate á mí. Fuiste malo, es verdad: y acaso soi yo algun angel?

D. *Ben.* Déjalo, Frasquito. Vamos, Tomas, desahógate, dí cuanto quieras.

Tomas. Pues digo que me detesten Vds., que me abominen, que me sepulten donde nadie me vea: no puedo sufrir los remordimientos y las amarguras que devoran mi espíritu. ¡Qué dirà de mí un padre honrado, un maestro celoso de mi bien, un condiscípulo, que es la delicia de su familia! ¡Qué diràn todos los que vean perdida en mí la buena educacion, los consejos, el amor....

D. Ben. Pero dime, hombre, ¿crees que efectivamente han sido infructuosos mis documentos, que no hai remedio para tí, y que debes ser necesariamente malo? ¿Conoces tú la fuerza que conservan las primeras ideas? ¿Las has olvidado por ventura? ¿Y sobre todo, ¿has dejado de ser católico? Los libertinos corructores, que infestan á los incautos con el aliento pestilente de sus máximas abominables ¿han podido desarraigar de tí las semillas santas del evangelio? ¿Desconfias, hijo mio, de los auxilios y de la misericordia de Dios? ¿De un Dios clemente, de un padre piadoso, que no quiere la perdicion de sus hijos? ¿Le has pedido por ven-

tura que te favorezca, que te perdone? ó te entregas despechado á tu propia fragilidad y miseria. Por qué desconfias? Por qué desesperas? Por qué no diriges tus clamores á aquel mar de piedad, que sufrió por tu salud tantas angustias, y la muerte mas afrentosa y cruel; á aquel Pastor cuyos dulces silvos te llaman amorosamente...?

Tomas. Basta, basta, Señor Don Benigno, que se me rompe el corazon. Ya vuelve la luz á mi alma; ya me siento con fuerzas para emprender mi reforma. Dios mio, vos sois el autor de esta mudanza. Si Vd., amado maestro mio, no se orroriza de mi estado miserable, si aun se esfuerza en mi socorro, ¿cómo puedo ser tan impío que dude un momento de la infinita misericordia de mi Dios, de la eficacia de sus auxilios... ¡Ah! tambien es esta duda uno de los funestos efectos de mi vida relajada. ¡Desgraciado de mí!

D. *Ben.* No lo serás, querido mio, si tu arrepentimiento es sincero. Arduo es á la verdad levantarse del abismo del vicio á la altura de la virtud; pero la gracia de Dios no hai dificultad que no allane. El caer es de hombres, el obstinarse en el vicio, el desesperar de la misericordia de Dios es de espíritus infernales. Espero, hijo mio, que tus pasados tropiezos te harán andar mas cauto; y como tienes que resarcir con buenos ejemplos y acciones virtuosas los escándalos que

has causado con tus estravíos, esto mismo te servirá de nuevo estímulo para encaminar con mas fervor por la senda de la virtud.

Tomas. ¡Qué bálsamo derraman esas palabras en mi corazon llagado! Qué placer, qué consuelo siento en mi interior! Permítame Vd. besarle humildemente los pies estimado maestro mio. Francisco, querido amigo, tú que no has esperimentado la horrible amargura que deja el vicio en un corazon educado para la virtud, ayúdame á dar gracias á nuestro buen maestro. Abrázame. ¡Qué feliz eres!

Francisco. Y tú tambien, estimado Tomas. ¡Ah¡ ¡Cómo ha sabido este varon santo hacer que vuelva à arder en tu corazon la divina llama de la religion y de la virtud!

D. *Ben.* Con que en efecto, la semilla de la buena educacion vuelve à fructificar en tí, y no se perdió como creias. ¿Ves cómo Dios nos asiste en nuestras mayores necesidades? Cómo te sientes? Te has tranquilizado? ¿Te hallas con fuerzas y con espíritu para ayudar à tu buen padre...

Tomas. ¡Ay Señor! Si su alivio, si su sustento consiste en mi sudor, en mi propia sangre, derramaré gustoso hasta la última gota para conseguirlo. Harto le he ofendido y apesadumbrado. Perdónenme Vds., y rueguen à mi madre, à mis hermanas, y à todo el pueblo que lo hagan. ¡Qué mal ejemplo

he dado à estas gentes sencillas! Estoi pronto à confesar públicamente...

D. *Ben.* No, hijo mio, conmigo te confesaràs, disponte bien y no lo retardes. En confianza, ¿cuàntas veces lo has hecho en la corte?

Tomas. ¡Ah!

D. *Ben.* No, no lo digas, y disimula mi curiosidad, que es impertinente. Mira, yo te daré libros, aprovéchate de su doctrina, aprende à ser labrador, acompàñate con Frasquito é imítale, que ya va sabiendo el oficio. Ven à verme siempre que gustes, y no te distraigas.

¿Sabes que Facundo, aquel muchacho desaplicado, cuyo padre decia que los labradores no necesitan saber leer, es un contrabandista, y algo mas?

Tomas. Sí Señor. ¡Qué làstima de muchacho! Ya se vé, andaba en la cartilla cuando salió de la escuela, y no sabia una palabra de doctrina cristiana.

Francisco. ¡Si vieras como se burlaba (y tambien su padre) de lo que nos enseñaba el Sr. D. Benigno! Yo procuré traerle à la razon muchas veces, pero nunca lo conseguí. En fin, entre él y su padre dieron al traste con lo poco que tenian: el padre murió mui pobre, y él tomó el peligroso rumbo que te ha dicho el Sr. D. Benigno.

D. *Ben.* Pero tú no lo tomaràs, ni otro

que te se parezca. ¿Es verdad, Tomasito?

Tomas. Yo no haré sino lo que Vd. me mande, y lo que mis padres gusten. Dios le pague à V. tanto bien como nos hace.

El padre. Amen.

D. *Ben.* Pues, amigos, vayan Vds. con Dios, y cuenten conmigo en cuanto les ocurra.

Los dos jóvenes. Dénos Vd. á besar la mano.

D. *Ben.* Tomadla, hijos mios, y el Señor os haga unos santos.

El padre. Yo quiero besàrsela à su merced, que tambien es mi maestro.

D. *Ben.* Mui bien, Sr. N. Ea, à consolar à la esposa y à las hijitas.

Mucho consuelo recibió la familia de Tomas cuando supo lo ocurrido en casa de Don Benigno, y lo mismo succdió à la de Francisco cuando este refirió el éxito de aquella visita.

Tomas se corrijió enteramente: su estraordinaria aplicacion y actividad, su obediencia y amor à sus padres y à Don Benigno, su conducta honrada, el lado del amable Francisco, y los auxilios que este le subministró generosamente con la anuencia de sus padres, todo contribuyó à que la casa de Tomas se restableciese, à que sus padres le amasen mucho, à que D. Benigno viese cumplidos sus deseos loables; y últimamente à que mis dos jóvenes fuesen la honra de su pueblo, el am-

paro de los necesitados, el ejemplo de sus compañeros, y los principales establecedores de un método ordenado y ventajoso en la agricultura.

El contrabandista Facundo, destituido de todas las ideas y conocimientos que constituyen una educacion cristiana y civil, por el indiscreto modo de pensar de su padre y por su desaplicacion, continuó en su mala vida, á pesar de los consejos y de las cartas edificantes de D. Benigno, hasta que sus excesos le condujeron á un presidio perpetuo.

Resulta pues: que Francisco fue siempre bueno, porque observó en todo los preceptos de su maestro, y que Tomas fue infeliz mientras estuvo fuera de la clase en que le puso la Providencia, y que le hizo amable su director; pero que se corrijió y prosperó en ella, porque los jóvenes bien educados vuelven sobre sí, y son dóciles á la razon, aun en medio de sus descarríos: de modo, que la luz de la verdad puede amortiguarse en ellos, pero no se apaga. Resulta tambien que el niño mal criado (ó por mejor decir), que un niño sin educacion se abandona fácilmente á los delitos mas atroces, y que es casi imposible correjirle, como sucedió con Facundo; y vemos en fin, que una persona virtuosa, sábia y política como D. Benigno, si se encarga gustosa de la primera enseñanza de los niños, puede ha-

cerlos felices en honor y beneficio de sus familias, de la religion y del Estado.

EJEMPLO II.

LOS SOLDADOS.

Al principio de la guerra de sucesion sentaron plaza de soldados en un mismo regimiento, y con el beneplácito de sus padres, dos mozos de un pueblo de Castilla: ambos eran labradores, segundos de sus casas, y tenian los dos mui buena talla y fisonomía. Llamábase el uno Antonio y el otro Juan: Antonio era un jóven tranquilo, mui honrado y virtuoso, escribía y contaba bien, era atento y bien hablado, y observaba en fin una conducta correspondiente á la buena educacion que le dieron sus padres, y en especial un tio suyo, que fue muchos años párroco de aquel pueblo. Juan, al contrario, era rondador, insultante, pendenciero y licencioso, bebía con exceso, ignoraba hasta el nombre de las letras, y apenas tenia idea de sus mas indispensables obligaciones.

Aunque en el lugar eran bien notorias las diversas circunstancias de estos dos mozos,

creían muchos que Juan sería un gran soldado, y que Antonio no era à propósito para la milicia. Un error harto comun les hacía formar esta conjetura disparatada. Confúndense comunmente la temeridad y la insolencia con el espíritu y el valor, y graduàndose de timidez y cobardía la tranquilidad y la prudencia. Lo cierto es, que el pronóstico de aquellos paisanos salió fallido.

Llegó el caso de que marchasen los dos jóvenes à su regimiento: equipàronse mui bien de ropa blanca, recojieron algunos pesos de sus padres y parientes, y las espresiones que les hicieron sus amigos y apasionadas, y recibieron por último la bendicion de sus padres y sus consejos, mas ó menos sanos y juiciosos, segun eran los principios y el talento de los que los dieron. Digamos algo en orden á los tales consejos.

La noche precedente al dia en que debian ausentarse los dos nuevos soldados, tomó de la mano à Antonio su buen padre, y conduciéndole à una pieza donde se hallaban à prevencion su madre, su hermano mayor y dos hermanitas jóvenes, le hizo sentar junto à sí, y sin soltarle la mano, antes bien acercàndola à su pecho, y estrechàndola à él muchas veces, le habló de este modo.

«Hijo querido, el amor que profeso à mi »legítimo Soberano y à la felicidad de la Na»cion me obliga à hacer gustoso el sacrificio de

»ofrecerte à los peligros y trabajos de la guer»ra: y veo con gusto que vas á entregarte á »ellos penetrado de los mismos sentimientos »que me asisten, y que he logrado inspirarte »á poca costa. Vas á campaña, hijo mio, y »vas á ser compañero de los soldados; tráta»los con amor y decoro; mas si algunos in»tentan corromperte, si procuran hacerte »abrazar la vida licenciosa y desarreglada, hu»ye de ellos como de unos monstruos veneno»sos y sangrientos; pero no los insultes ni per»sigas, procura atraerlos á la razon, hacerles »conocer sus faltas y abandonar sus escarrios: »oigan siempre en tí el lenguage de la ver»dad y de la virtud. Huye de la deshonesti»dad, del juego, de las altercaciones y del vi»no, y evitarás los lances funestos á que se »esponen los rufianes, los tahures, los porfia»dos y los bebedores. Elige en fin por ami»gos á los hombres de bien y reputacion, y »no los abandones mientras conserven sus »buenas cualidades.

»Ten la debida consideracion á las perso»nas constituidas en dignidad ó mando: sé »atento con tus patrones y con el paisanage »en general: respeta su honra y sus propie»dades, y piensa en que tus armas solamen»te deben emplearse contra los enemigos del »Rei y de la Patria.

»Respeta, ama y obedece á tus superiores, »y no indagues las causas en que fundan sus

»preceptos: sacrifica tu razon, y si alguna vez »te consideras agraviado hasta tal punto que »no debas sufrirlo, recurre á quien pueda »satisfacerte; pero hazlo con toda veneracion, »y disculpando, si es posible, á la persona que »te haya tratado con injusticia; procura en »estos casos dejar tu opinion bien puesta, »mas no exijas el castigo ni el sonrojo de tu »ofensor. En una palabra, el hombre de bien »ha de ser pundonoroso, pero no vengativo.

«Voi á prevenirte contra la cavilosidad, ene»miga perpetua de subordinacion. ¿A quién »te parece, hijo mio, que obedecemos en »nuestros superiores? Pues sábete que al mis»mo Dios. Sí, Dios comunica el poder á los »Soberanos para que nos gobiernen: estos au»torizan á los gefes para que les ayuden á »mantener el buen órden, la equidad y la »justicia, y ve aqui como refluye en ellos el »poder y la voluntad del Todopoderoso. Asi »pues, jamas examines el mérito, la cuna, »la instruccion, ó cualquiera otra circunstan»cia mala ó buena de los que te mandan; »piensa siempre en que tienen facultades pa»ra ello, y piensa en el origen de donde di»manan.

»Te he dicho como debes conducirte con »tus iguales y con tus superiores, y paso á »prevenirte cuáles son las calidades principa»les de un buen soldado en campaña.

»El soldado ha de ser religioso, obediente,

»fiel, esforzado, y debe saber cumplir exacta-»mente las obligaciones de su instituto.

»Será religioso el que guarde los santos »mandamientos, el que obedezca los precep-»tos y los consejos evangélicos, y el que fre-»cuente los sacramentos, y los reciba con una »conciencia pura.

»Será obediente en funcion de guerra el »que observe con puntualidad las órdenes »del que manda en el ataque y en la reti-»rada, y que defienda á toda costa el puesto »que se le confie.

«Será fiel el que no cometa los feos delitos »de desercion y cobardía, y el que no pro-»porcione al enemigo la menor ventaja, ni »el medio de ofender ó hacer estorsiones en »la patria.

»Será esforzado el que á la voz de su gefe »acometa al enemigo ó lo persiga con valor, »superando los obstáculos que se le presenten »con espíritu y bizarría. Mas hijo mio, el va-»lor no es la crueldad con el rendido ó inde-»fenso: generalmente hablando, todo cruel »es cobarde; no te ensangrientes, pues, con »el vencido que se entrega á la generosidad »del vencedor. La religion, la humanidad y »el derecho mútuo de las naciones prohiben »el encarnizamiento y las injurias en tales »casos, además de que una conducta bár-»bara en ellos, suele ser castigada con

»otra igual, cuando los sucesos se presentan »de un modo inverso.

»Ultimamente, el soldado debe esmerarse »en saber manejar sus armas, teniéndolas »siempre bien acondicionadas, y debe apren»der las evoluciones y las ordenanzas mili»tares.

»Basta, hijo mio, de documentos acerca de »la milicia; si viviera tu tio el capitan de »quien yo aprendí lo poco que te he esplica»do, pudiera haber desempeñado mejor esta »materia.

»Vuelve ahora la vista á tu madre amada: »mira un hermano á cuyo apreciable sudor, »á cuya honradez y amor á la agricultura de»bemos nuestra subsistencia; mira á tus que»ridas hermanitas, cuyas manos nos proveen »de vestidos, y contribuyen á nuestro aseo y »descanso, y cuyas gracias y honestidad son »todas nuestras delicias; y en fin, mira á tu »padre, á un padre honrado, que te ama tier»namente, y que te confía su honor y sus »esperanzas. Míranos, digo, y ténnos presen»tes en todas las acciones de tu vida. ¿Podrás »acaso dejar de amarnos? ¿serás capaz de hacer»nos infelices causando nuestra deshonra y la »tuya? Mas no: mi estimado Antonio será un »buen soldado, asi como ha sabido ser un buen »hijo y un ciudadano pacífico y virtuoso. »Mientras su hermano Jacinto (así se llama»ba el mayor) se distingue entre los hombres

»producentes, mi Antonio será en la clase
»de los defensores un mozo útil y bizarro.
»Concededmelo asi, Dios mio, y asistidle por
»vuestra infinita misericordia."

Estas últimas palabras fueron acompañadas de un estrecho abrazo, é interrumpidas por un torrente de lágrimas, que la ternura y el amor hicieron correr por las megillas de los padres y de los hermanos de Antonio, y por la de este joven afortunado, el cual ofreció á todos con las mayores veras, y entre las demostraciones mas sinceras y afectuosas, portarse del modo que supo ejecutarlo, como veremos despues.

En la misma noche hizo Juan su general despedida: dió una abundante cena á sus amigazos, y recibió de ellos las siguientes lecciones y otras semejantes.

"Con que mañana es la marcha: vaya, buen
»viage y divertirse. La vida del soldado es
»ancha y alegre: comer bien y echar bue-
»nos tragos, triunfar y gastar, y muérase la
»muerte: en acabandose los cuartos, avisar,
»que no faltará quien los envie. Oye, a-
»compañate siempre con los mas jaques,
»y el que te la haga que te la pague.
»Por lo demas, apretar el puño, matar,
»cortar y rajar, porque tú solo puedes con
»ciento y la madre, &c. &c."

Los padres le encargaron el santo temor de Dios, y que mirase hijo de quien era,

pero como Juan ignoraba en que consiste este *temor santo*, y no sabia que significaba aquello de *hijo de quien era*, ni se lo esplicaron, quedó el mozo tan convencido como si no se le hubiese hablado palabra.

Marcharon en fin los dos voluntarios á una de nuestras plazas fronterizas, en la cual debian con otros reclutas instruirse en el manejo del arma y en los demas rudimentos militares, precisos para poder ser útiles en el servicio de campaña. Juan hubo de sufrir muchos malos ratos en este noviciado de la guerra. Su genío duro, su aborrecimiento al órden y á una disciplina rígida le pusieron mas de una vez á la puerta de un precipicio: desazonó enteramente á los oficiales y sargentos encargados de su enseñanza, y á todos sus gefes en general, ya por su rudeza sama, ya porque empleaba escandalosamente las horas de libertad, y por su falta de puntualidad en asistir á las de trabajo y recogimiento. Pero Antonio se concilió todo el agrado de sus superiores y el amor de sus compañeros. Aprendía perfectamente cuanto le enseñaban, ensayaba él mismo las lecciones que recibia, y preguntaba con candor que debia hacer para aprovechar y tener gratos á sus gefes. Tenia tambien sus ratos de recreo y desahogo; pero los empleaba con juicio. Uno de los sargentos que cuidaba de su enseñanza, mozo de razon y de bellos principios, se hizo amigo suyo, y

le acompañaba muchas veces en paseo: la conversacion de estos dos jóvenes versaba comunmente sobre las obligaciones y prendas de un buen soldado, de suerte, que Antonio llegó á saber en pocos meses tanto como el sargento que le instruía.

Ambos aconsejaban y reconvenian á Juan sobre su desaplicacion y mala conducta; pero sus esfuerzos fueron en vano: era Juan demasiado rústico y feroz: solo el castigo podia contener sus desórdenes, y aun no alcanzaba muchas veces.

Llegó el caso de que marchasen nuestros soldados á campaña, y lo hicieron llevando cada uno la recomendacion que merecia. Juan, en medio de su farfantonería, se asustaba de oir disparar un cañon; Antonio observaba el fuego de las baterías con la serenidad que inspira el verdadero valor y una buena conciencia, Juan se hacia el enfermo cuando le tocaba ir á una avanzada, y Antonio fué á algunas hallándose bastante indispuesto, el primero hacia el guapo en las cantinas con los endebles y desarmados, y el segundo supo mantener su reputacion con los mas alentados, y poner freno á sus insultos con firmeza y decoro. Finalmente, Juan apenas salía del calabozo ó de las tabernas, y Antonio jamas entró en ellas, ni sufrió una hora de arresto.

En una de las acciones mas gloriosas que

tuvieron nuestras armas en aquella época, se hallaron nuestros dos jóvenes: diremos como se portaron en esta funcion.

El enemigo empezó el ataque con tanto esfuerzo y energía, que logró desordenar las primeras filas de nuestra vanguardia, en las cuales iban nuestros mozos. Juan gritaba como un furioso, y vomitaba todo género de insultos y amenazas; pero huía despavorido: nada bastó á hacerle callar, y menos á conseguir que volviese á sus banderas. Fué un milagro que no sufriese la muerte inmediata que impone la ordenanza á los cobardes fugitivos. Antonio jamas desamparó su puesto, nunca retrocedió sin la órden de su comandante, observó profundo silencio, y no se le notó que mudase de color.

Una columna nuestra atacó por el flanco al enemigo; y la defensa que este debió hacer para reparar aquel golpe improvisto disminuyó la fuerza de su vanguardia; se rehizo la nuestra, y le cargó con tanto denuedo, que le obligó á retirarse precipitadamente. Entonces se apareció el feroz Juan, y entonces intentó consumar su deshonra é ignominia. Corría furioso á los prisioneros que se iban haciendo, les hería, les insultaba, y aun hubiera muerto algunos á sangre fria, si no se le hubiera preso inmediatamente; tal era el valenton, el el insolente Juan. El honrado y valeroso Antonio se portó como un héroe, y se cubrió de

gloria arrancando una bandera de las manos de un alferez contrario, y sacando á su coronel de entre las de dos soldados que le llevaban prisionero.

Concluyóse la accion, y se cantó la victoria en nuestro ejército. Juan fué á un calabozo, y Antonio de allí á pocas horas fué presentado al general por su agradecido coronel, quien informó á dicho gefe de las apreciables circunstancias de Antonio, y principalmente de su valor y generosidad poco comunes. El general recibió de la mano de nuestro jóven la bandera enemiga, y le dijo: "Señor granadero, yo doi á Vd. gracias por mi parte, y »en nombre del Rei por sus servicios distinguidos y por su conducta ejemplar. Informaré á S. M. del mérito que Vd. acaba de »contraer, y no dudo de su justificacion y de «su amor á los buenos soldados, que se dignará conferir á Vd. la primera subtenencia »que vaque. Yo daré orden de que se le reconozca á Vd. Sr. D. Antonio, por abanderado »de su regimiento, y la de que se le trate »con la consideracion y respeto correspondiente á un oficial digno de serlo, y que ha »sabido grangearse este honor por su valor y »sus virtudes.

»Mas parece que está Vd. triste, noto en »Vd. cierto sobresalto, cierta agitacion, que no »ha cedido al placer que debia causarle el premio y las distinciones que acaba de recibir.

»Ah, Señor! *(esclamó D. Antonio)* estoi »creyendo que estas honras tan apreciadas de »mí, son á costa de la vida del jóven mas ga»llardo y brioso del ejército enemigo. Quisie»ra saber, Señor Excelentísimo, si vive el al»ferez á quien arrebaté la bandera que acabo »de poner en manos de V. E., y á quien hube »de herir cruelmente para que me la cediera. »¡Qué esforzado era y qué galan! Ya herido, »me pidió por el Supremo Hacedor, y por el »amor de mis padres, que no acabara de qui»tarle la vida; cayó en tierra desmayado, y no »volví á ofenderle. La suerte de este oficial »me tiene cuidadoso, lo confieso. ¿Me conce»derá V. E. permiso para visitar los hospitales »de la sangre, para informarme.... Sí, amigo »mio *(le contestó el general)*; tiene Vd. mi »permiso para hacerlo. A fe que es Vd. virtuo»so á prueba. ¡Ojalá hubiera en el ejército »muchos que le imitasen! ¡Cuánto ganaria »nuestra disciplina, y á cuan alto punto seria »ensalzado el nombre de nuestras armas, si »todos los soldados fuesen tan valerosos, y al »propio tiempo tan humanos y sensibles como »Vd.!

D. Antonio dió à su general en gefe las mas espresivas gracias por sus honras y favores; el coronel hizo lo mismo, y ambos fueron á buscar al alferez austriàco; á quien hallaron mui pronto, y le acompañaron en el hospital, ha-

biendo tenido el gusto de saber que no eran mortales sus heridas.

Abrazó D. Antonio al prisionero, le saludó afectuosamente, le ofreció su asistencia y facultades, y le declaró quien era. "Generoso »soldado *(le dijo el aleman)*, yo agradezco »con todo mi corazon el bien que me haceis, »el favor que me dispensais, y confieso que »os debo la vida. Yo no debí quitárosla des»pues de haberos rendido *(contestó D. Anto»nio)*. Ademas, el Todopoderoso y mis ama»dos padres, à quienes recurristeis para sal»varla, merecen todo mi amor y reverencia. »¡Qué no haría yo por Dios y por mis padres! »Y vos ¿los teneis? Si amigo *(dijo el austriá»co)*, y á fe que estará mi padre bien apesa»dumbrado, porque sirve en el mismo ejérci»to que yo. ¡Infeliz padre! *(esclamó D. An»tonio)*. Pues á Dios: ya sé como os llamais, »y haré que hoi mismo tenga el consuelo... Si, »quizá pasará algun trompeta... á Dios, á Dios, »yo os visitaré á menudo, y mi coronel me »hará el favor.... En cuanto Vd. guste le com»placerà su coronel *(respondió éste)*."

Despidiéronse y marcháronse ambos, dejando al herido enamorado de sus virtudes, y consiguieron en efecto que el general austriáco supiese del estado en que se hallaba, para que lo noticiara á su padre. D. Antonio asistió á este oficial durante su curacion y convale-

cencia, y esperimentó su agradecimiento y el de sus gentes.

La prision de Juan tenia mui disgustado á D. Antonio; y aunque conocia cuan justa era, con todo pidió á su coronel que lo pusiera en libertad, ofreciéndole que él se encargaría gustoso de la correccion de aquel infeliz: el coronel, empeñado en favorecer á su libertador, le concedió esta gracia, y le dió una esquela para el oficial de la guardia que custodiaba los presos, y en virtud de la cual salió Juan del calabozo.

Antonio, sin noticiarle su ascenso le condujo á su tienda, y en ella se hablaron de este modo.

D. *Antonio.* Amigo Juan, los buenos soldados no han de ser viciosos, crueles ni cobardes. Tú sabes cuanto te he dicho sobre esto, y yo he visto con dolor que de nada te han servido mis consejos amistosos.

Juan. ¡Hombre, hombre! ¿quién diantres te ha metido á predicador? Yo pensaba que me traias á sacar la tripa de mal año, y salimos ahora con que si los soldados han de ser capuchinos ó monjas legas. Pues bonito soi yo para aguantar bufonadas. Si juego, si bebo, si borrasqueo y si hago lo que me da la purísima gana, no es cuenta tuya; y asi no me marees los cascos, porque tengo malas pulgas.

D. *Antonio.* Bien está hombre, desfógate,

dí cuanto quieras; pero es necesario que te corrijas, y sabes que estoi empeñado en que seas hombre de provecho.

Juan. Pues, hijo mio: si el serlo consiste en ser un presumido fastidioso como tú...

D. *Antonio.* No, Juan; consiste en no ser un bebedor inmoderado, un deshonesto escandaloso, un tahur, un provocativo, un cruel, y consiste en fin en servir bien á Dios y al Rei, y no matar á pesadumbres á los padres como tú lo haces.

Juan. Pues que se mueran: y mas le valía enviarme dinero y no sermones.

D. *Antonio.* ¡Válgame Dios, hombre! ¿Aun no te basta el que te envian?

Juan. No, no me basta, y seré capaz...

D. *Antonio.* Ya sé de lo que fuistes capaz dias pasados, y tú no ignoras que acaso te liberté de unas baquetas dando á cierto cantinero lo que tomaste de su cajon para que callase. ¡Cuánto mejor hubieras hecho en pedírmelo! Cuenta conmigo otra vez, y no te espongas ni prostituyas. ¡Tu pobre familia!..

Juan. Oyes, te has empeñado en sofocarme? Pues voto á...

D. *Antonio.* Despacito, Sr. jaque, que no viene bien esa furia con la huida de esta mañana. Vd. modérese y oiga.

Juan. ¡Cómo se entiende llamarme collon! Por vida de... Ahora lo veras, hipócrita, zalamero...

D. *Antonio.* Vive Dios, ingrato, atrevido, que si haces el menor movimiento... ¡Cómo tienes valor...! Qué! ¿abusas de mí, porque soi prudente?

Juan. Vamos, Antoñito, no te enfades. De manera es... Sí, tú puedes mas que yo, lo confieso. ¿No es verdad que yo soy un botarate? Vaya, hombre, perdóname: yo me enmendaré, lo verás.

D. *Antonio.* Pues si tú te enmiendas... ¡Ai amigo! ¡Cuánto gusto me darás en ello! Vamos, serénate, toma para refrescar; pero no te escedas ni te acompañes con malas cabezas. Veámonos à menudo: tú ignoras cual es mi empleo actualmente; mas no dejes de ser mi amigo cuando lo sepas, asegurado de que yo lo seré tuyo, como seas un buen soldado y un buen hijo. A Dios.

Juan. A Dios, y gracias por el regalo.

D. Antonio fué á darlas á su coronel por la libertad de Juan, y á informarle de los progresos que creyó haber hecho en órden á su correccion; pero estuvo Juan tan léjos de verificarla, que se dirigió á una taberna, y gastó en ella el socorro que le dió su generoso paisano, de quien habló vilmente á los viciosos que le ayudaron á disiparlo.

Aquella noche fué dado á reconocer Don Antonio por abanderado, mui á gusto de cuantos le conocían. No quiso retardar à sus padres y hermanos queridos la noticia de su

fortuna, y les escribió inmediatamente comunicándosela, pero la carta se estravió de tal suerte, que no supieron de él en quince dias.

Una partida de soldados, mandada por un oficial, salió del ejército al dia siguiente de haberse publicado el ascenso de nuestro jóven, é hizo trànsito en su pueblo. Los padres convidaron con su casa al oficial, y este admitió con gusto una oferta tan generosa. Despues que hubo colocado su equipage y tomado un ligero refresco, que le sivieron las hermanas de D. Antonio, se suscitó entre todos la conversacion siguiente.

El Padre. Señor oficial, ¿viene Vd. del ejército de Cataluña?

Ofic. Sí, Señor, hoi hace quince dias que salí de él, y á fe que lo cuento por milagro: algunos no podrán decir otro tanto.

La madre. Pues qué, ¡ai Dios! ¿Ha habido alguna batalla?

Ofic. Sí, Señora patrona, y sangrienta escialmente al principio.

Todos. ¡Ai mi querido Antonio!

Ofic. ¡Cómo! ¡Pues que es esto!

El Padre ¡Ah! ¡Descuidarse mi hijo en escribirme! No, no era posible; su virtud... su amor filial....¡Infeliz!

Ofic. Pero, Señores, por Dios, díganme Vds. que les aflige. Por vida mia que la he hecho buena. ¡Quién diantres me mandaba

hablar de la batalla ó de la droga! Vamos serénense Vds.

El Padre. Señor, tengo un hijo en el primer batallon del regimiento de N. ¿Entró en accion este cuerpo?

Ofic. Sí, Señor, y á fe que se portó perfectamente.

El herm. Pues si cumplió con su deber, y mi hermano murió con honor...

Ofic. Mas ¿no podremos saber como se llama ese hermano?

El Padre. Se llama Antonio de N., y es granadero.

Ofic. Con que aquí se trata del apreciable D. Antonio el castellano.

La madre. Señor, mi Antonio no tiene Don. Es hijo de unos padres honrados, y desciende de unas familias mui limpias y religiosas; pero no están en la clase de los nobles.

Ofic. No importa todo eso un comino: su hijo de Vds. (si mal no me engaño) es tan noble como el mismísimo D. Pelayo, y tiene un Don como un templo,

El padre. Pero, Señor...

Ofic. Pero, Señor... Vaya, prontito. ¿Qué señas tiene D. Antonio.

Las hermanas. Dale con D. Antonio. Parece que este Señor tiene gana de fiesta, y estamos nosotras que nos pueden ahogar con un cabello.

Ofic. Vamos, compañeritas, no se me enojen Vds.

Las hermanas. Sí, sí, compañeritas.

Ofic. Compañeritas digo, y vengan pronto las señas de mi estimado compañerito. Sobre que apuesto... Si me lo da el corazon.

El padre. Vaya, que este buen caballero. Pero, Dios mio, si vuestra piedad... si mis ruegos... si su virtud... Mas no: sobre que hace unos quince dias que tuve carta suya, y era un granadero tan mondo y lirondo como cualquier Pedro Fernandez. Con todo, tome Vd. esta copia de su filiacion, y veamos.

Lee el oficial y esclama.

¡Gracias á Dios! Me alegro. ¿No lo decía yo? Vengan acá media docena de abrazos por cabeza à la salud de mi compañero Don Antonio de N. Sí, es tan oficial como yo, por vida del Rei mi amo.

Todos. Pero, Señor oficial, ¿como es esto?

Ofic. Voi á decirlo. Pero ¿quién llama?

A esta sazon entró un mozo con la carta atrasada de D. Antonio: el oficial la leyó, é hizo despues el panegírico de su virtuoso compañero.

Fàcil es conocer la sensacion agradable que haría la tal carta en aquella honrada familia y fàcil es inferir cuan buena noche pasaria, cuanto obsequiaria al oficial, y que los soldados no lo pasarian mal con motivo de este feliz acontecimiento.

Partió al dia siguiente la mencionada tropa entre los aplausos de aquellos paisanos, que sabían ya los aumentos de D. Antonio. Solamente la desventurada familia de Juan (á quien un soldado imprudente informó de su mala conducta) se hallaba inconsolable; y no dejaron de apesadumbrase y confundirse tambien sus ignorantes amigazos y malos consejeros.

Los padres de D. Antonio no perdieron tiempo en escribirle, felicitándole por su ascenso, ofreciéndole algun dinero para equiparse, y dándole los consejos mas juiciosos. Recibió D. Antonio esta carta en un dia mui alegre para él, porque acababa de cobrar unos seis mil reales, valor de ciertas alhajas que le habian tocado en una rifa, y contestó á su padre en estos términos.

Padre y Señor de toda mi veneracion y cariño, la apreciable carta de V. me consuela y edifica. Deseaba con ansia saber de la salud de mis amados padres y hermanos y veo que Dios se la concede feliz: apetecia que V. me continuase sus consejos saludables, y tiene V. la bondad, padre mio, de no escasearme un bien que tanto aprecio y por el cual repito á V. las mas humildes, gracias.

Tambien se las doi a Vd. por el dinero que intenta remitirme; mas le ruego que lo emplee en fomentar á mis hermanos y en cuidarse mu-

cho, porque Dios ha querido darme el que necesito por un medio facil y honesto.

Ayer llegó confirmada por el Rey la gracia que se sirvió hacerme mi general, de quien sigo recibiendo los favores mas distinguidos.

Suplico á Vds. rueguen á Dios por la salud de nuestro Soberano, por la gloria de sus armas, por el sosiego y felicidad de la monarquia, por mi salud y mis aciertos.

Sírvase Vd. ofrecer todo mi amor y respeto á mi madre amada: dar mis finos afectos á mis hermanos queridos, y á esas honradas gentes, á quienes agradezco en el alma sus espresiones y buen deseo; y merezca yo siempre los preceptos de Vd. y su bendicion.

Nuestro Señor... &c.

A este tenor eran las cartas de D. Antonio, con la diferencia de que á proporcion que iba adquiriendo mas trato con la oficialidad y con las personas distinguidas, y que leia buenos libros, usaba en ellas de un estilo mas correcto. Ni se le notaba aquel lenguaje y aquellos modales de aldea, los cuales, si no se corrijen en la infancia, son mui difíciles de rectificar en la edad madura.

Lo que nunca padeció la menor mudanza fué la bella índole y la rectitud del corazon de D. Antonio; por cuya causa los gefes, sus compañeros y los soldados le amaban á porfia. Un corazon franco y generoso, y una virtud pura y constante rinden las voluntades sin la

menor violencia. El artificio, la opulencia, el poder y el valimiento todo junto, no logran tantos omenages del corazon humano como la probidad sola. D. Antonio estaba adornado de esta amable virtud, y libre de los vicios: ved aqui por qué este jóven, que no era ilustre, ni rico ni poderoso, tenia mas apasionados que otros, en quienes concurria alguna de estas circunstancias ó todas juntas.

¡ De cuàn diverso modo hablaré del incorregible Juan! Este hombre detestable fué cada dia peor. El virtuoso D. Antonio nada logró de él sino tristes desengaños y graves pesadumbres. Juan desertó, y se unió con unos facinerosos. Su pobre familia ¡ cuántas amarguras pasó por la conducta brutal de este jóven!

A los dos años de alferez fué promovido á teniente D. Antonio, y á los cuatro años de servicio se le dió el grado de capitan. Mantúvose en campaña hasta que se hizo la paz, portàndose siempre mui á satisfaccion de sus gefes: algunas veces fué herido, pero su robustez y buenos humores contribuyeron á su pronta curacion. Concluida la guerra, consiguió licencia para ir á su casa por seis meses, y lo verificó sin dilacion.

La alegria y el consuelo de su familia fué igual al que recibió nuestro jóven al ver á unos padres y á unos hermanos á quienes amaba con la mayor ternura. Se abrazaban, se acariciaban y se bendecian mútuamente. Los

viejos, los jóvenes y hasta los niños del lugar acudieron á saludar à D. Antonio, y á dar á sus padres la enhorabuena. Sus alabanzas resonaban en todo el pueblo, y sus virtudes y prendas personales eran el asunto de las conversaciones de aquellos aldeanos.

"¡ Qué galan, decian, y qué bien le sienta » el uniforme! ¡ Qué buen cristiano, qué llano » y qué caritativo! ¡ Qué hijo tan obediente! » ¡ Qué padres tan dichosos! "

El cura, los alcaldes, los labradores mas ricos, todos en fin deseaban el lado del capitan, todos le ofrecian su mesa, y le proporcionaban las diversiones que podian: D. Antonio supo complacerlos sin desairar á ninguno. Todos le escuchaban como á un oráculo, y su dictàmen prevalecia siempre. ¡ Cuantas amistades hizo! Cuántos pleitos y disgustos evitó! Nadie resistia á los consejos de este hombre virtuoso.

Hablaba de los sucesos de la guerra cuándo le pedian que lo hiciese; pero no mentia ni exajeraba. Mil veces le hicieron contar la história de sus hechos y de su fortuna, y siempre la refirió con una modestia edificante. "La » bondad de Dios, làs oraciones de Vds. y de mis » padres, la piedad del Rey, la justificacion de » mis gefes, yo no he hecho mas que cumplir » con mi obligacion &c. " eran sus espresiones favoritas. Las farfantonadas, la impertinencia, la parcialidad, la envidia y la impostura son vicios mui comunes en los que hablan de sí y

de los de su misma profesion, pero D. Antonio no estaba contagiado de ellos.

Un labrador mui rico, viudo y algo pariente de nuestro capitan, vino á verle desde el pueblo de su residencia, acompañado de una hija única, mui bien parecida, virtuosa y bien criada. La bizarria y bellas prendas de D. Antonio, hicieron tal efecto en los recienvenidos, que llegó á dudarse cual de los dos le queria mas: lo cierto es que la prima (llamémosla así) tuvo vocacion de ser capitana, y el primo la tuvo tambien de casarse con ella.

Este juego se conoció pronto por los padres de ambos jóvenes, y resolvieron darles gusto, porque todos gananban en el contrato. Los primos se declararon de un modo franco, pero respetuoso, y obtuvieron el consentimiento que apetecian.

D. Antonio escribió á su coronel; que estaba en la corte, participándole su resolucion, y haciéndole ver las ventajas que le resultarian de que tuviese efecto; y á la respuesta de aquel agradecido gefe acompañó la licencia del Rei para que pudiera verificar su casamiento; el cual tuvo efecto de allí á un mes, porque el parentesco de los contrayentes no necesitaba dispensacion, y el dote de la novia era mucho mayor que el que previene la ordenanza.

En las bodas de los dos nuevos esposos reinaron la alegria y la abundancia; pero no aquel lujo desolador y aquellas etiquetas ridículas

que se advierten en casos semejantes. El padre de la novia, que ademas de ser rico era generoso y mui amante de su Patria, hizo buenas limosnas en aquel pueblo y en el suyo: y habiendo preguntado á D. Antonio, qué fundacion piadosa y útil podria hacer mas á su gusto para perpetuar la memoria de un acontecimiento tan feliz, le respondió sin detenerse un momento: "Estimado tio, yo debo en gran » parte mi fortuna á la buena crianza que me » dieron mis padres y mi buen tio el cura: no » todos los niños de este pueblo tienen tios y » padres que puedan educarlos bien. Noto con » dolor el abandono y lastimosa ignorancia en » que yacen, y veo que este mal es inevitable, » sino se establece aqui una buena escuela de » primeras letras, dotándola de tal modo, que » podamos hallar para regentarla un sugeto » sábio y virtuoso. ¡ Ah Señor! ¡ Cuánto bien » haria, y cuàntos males podria evitar un hom» bre de talento, si se encargara gustoso de la » educacion de estos niños! Un hombre, digo, » que haciéndoles amable la vida activa y el » ejercicio productor, les enseñase al mismo » tiempo las obligaciones de un buen católico, » de un buen vasallo, de un buen hijo, de un » buen esposo, de un buen padre y de un » buen amigo. ¡ Ah, el triste Juan, mi antiguo » compañero...!" Lleno de gozo y de admiracion interrumpió el tio el discurso de su sobrino, asegurándole que pronto veria cumplidos

sus deseos; y con efecto, este honrado y benéfico labrador, ayudado de un digno eclesiástico hermano suyo, trató de establecer inmediatamente en el lugar de D. Antonio una buena escuela con el nombre de *escuela del soldado virtuoso.*

Cuando acababa D. Antonio de hacer este gran bien y otros muchos á sus paisanos, y en el momento de estár consolando en cuanto era posible á la desventurada familia de Juan, recibió esta la noticia de su muerte. Una compañía de granaderos, empleada en la persecucion de malhechores, se batió con la cuadrilla donde iba Juan, este recibió un balazo, de cuyas recultas murió á pocas horas en la cárcel, á donde fué conducido con otros de sus compañeros, que acabarian en un suplicio.

El prudente D. Antonio socorrió á aquellos padres desgraciados, ya con los auxilios necesarios para hacerlos volver de las fuertes congojas que les causó la triste nueva, y ya con los consejos mas piadosos y saludables, y aunque quedaron en cierto modo resignados al ver que Dios les habia librado de la mayor deshonra que pudo haberles causado su hijo, y al saber que este no murió impenitente; con todo, la madre falleció á pocos dias, el padre quedó con el juicio trastornado, y el hermano tardó mucho en recobrar la salud.

D. Antonio marchó á su regimiento, concluido que fué el término de su licencia, en

compañía de su esposa; halló á sus gefes, á sus compañeros y á los soldados tan afectos como siempre, y la nueva capitana fué tratada con la distincion y el agrado que se merecia por sus bellas prendas y por las de su apreciable esposo.

He concluido la história de mis soldados: Dios favoreció visiblemente á D. Antonio por sus virtudes religiosas y morales, y mui partisularmente por el amor y obediencia que tuvo á sus padres y á sus gefes; y castigó á Juan por su obstinacion en los vicios, y por su desobediencia, inhumanidad é ingratitud.

D. Antonio llegó á ser general, y sus hijos perpetuan el nombre y la gloria de su padre en la carrera de las armas, y en la de las letras.

Imitémos pues, á nuestro D. Antonio: abominémos la conducta de Juan; compadézcamos á su familia desdichada; apreciémos la virtud y la buena educacion; y no dudemos que Dios nos protejerá, si obramos siempre arreglados á sus divinos preceptos, y á su voluntad soberana.

EJEMPLO III.

LOS MENESTRALES.

En una ciudad de Andalucía vivían un zapatero llamado Blas, y un sastre nombrado Andres. Blas era mui hombre de bien, inteligente en su oficio, puntual y equitativo con sus parroquianos, y el amparo de los oficiales que trabajaban en su tienda, en la cual se calzaba un crecido número de personas de ambos sexos. Estaba casado con una montañesa llamada Cándida, cuya aplicacion, honradez y modestia contribuian mucho á los aumentos y buen nombre de su casa. Estos esposos tenian un hijo de trece años llamado José, el cual estaba aplicado al oficio de su padre, y una hija de quince nombrada Matilde; ambos hermanos tenian bellísima índole, una aplicacion estraordinaria al trabajo, mucho amor y obediencia á sus padres, y una total adversion á los vicios.

Andres era (para decirlo pronto) un holgazan chapucero y un mentecato ridículo; y Casilda su muger una presumida, frívola y chocante. Tenian un hijo de catorce años llamado Ruperto estudiando gramática latina, en la

cual hacia menos progresos que en la guitarra y en el baile, á cuyo ejercicio importante destinaba todas las horas que podia mui á gusto de sus padres, á quienes se les caia la baba de ver á su estudiantito saltar, brincar, sudar, romper, tañer, cantar y enseñar á dos hermanitas que tenia las mismas habilidades, para que supliesen por la hermosura que les negó naturaleza, y por la buena crianza, que no recibieron cuando niñas, ni se les daba, aunque ya eran casaderas.

El zapatero y el sastre vivían en dos cuartos bajos de una misma casa, habitaba el principal un noble anciano llamado D. Prudencio, hombre de talento, de mundo y de buen humor. Este caballero solia acompañar algunos ratos á los dos vecinos, porque le divertian mucho las diferentes y agradables escenas que le presentaban en su trato. Una noche de verano salieron ambas familias á tomar el fresco en el patio de la casa; D. Prudencio hizo lo mismo, se sentaron todos formando corro, y se hablaron asi.

D. Prudencio. Mucho aprieta el calor, Señores, á fe mia que es insufrible.

Casilda. En efecto, Sr. D. Pudencio. Yo he mandado á mi Andres que mientras no refresque el tiempo no piense en dar siquiera una puntada. Ahi tiene unos vestidos empezados, pero á si se estarán. El caso es que llueven recados y mas recados, y nada, porque prime-

ro es la salud de mi marido, y que rabien ó tengan paciencia los dueños de la ropa.

Blas. ¿Y si mudan de sastre, en vez de rabiar, ó de tener cachaza?

Andres. Que muden enhorabuena, y yo les aseguro que no mejorarán de fortuna con la tal mudanza. No se si somos unos veinte y cinco los que componemos en la ciudad el gremio de la sastrería, y (sin que sea por alabarme) ninguno es mas puntual ni mas inteligente que yo en la farándula.

D. Prud. Basta que Vd. lo diga. Pero, hombre, ¿qué tremolina era aquella de esta mañana con el capitan de milicia? Yo temí que sucediese un trabajo.

Casilda. Nada en sustancia.

And. Ya se ve, nadita. El capitan me mandó hacer un uniforme hará cosa de tres meses; por casualidad salió una manga de la casaca cuatro dedos mas corta que la otra, el paño de la espalda lo puse al contrapelo, los calzones eran cortos de tiro y algo estrechos, y la chupa sacó unas cuantas piezas.

Ruperto. Para eso que me hizo Vd. unos pantalones á costa del Sr. capitan.

And. Calle, bribon. ¿Quién le mete á él.... Pues, Señor el hombre se empeñó en que yo era un zote y un no sé qué.

Rup. Yo me acuerdo. ¿Lo digo?

And. Calla, si puedes. Casilda, llévate ese muchacho y enciérrale.

Casild. Toma! no me da gana. ¡Pues qué hace el pobrecito! Vaya que eres el ente mas ridículo que he visto en mi vida. Yo acabaré el cuento y verás como calla Rupertito. Decia Andres que el capitan le dió el vestido para que remediase los defectos que tenia.

Rup. El caso es que muchos de ellos no tienen compostura.

Casild. Ves como el chico dice bien y habla á tiempo. Con que (como iba diciendo) el vestido no se compuso: vino el Capitan al cabo de algunos dias, porque Andres no hizo caso de los recados que le envió, halló el uniforme en la percha mas empolvado que un peluquin, y allí fue troya. Ya se ve, si estos calores...

And. Pues: el pecado son estos calores. En fin, veremos mañana que tal dia hace.

Casild. Hombre, ¿estás en tu camisa? Pues ¿y los toros?

And. Mira, muger, tienes razon, ya no me acordaba.

Casild. Vamos, sobre que estás lelo de purísimo trabajar, y no quiero que acabes de perder la chaveta.

D. Prud. Mui bien dicho y ¿V. va á los toros, tio Blas?

Blas. No por cierto: tengo mucha obra entre manos, y debo concluirla: porque, amigo, los que no tenemos mayorazgos, necesitamos arrimar el hombre al trabajo para man-

tener las obligaciones; y si uno espanta la caza con embustes ¡malo, malísimo!

Cándida. Mi Blas y yo, como somos duros, y no andamos majos, no hacemos vacaciones al frio ni al calor, ni gustamos de andar luciendo la persona en los dias de trabajo.

D. Prud. Pero mañana estará la tienda como escuela de danzantes. Ahí es un grano de anis, lunes y dia de toros. Apuesto á que de los ocho oficiales que trabajan en casa no vienen dos.

Blas. Pues yo le apuesto á Vd. á que de los ocho vienen mas de siete.

D. Prud. ¿Y qué dirá el glorioso S. Crispin? ¿Y los toros?

Blas. Ya saben mis oficiales que el glorioso S. Crispin no gusta de holgazanes, y que los toros no son mas que unos animalitos de cuatro orejas, que matan si pueden á los de dos, y que al fin mueren ellos rabiando. Ademas, mis muchachos estiman mucho á su maestro, y no quieren dejarle solo, porque no se les muera de melancolía.

Casild. No lo hacen asi los mios. ¡Picarones!

Cánd. Ya.

D. Prud. ¿Y qué significa ese ya, tia Cándida?

Cánd. Que ya, y nada mas. Mire Vd., Sr. Don Prudencio, mis oficiales han sido aprendices de casa, y á los principios se hacen los panes tuertos ó derechos. En primer lugar,

no los matabamos de hambre, y por consiguiente aprendian y trabajaban con gusto. En segundo, no se les maltrataba de obra ni de palabra (porque castigar sus escesos con moderacion no era tratarlos mal) y nos servian bien, nos querian mucho, y aun nos quieren. En tercero, Blas era mui escrupuloso en esto de enseñarles el oficio, porque decía, que un aprendiz no es el jumentillo de la casa de su maestro, sino un jóven que se dedica á aprender el modo de ganar el pan honradamente bajos ciertas condiciones, y que es un gran bribon el maestro que no se esmera en la enseñanza de los que tenga. ¡Pues no digo nada en esto de que fueran buenos cristianos, obedientes y atentos con todo el mundo! Llegaron á ser oficiales, y todos siguen en la casa con el mayor contento: se les paga puntualmente, se les adelanta lo que necesitan para sus urgencias, y lo van satisfaciendo poco á poco; y como nunca les falta que trabajar (gracias á Dios) tienen el pan seguro, y no quieren perderlo por toros mas ó menos.

Casil. Pues los mios..

D. Prud. Pero muger ¿cuáles son los de Vds.? Yo jamás veo uno siquiera en la tienda.

Rup. Pues si no los hai, sino que mi madre...

And. Oyes, insolente, si voy á tí... Pero déjalo, yo te pondré al oficio, y veremos.

Casild. No veremos, no veremos. Oficio

Buena honra quieres dar á tu hijo. Si yo me casé contigo siendo sastre, fué porque quiso la trampa. Menestrales! Si pudiera yo raerme lo que tengo de menestrala..

Cánd. Poquito á poco con eso, Señora mia: hable V. con mas decoro de la gente de oficio, y sepa que yo cuento cosa de dos docenas de abuelos todos zapateros de obra prima, segunda y tercia, y que por eso no dejo de ser una montañesa tan noble como Nuño Rasura y Lain Calvo. Si Pudiera habia de añadir un nuevo cuartel á las armas de mi ejecutoria (que la tengo en letras doradas y gracias á Dios) con un cuero de buey, un trinchete y dos hormas en figura de aspa, todo en campo verde para que mis descendientes no perdiesen las esperanzas de ser zapateros por los siglos de los siglos.

Blas. Amen Jesus.

Casild. Pues yo...

D. Prud. Vamos, señoras, halla paz. V., señora Casilda, no tiene razon en menospreciar la clase de los menestrales. El Rey la ha honrado, la nacion la aprecia y necesita, y sino ha logrado aun toda la consideracion que se merece, es porque lo impide la mala conducta de muchos individuos de ella.

Los continuos fraudes, la mentira, la suma ignorancia en los respectivos oficios, la arbitrariedad en los precios, las modales groseras, el ócio y los vicios hacen la desgracia de muchos

menestrales, y causan el ceño con que se les mira.

Desengañémonos, amigos, mientras los menestrales no se convenzan de que cada oficio, por fácil que parezca, tiene mucho que aprender, mientras no sean veraces y equitativos, mientras no abandonen el tono chocante é insultador que los caracteriza, esto es, mientras tengan mala crianza y peores ideas, todo irá mal para ellos. Por lo demas, un artesano hombre de bien, aplicado, activo, atento y puntual, es en su taller un buen amigo y auxiliador útil de sus conciudadanos: estos le honraràn y contribuirán gustosos á hacer su felicidad y la de su familia.

Cand. Tiene mil razones el Señor D. Prudencio, y ha hablado como un libro. Blas, no hai que descuidarse con Pepito, y hazle pronto un zapatero de honra y provecho.

Blas. No, que no. Ya va entrando en carrera, y confio en que antes de un año ha de ser un oficial mas que mediano. ¿Qué tal, Pepe?

José. Yo pondré de mi parte cuanto pueda para adelantar, padre mio. Me desazona tanto el ver que aun lo hago tan mal.... Por fin, mi hermanita Matilde ya es útil: ribetea tambien los zapatos... ¡Vàlgame Dios! ¡Cuándo empezaré yo á servir de algo à mi familia! Tengo unas ganas de adelantar....

D. Prud. Haces bien, querido. Todos los muchachos sin distincion habian de aprender

oficio. Yo hice que mi hijo el alferez fuese un regular carpintero antes de ponerle los cordones. ¿Y saben Vds. que cuando estuvo prisionero se mantuvo á costa de este oficio? Ya se ve, el sueldo era el de un soldado, y yo no tenia conducto por donde asistirle.

¡Ahi es nada lo útil que puede ser à un hombre el saber un oficio en este mundo caduco! Los grandes de Inglaterra, y aun los mismos príncipes observan esta máxima importante, y por esto no se degradan. Pero ¿qué nos cansamos? Muchos de nuestros Soberanos no se han desdeñado trabajar algunos ratos en sus talleres: con que miren Vds. cuan léjos estaban aquellos Señores Reyes de menospreciar los oficios y á los que los ejercen.

Casild. Pues, Señor, V. no se canse; mi hijo ha de ser cura, y despues lo que Dios fuere servido: seguirà algun tiempo con el dómine Socalinas, y luego irà á la universidad de Granada. Es una cucaña tener un hijo cura. Vds. verán que buena vejez nos da Rupertito.

D. Prud. Pero, Señora, ¿ y la vocacion? ¿Y los medios para mantenerle? ¿Y la seguridad de que aproveche, de que no se pervierta cada dia mas, y se lo lleve la trampa? ¿Y la cóngrua? ¿Y otro millon de cosas que se necesitan para salir triunfante de una empresa tamaña?

Rup. ¡Qué pregunton y qué pesado está el

vecino! Señor, déjenos V. hacer á mi madre y á mí, que nosotros nos entendemos.

D. Prud. Yo tambien entiendo à Vds. y por lo mismo conozco y siento sus necedades. Perdonen Vds. la claridad, y vàmonos à recojer; que ya es hora.

Blas. Sí por cierto.

D. Prud. Pues á Dios, vecinos.

Todos. Que V. descanse y pase buena noche, Sr. D. Prudencio.

Al dia siguiente asistieron con puntualidad à la tienda de Blas todos sus oficiales: trabajaron con esfuerzo y alegria, y ganaron su concertado peculio igualmente que su maestro, mientras Andres y su familia se divertian en los toros á costa de los que adelantaron el dinero perteneciente à las hechuras de los vestidos, que debian acabarse cuando hiciera fresco, ó (por mejor decir) cuando gustase madama Casilda.

Pero la mala ventura, que se atreve hasta con la gente del bronce, quiso aguar la funcion á nuestros sastres, y escojió por instrumento de sus rigores al capitan miliciano.

Este caballerito fué por la tarde à casa de Andres, mui confiado en que ya estaría compuesto el fatal uniforme: halló el cuarto cerrado, y supo que estaba de toros. Era ya hora de salir de ellos, y aguardó á Andres en el portal de su casa: llegó con su familia, y sin gastar cumplimientos le dijo el capitan. ¿*Está com-*

puesto mi vestido? No Señor (respondió el sastré) *porque.... Yo no quiero saber el por qué* (contestó el militar). Y tirando del sable, le dió cuatro ó seis golpes de plano; pero por desgracia resbaló uno de ellos, y cortó al señor maestro los tendones de la mano derecha. Gritaron todos, alborotó Casilda el barrio, lloró Ruperto y sus hermanas, se desmayó el herido, se marchó el capitan, acudió la familia de Blas y Don Prudencio, ayudaron á sus vecinos en cuanto pudieron, y se dejaron de conversacion porque era inútil.

Vino el cirujano, pronosticó mal, emprendió la curacion del sastre, y fué un milagro que no perdiese el brazo; pero al fin quedó manco, y por consecuencia sin poder coser, ni aun cortar mas vestidos à capitanes ni á paisanos.

Formóse su proceso corriente; pero el oficial, aunque fué reprendido por haberse tomado la libertad de castigar á Andres, salió absuelto, porque hizo ver que obró por el primer impulso de su justo enojo, que no fué su ànimo herirle, y porque las malas mañas y ociosidad de este menestral eran mui notorias en aquel juzgado, por las quejas que se habian dado contra él en varias ocasiones.

Imposibilitado Andres de ejercer su oficio, y habiéndo gastado en su curacion y en mantener su familia el poco dinero, las alhajas y algunos muebles sobrantes que tenia, parece

que debia su muger dejar de ser fátua y altanera, él de ser necio y apocado, y no perder tiempo en aplicar á Ruperto á un oficio; pero no sucedió así; su obstinada madre vendió con pleno consentimiento de su marido una parte de casa que tenia en Cádiz, cuya única finca fomentaba la desidia y el orgullo de Casilda, recibió por ella unos tres mil pesos, vistió à su hijo de estudiante manteista, le llevó de calle en calle, de casa en casa y de paseo en paseo, arrastrando sus hopalandas; mas hinchado que un sapo, y fué cosa mui digna de notarse, el que en vez de infundir el trage talar á nuestro jovencito mayor circunspeccion y compostura produjese en él efectos mui contrarios. La charlatanería y la insolencia se aumentaron en Ruperto de un modo prodigioso; y tanto, que los padres tuvieron que acelerar su viage, antes que se lo estropeasen de alguna paliza dada á buena cuenta de las muchas que merecia por su osadia y desvergüenza. Marchó en efecto á Granada recomendado á un alguacil pariente de Casilda, á quien ofreció ésta pagar los alimentos del hijo de sus entrañas, encargándole que le cuidase mucho; y que se le diese el Don correspondiente á todo mortal que arrastra bayetas.

Mientras Andres y Casilda pensaban en enviar á Ruperto á probar fortuna, y despues que lograron engolfarle en el proceloso mar de la universidad, donde perecen muchos con res-

pecto á los pocos que llegan á salvamento; Blas y Càndida se esmeraban en hacer que aprendiese José el oficio de zapatero con toda perfeccion, y en formar bien sus costumbres, á cuya última empresa les ayudó mucho D. Prudencio, y tuvo poco que trabajar para conseguirla.

Este buen anciano estuvo ausente algunos dias en un pequeño pueblo donde tenia un mayorazgo, y á cuyos vecinos hacian mucho bien siempre que los veia necesitados, como lo estaban muchos en aquella época. Volvió un sábado por la noche, y habiéndo salido á pasear la tarde del Domingo inmediato, se dirijió á una selva amena, que se hallaba á corta distancia de la ciudad. Despues de haber hecho un moderado ejercicio, se sentó á descansar en una piedra á la sombra de unos álamos frondosos y á la orilla de un cristalino arroyuelo. De allí á poco rato oyó que le decian: "Señor » D. Prudencio, amado vecino, háganos V. el » favor de venir á acompañarnos. Venga V., » aquí estamos: complete V. nuestra alegria » con su presencia." El buen anciano miraba hácia el parage de donde salian las voces, pero á nadie divisaba; hasta que vió á Pepito el hijo de su honrado vecino Blas, que corria hácia él, manifestando en su rostro y en sus palabras la alegria mas pura, y repitiendo: "Venga V.; »allí están mis amados padres y mis queridos »compañeros á la sombra de aquellos fresnos.

«Estamos de enhorabuena. Vamos déme V.
» la mano, y le ayudará á bajar este repecho.
» ¿Qué, se negará V. á nuestros ruegos sencillos?
» No, hijo mio: (respondió D. Prudencio) Voy
» á acompañaros con el mayor gusto, y sea
» cual fuere vuestra satisfaccion, desde ahora
» me tomo parte en ella." José condujo á D. Prudencio donde estaba su familia: todos le recibieron y saludaron con atencion y regocijo: la tia Cándida le dió un estrecho abrazo, hijo de su inocencia y agradecimiento: le hicieron sentar en el paraje mas cómodo; y se hablaron del modo siguiente.

Blas. ¡Cuánto me alegro de que V. haya vuelto con salud de su viaje, y de tener el gusto de que participe de nuestras satisfacciones!

D. Prud. Yo tambien celebro que Vds. las tengan, y deseo saber cuales son.

Cánd. Pues va de cuento. Ha de saber V. que mi Pepe concluyó ayer un par de zapatos, que se mandó hacer en casa del Señor marqués de N. Su obra pasó una escrupulosa revista de Blas y de estos muchachos.

Los oficiales. Mui servidores de V. Señor D. Prudencio.

Blas. ¡Eso sí, voto á chàpiros! Siempre atentos y respetuosos con los mayores. Sigue tu cuento, Cándida.

Cánd. Con que los zapatos merecieron una aprobacion general, y su Señoría dijo á Blas cuando se los llevó, que venian perfectamente

y que estaban mui bien trabajados. Y habiéndose juntado en formal asamblea mi marido y los oficiales, salió aprobado José por uno de tantos.

Blas. Y eso que el presidente de la tal asamblea anduvo bastante quisquilloso antes de dar el título.

Jose. Mucho favor me han hecho Vds. en concedérmelo, lo conozco; pero yo le seré agradecido, y tan obediente como el ùltimo de los aprendices.

D. Prud. ¡Cómo me gusta el carácter de este muchacho! Pues, amigos, que sea mil veces enhorabuena. No dudaba yo de la aplicacion y buenas circunstancias de mi estimado Pepito, que daria á Vds. este y otros muchos dias de placer y de contento, asi como se los dará tambien la virtuosa Matilde.

Los hermanos. Muchas gracias, Señor vecino por el favor que V. nos hace.

Cánd. Pues sepa V. que á Matilde la hemos hecho ribeteadora en jefe de la tienda, porque á mí me vá faltando la vista, estoi algo temblona, y no puedo ya desempeñar un encargo de tanta importancia.

D. Prud. ¡Lindamente, tia Cándida! Pues queridos mios, ahora solo resta que Vds. se hagan dignos de nuevas mercedes; con que constancia, aplicacion, honradéz, virtud y á ello.

Los herm. Pero V. seguirà dándonos sus buenos consejos, como hasta aquí.

D. Prud. Con mil amores, queridos mios; bien que teneis en vuestros padres unos buenos modelos que imitar; y aunque yo faltase..

Matilde. ¡Ay, no lo quiera Dios! Aun está V. para vivir mucho. Tiene V. tan buen color, tanta agilidad.. V. habrá sido mui arreglado y virtuoso. Así dice mi padre que se conservan los hombres y las mugeres. No me gustan estos monuelos que llaman currutacos. ¡Qué atolondrados y que enfermizos son los mas!

Cánd. ¡Ola, niña, eso no me agrada! Dejàr á cada loco con su tema, y *zapatero á tus zapatos.*

Matilde. Perdone V., madre mia. Yo me enmedaré.

Blas. Cándida, la merienda, que ya es hora, y el Señor D. Prudencio tiene que catar tus guisotes. Ellos no serán finos, pero sí abundantes; y en cuanto á limpios y sabrosos se las apuesto á toda la cocinería junta y entera.

D. Prud. Vds. saben que no tomo por las tardes ni aun chocolate: pero he de probar los guisados de la vecina, y Dios querrá que no me hagan mal.

José. Sí Señor, verà V. como no se pone malo, porque todos se lo pediremos á Dios mui de veras.

En efecto fueron abundantes, aseados y gustosos los guisados de Cándida, y se comieron con mucha alegria y buen apetito. D. Pruden-

cio tomó de ellos algo mas de lo que creia, y aquel refrijerio le sirvió de cena.

Concluyóse la merienda: y aunque hubo muchos brindis, reinó en ellos la templanza, y se levantaron todos de la mesa tan cuerdos como se sentaron á ella. Pepe y Matilde fueron coronados con unas guirnaldas de bellas y fragantes flores, y con este inocente premio partieron á su casa entre los aplausos y vivas de todos los concurrentes.

Un oficial de Blas, que tenia mui buena voz y bastante gracia. cantó por el camino, al compas de una guitarra que llevó á prevencion, el siguiente romance, que compuso al intento un caballero parroquiano de Blas.

¡Cuán felices son aquellos,
que sin ambicion ni envidia,
ni los mandos apetecen,
ni las riquezas codician!
Aquellos que à sus tareas
honestas y repetidas,
deben su dulce sustento
y el de sus caras familias.
¡Con cuánto gusto disfrutan
los apetecidos dias
consagrados al reposo,
á la piedad y alegria!
El ocioso no conoce
las inocentes delicias
reservadas al contraste
del recreo y las fatigas.

A los ricos y opulentos
que entre los humildes brillan,
¡cuántas penas y zozobras
los sobresaltan y ajitan!
Cuidados, desconfianzas,
los acosan y fatigan:
lisonjeros los rodean,
ingratos los mortifican.
El candor y la amistad
huyen léjos de su vista,
y su lugar sustituye
la adulacion fementida.
La sacra amistad se acoje
á las cabañas pajizas,
y sus vínculos se estrechan
entre las jentes sencillas,
Jóvenes afortunados,
que lograis en este dia
de vuestros padres y amigos,
el amor y las caricias,
Vosotros, que mereceis
sus demostraciones finas
por las bellas cualidades
que os adornan y acreditan:
Duplicad vuestros esfuerzos,
y siempre en vosotros vivan
el respeto, y la obediencia,
el amor y cortesia.
Amad el trabajo os ruego,
y vereis como las dichas,
la virtud y la abundancia

con sus dulzuras os brindan.
Los placeres criminales
con que el mundo nos incita,
despreciadllos, porque envuelven
poco dulce y mucho acibar.
La probidad, las costumbres
y la piedad son las guias
que á la divina morada
los mortales encaminan.
El ócio, la intemperancia,
la impiedad y la injusticia
á un abismo de amarguras
eternas los precipitan.
¡Dichoso el que á las virtudes
su corazon sacrifica,
y feliz una y mil veces
quien los vicios abomina!
Bendiga el cielo á los padres
que prudentes os inspiran
la virtud, la aplicacion
y las máximas divinas.
Y llene de bendiciones
su providencia infinita
á los hijos obedientes
que abrazaron su doctrina.

Mucho agradó á todos la letra y la música del romance, el cual fué repetido hasta la entrada de la ciudad. D. Prudencio, Blas y su familia se dirijieron á su casa; y aunque los oficiales se ofrecieron gustosos á acompañarles

hasta ella no lo permitió el maestro, y les envió à las suyas diciéndoles: " A descansar, ami» gos, que hai mucho que hacer, y es necesa» rio que madruguemos. " A ninguno hizo daño la merienda, y todos pasaron una noche tranquila.

El pobre Andres se hallaba sumerjido en el ócio, y por una consecuencia precisa fué dominado de los vicios; se aficionó demasiado al vino, y visitaba á menudo las tabernas. Casilda y sus hijas trabajaban poco y se divertian mucho, y lo mismo hacía Ruperto, segun noticias y cartas, de forma que antes de dos años ya ìban gastados con el estudiante y en la manutencion de los esposos é hijas unos treinta mil reales de los cuarenta y cinco mil recibidos por la casa de Cádiz.

D. Prudencio observaba con dolor el desarreglo de aquella familia, y veia su total ruina mui inmediata, por lo cual se empeñó con el mayor esfuerzo en repararla, y quiso Dios que lo consiguiera en parte contribuyéndo á ello un suceso inesperado.

Una mañana oyó desde su cuarto llorar á Casilda y á sus hijas con el mayor desconsuelo, y que esclamaba la madre. " A Dios, curatos y » canonjías, para siempre jamás. ¡Pobre Ruper» tito mio! Se acabaron mis esperanzas. ?Si te » habrás quedado mui feo? Si te morirás? ¡Ai » de mí infeliz entre todas las madres que pa» ren hijos manteistas! "

Entró en el cuarto de Casilda nuestro amable anciano, y al mismo tiempo Andres, que volvia de echar un traguito para confortar el estómago. Hallaron á Casilda arrastrándose por aquellos suelos de Dios, desmelenada y descompuesta de ropa y semblante, y le preguntaron.

D. *Prud.* ¡Qué es esto, vecina! ¿Qué desgracia ha sucedido en esta casa?

And. ¿Qué tienes muger? ¿Te ha acometido el flato histérico, el mal de corazon, ó el soponcio incomprensible?

Casild. Solo tú faltaba para acabar de rematarme. Me muero de esta, no hai remedio.

And. Anda, no te mueras: déjalo hasta que hayas oido á Rupertito cantar misa.

Casild. ¡Y que poco la cantará él! ¡Ah mano vil y sacrílega!

D. Prud. No la incomode V., vecino. Vamos, amiga, sepamos qué penas aflije á V.

Casild. Esa carta... esa descomunal y mal aventurada carta me ha asesinado. Léala V., y verá si tengo motivo para lamentarme, y si vienen al caso las bufonadas de mi pariente.

Lee D. Prudencio. "Estimada Casilda, bue-
» na la hemos hecho: ya tienes un hijo tuerto,
» y gracias á Dios que lo tienes vivo. D. Ru-
» perto se metió á espadachin y despues á flo-
» retista: y como para él lo mismo eran ber-
» zas que requesones, tiraba con el florete man-
» dobles, tajos y rebeses á diestro y siniestro.
» El maestro le reprendió esta descortesía mu-

» chas veces, y él nunca hizo caso: ya conocerás tú su docilidad.

» Se puso á batallar con un mozo que tenia » malas pulgas: tu hijo tiró un tajo, y el otro, » al tiempo de repararlo, le dió tal botonazo » en el ojo izquierdo, que se lo vació entero y » verdadero; con que ya ves que no puede » cantar misa.

» Mira lo que quieres hacer de él, asegurada de que aunque yo soi de justicia, y tengo » las otras tres virtudes teologales, no he podido entrarle en carrera.

» Perdona la mala nueva, y manda á tu primo que te estima y compadece.

Roque el Alguacil."

And. Como soi cristiano que me he quedado hecho una estátua. Muchachas agua, ó vino si lo hai. ¡Pobrecito Rupertito! Casilda, voló la capellanía. Somos perdidos sin remedio.

D. Prud. Vamos, amigos, no hai que entregarse al dolor de un modo imprudente. Ofrecérselo á Dios, y animarse, que aun podemos hacer algo de bueno con Ruperto. Dejémonos de delirios, y apliquémosle al oficio de su padre. Aun es mui jóven, y puede hacer en él grandes progresos. Yo le recomendaré al maestro Pratini, y confio en que lo hará un buen sastre en pocos meses.

Casild. Pratini! A buen sugeto quiere V. en-

tregar á mi hijo. Ese canalla es el que ha arruinado á los sastres de la ciudad. Con sus zalamerías y monadas ha embaucado á todos los Señores, y les ha hecho abandonar nuestras tiendas.

D. Prud. ¡Qué empeño tienen Vds. en llamar zalameros y monos á los que son corteses y bien hablados! Amiga mia, los que dependen de las bolsas ajenas deben ser agradables y sumisos con los que se las franquean: esta leccion la tienen bien estudiada los estranjeros, y no hai forma de que la aprendan muchos de nuestros paisanos, porque confunden el respeto y agasajo con el abatimiento y la vileza. Ademas, Pratini sabe bien su oficio, es mui aplicado, y miente poco. Vean Vds. sus obras, y hallarán en ellas mucha perfeccion y esmero.

And. Toma! Tan buenas y mejores las pueden hacer los de esta tierra , y todo será que se pongan á ello.

D. Prud. Pero el mal está en que no se ponen á ello nunca. Ya sé yo que por acá sobran talentos y buenas disposiciones. He visto en Madrid y en alguna otra ciudad tan buenos sastres españoles como pueda haberlos en Londres y en París; pero son pocos, y debieran ser muchos.

Casild. Pero, Señor D. Prudencio, ¿no pudiera ser Rupertito abogado, ó cuando menos boticario?

D. Prud. No, Señora mia; Rupertito acaba-

ría con el poco dinero que tienen Vds., y al fin sería un vago.

And. Señor D. Prudencio, ¿sabe V. lo que digo? Que V. no quisiera que hubiese estudiantes en España.

D. Prud Pues V. se engaña miserablemente. Yo sé que la iglesia necesita pastores y ministros, los tribunales, majistrados, los reos defensores, &c. &c., y que estos deben salír de entre los estudiantes, pero sé tambien cual debe ser la situacion de las familias, y de cuanta prudencia y reflexion necesitan para destinar sus hijos á la carrera de las letras.

En el lugar donde he estado estos dias, que se compondrá de doscientos vecinos, hai lo menos treinta estudiantes de latinidad, y los padres de los veinte no saben que hacerse con ellos. Duros ya para el trabajo, y acostumbrados al ócio, son casi inútiles para la agricultura y los oficios, son unos corruptores de las costumbres, unos disipadores de los patrimonios, y nada mas. Ya se vé, esta falta de buenas escuelas de primeras letras, y esta abundacia de dómines... ¿Cómo ha de ser? Paciencia.

Casild. Con todo.....

D. Prud. Dejémonos de con todos y de disparates, y vamos á establecer una reforma jeneral en esta casa.

Las mujeres deben dejarse de espectáculos y del paseo diario, aplicarse á coser, que yo buscaré quien les dé algunos cuartos á ganar.

Ruperto ha de volver al seno de su familia, y ser sastre: este es un oficio muy decente y socorrido, y no es difícil de aprender. Por último, el amigo Andres puede aun emplearse en alguna cosa útil, y yo se la proporcionaré, como me dé palabra de abandonar para siempre las tabernas...

And. ¿Pues que tienen de malo las tabernas?

D. Prud. Muchísimo, los tabernarios ofenden á Dios con el pecado de la gula, porque beben con esceso: de aqui resultan las palabras escandalosas y provocativas, y pueden provenir el robo, el homicidio, la deshonestidad, la discordia y el mal trato de las familias. La salud se pierde, el dinero se disipa y el trabajo se abandona. El pudor, la inocencia y las costumbres se resienten y corrompen con el fatal ejemplo de los borrachos, el respeto del gobierno se atropella, y el carácter y dignidad de la nacion se degrada.

En las tabernas, amigo Andres, no debiera beberse el vino; y en los pueblos donde se hace así hai pocos, ó ningun borracho. Si V. viájara por algunos parajes de la Mancha y por Cataluña, sería testigo de esta verdad.

Bébase enhorabuena, pero sea en casa, con moderacion y á las comidas: de este modo pocos se embriagan y empobrecen.

Yo no sé que sepa bien el vino despues de haber bebido hasta satisfacerse, y juzgo que desde entónces se continuan los tragos por un

efecto puramente maquinál. Me asombro de ver que haya hombres tan abandonados y prostituidos que se espongan á ser escarnecidos públicamente hasta de los muchachos por el estado ridículo y despreciable en que los pone la borrachera.

Casild. Ahora tiene razon el Señor D. Prudencio. Pero mi Andres jamás se ha emborrachado: cuando mas, se ha puesto á medios pelos.

D. Prud. Pues de ahí se pasa á los pelos enteros y á las habilidades que he insinuado.

And. En efecto. Vaya que este D. Prudencio es un misionero apostólico. No hai remedio, es menester recojer velas y dejarse de borrascas. Mujer, yo estoi ya convertido: conviértete tu tambien, y envía por Ruperto al instante.

Casild. Vaya en gracia. Jesus! No sabe una responder á este santo hombre. Sr. mi tuertecito vendrá á ser sastre, y no hablemos mas palabra.

D. Prud. Pues yo lo celebraré mucho y à Vds. no les pesará. A Dios, amigos, hasta otro rato.

Todos. A Dios, Sr. D. Prudencio.

El amable Pepito y su preciosa hermana, imitadores de las virtudes de sus honrados padres, y siempre dóciles á los consejos de nuestro D. Prudencio, fueron cada vez mas aplicados y obedientes, y sus padres mas afortunados y felices.

Con los ahorros que hicieron mediante su esmero, exáctitud, sobriedad y economía, pudiero nestablecer una pequeña, aunque arregla-

da fábrica de curtidos, en la cual se trabajaban con bastante perfeccion; y este ramo de industria, bien manejado por Blas, á quien sustituia en la tienda con mucho acierto su hijo José, al paso que fomentó mucho su casa, produjo á la ciudad un bien de que carecía.

La fábrica de Blas prosperó mucho, porque el maestro que buscó para dirijirla era mui legal é intelijente, y Pepito un buen aritmético. Asi pues, los jéneros eran de la mejor calidad, y mui equitativos los precios à que se vendian, porque Blas decia á Pepe.. "Haz esas cuentas «de modo que todos vivamos. ¡ Infeliz del que » se mantiene á costa de la sangre ajena!" Y el jóven calculaba tambien como apetecia su padre y podian desear los compradores,

Ruperto volvió á su casa luego que se curó enteramente; sus padres le participaron su resolucion acerca de que entrase por aprendíz de Pratini, y no tuvieron poco que trabajar para que le abrazase; pero al fin cedió á las circunstancias y á la fuerza.

A pesar del orgullo, desídia y distraccion de Ruperto, pudo Pratini entrarle en carrera, y logró antes de año y medio hacerle un mediano oficial de sastre. Sin duda se hubiera perfeccionado en el oficio, sino hubiese conseguido examinarse de maestro y abrir tienda en su casa. Este triunfo le fué mui perjudicial, y no menos à sus padres, porque el jornal que ganaba en casa de Pratini, y que cobraba An-

dres, ayudaba à la manutencion de la familia; pero lo que adquiría despues de ser maestro lo malgastaba lastimosamente, diciendo cuando se le reconvenia, que todo era suyo, que él lo ganaba, y otras bachillerias indignas de un buen hijo.

Tarde conoció la desventurada Casilda los tristes efectos de la mala educacion que dió á su hijo, y el indiscreto rumbo que le hizo tomar. Su conciencia era el fiscal que mas acriminaba esta culpa, y sus remordimientos continuos la tenian inconsolable. La honrada familia de Blas, el virtuoso D. Prudencio y el buen Andres procuraban de mil modos mitigar su dolor, y cuando lo iban consiguiendo, hacía Rupertito algunas de las suyas, y la triste madre volvía á su antiguo desconsuelo.

Como un hijo ingrato y desobediente se hace odioso y despreciable, muchas personas de las que habian empezado á vestirse con Ruperto le abandonaron por esta mala nota. El veía desaparecer á los parroquianos, i temió quedarse sin ninguno: esto le incomodaba demasiado, y pensó seriamente en evitar este golpe de desgracia. Discurria mil arbitrios para repararlo; mas nunca pensó en arreglar su conducta, ni en hacerse bien quisto con las personas que huían de él por sus defectos criminales. Pero la felicidad de su injenio peregrino le sugirió un pensamiento mui orijinal y fácil de ser practicado, mediante el cual creyó nuestro mo-

zo hacerse rico en pocos dias. Voi á manifestar su proyecto, para que se vea de ¡cuánto es capaz un buen injenio cuándo ha estudiado latin.

Pasaba Ruperto por cierta calle de la ciudad, y vió sobre la puerta de una casa decente un llamador, en el cual leyó en letras de molde; "En el cuarto principal vive D. Emeterio » de N., cirujano latino aprobado &c. &c." ¿D. y latino tenemos? Tate! (dijo Ruperto) este vendito llamador me ha hecho persona. Yo soy D. y tambien latino; y sino, que vayan á ver mi matrícula á Granada (y empaz descansen las certificaciones del curso). Rotulata y á ello, y digan luego que soi bobo. Sí, sí, tontuelo es el tuertecito.

Fué sin detenerse á casa de un mamarrachista amigo suyo, le comunicó su idea; y habiéndo merecido la aprobacion del amigo, le hizo este un llamador del tenor siguiente. Se supone que lo dictó el que habia de ser su dueño.

"Aquí vive D. Ruperto de N. sastre latino, „exáminado y aprobado, Viste á los jéneros » masculino y femenino, esto es, á los hombres » y à las mujeres con perfeccion y equidad."

Al dia siguiente ya estaba el llamador en disposicion de salir á luz: al anochecer fué por él nuestro jóven, y sin hablar palabra á alma viviente lo puso en la pared de su casa.

Madrugó á observar desde su cuarto el efecto que hacía en las jentes el cartapelon: púso.

se junto á una ventana, y aunque no la abrió pudo oir clara y distintamente sus elojios, que fueron los siguientes. "Este mozo es un fátuo » ridículo. Es un pedante presumido y estra» falario. ¿Sí se habrá acabado de volver loco?" El ruido crecía, las pullas y dicterios se multiplicaban, unos reian á carcajada suelta, otros silbaban, y Ruperto temblaba como un azogado.

En este estado de cosas sonó una furiosa granizada de guijarros sobre el llamador y la ventana del sastre latino, acompañada de la gritería de los muchachos, que decian: "Fuera, » fuera, abajo con él, vamos á quemarlo para » escarmiento de tontos."

A este ruido cayó en tierra desmayado el triste Ruperto. Despertó su familia: le llamaron, y no respondia: fué su madre á abrir la ventana, y tropezó en él: asustóse: dió un chillido y luego ciento; hasta que oyó esclamar á su hijo en tono lastimoso y abatido: "¡Ai misera» ble y mal aventurado de mi! ¿No hai quien » me favorezca? Me muero: sí, llegó mi ho» ra." El padre y las hermanas corrieron á él, le levantaron como pudieron y le pusieron en la cama.

Oyen llamar á la puerta del cuarto, y se consternan; pero se animan al oir las voces de D. Prudencio, Blas y Cándida, abren, entran los vecinos, y vuelven á cerrar de miedo. D. Prudencio refirió el suceso del rótulo fatal de

Ruperto, y sus padres se sorpréndieron y apesadumbraron en estremo. Casilda estuvo á pique de matar á su hijo; y del esceso de su ira le sobrevino un accidente del cual tardó bastante tiempo en volver. Todos procuraron animarla: y despues que se hubo serenado, le dijo D. Prudencio.

"Amiga mia; la mala educacion causa unos » daños mui difíciles de remediar; y si hemos » de hablar con franqueza, confesémos que no » puede ser peor la que Vds. han dado á su » hijo. Esta culpa ha de costar á Vds. muchas » lágrimas, porque Ruperto es fatal y se va » haciéndo incorrejible: huye de quien puede « dirijirle bien y de quien desea su enmienda, » y se entrega con la mayor franqueza á los » que le corrompen y lisonjean sus pasiones » desordenadas. Tiene poco ó ningun amor y » respeto à sus padres, y demasiado apego á los » vicios. Su presuncion es mucha, y su talento » es bastante limitado: dígalo el petardo que « nos ha dado con el rotulon descomunal, » que ha acabado de desconceptuarle, y de » hacer á Vds. infelices.

» Aquí no hai mas que un solo medio capaz » de reparar en parte la total ruina que amena- » za á Vds., y es el siguiente: Ruperto ha de » volver á ser oficial de Pratini: Vds. cobrarán » su jornal, cuidarán de que trabaje todo el » tiempo posible; y no le entregarán ni un so- » lo ochavo; le fijarán las horas de recojimien-

» to, y le apartarán absulutamente de sus fa-
» tales amigos. Si es obediente, honrado y tra-
» bajador, se le tratará bien, y sino, el Rei
» tiene destinos para los bribones, y jueces
» que los pongan en ellos.

» ¡ No por Dios! (esclamó Ruperto desde la
» cama) Yo seré bueno: ya he escarmentado
» para siempre jamas. Perdonénme Vds.; vol-
» veré á casa de Pratini, no digo de oficial, si-
» no de aprendiz, si es necesario. No mas lati-
» nes en mi vida, ni mas necedades.

» Lo veremos (contestó D. Prudencio); y
» sino lo dicho dicho amigos, Vds. hagan lo
» que les digos que les importa mucho."

Los padres dieron palabra de poner en ejecucion el plan de su buen vecino, y en efecto Ruperto volvió á casa de su maestro, en la cual trabajó algunos años sin mucho fruto.

Andres y Casilda murieron mui pobres: sus hijas se pusieron à servir, y Ruperto nunca fué enteramente bueno, ni tuvo crédito ni dinero.

Al contrario sucedió á nuestros zapateros: todo prosperaba en su casa, y jamàs hubo en ella discordia ni infortunios. Una paz santa reinó siempre en aquella familia virtuosa. Los padres murieron de puro viejos tan santamente como habían vivido; sus hijos seguían haciéndo una vida ejemplar, y fueron siempre amados y favorecidos de sus paisanos.

El apreciable D. Prudencio tambien falleció

lleno de años y de virtudes, y podemos creer que no dejaría Dios sin premio su piedad y beneficencia.

Padres de familia, no imiteis á los de Ruperto, y tomad ejemplo de los de José y Matilde. Hijos, en el primero de estos dos jóvenes teneis mucho qúe compadecer, y en el segundo un buen modelo que imitar. Ved las consecuencias de la mala y de la buena educacion, y pedid á Dios que os proporcione la mas conveniente à su gloria y á su servicio la cual os hará felices y útiles á vuestros semejantes.

EJEMPLO IV.

LOS ESTUDIANTES.

Hubo en Estramadura un labrador discreto, noble y rico, casado con una Señora casta llana. Estos consortes, en quienes reinaba la relijion mas pura, la virtud mas acendrada, y una paz nunca interrumpida, tenían dos hijos perfectamente educados, y de un carácter mui amable, llamados Jórje y Cárlos. Al primero de estos jóvenes se le dedicó al manejo de la casa, y contribuyó mucho á fomentarla por su

celo y aplicacion, y por los útiles conocimientos que adquirió en los diversos ramos de la agricultura. Al segundo se le destinó á los estudios: aprendió en su pueblo la latinidad y la filosofía, y sus padres pensaron en que continúase su carrera literaria en la universidad de Salamanca; pero no quisieron llevar á efecto su determinacion sin consultar primero la voluntad de Carlos: y para esplorarla, y tener al mismo tiempo el gusto de oirle producirse (porque lo hacia con una perfeccion admirable, y estraña en su temprana edad) le hablaron cierto dia del modo siguiente.

El Padre. ¿Cómo vamos de estudio, querido Cárlos? Te incomodan las madrugadas y las horas de vigilia?

Carlos. No Señor, todo lo hago con gusto: desde que voi entendiendo el latin regularmente, y conociendo el mérito y las bellezas de los autores clásicos que escribieron en aquel idioma. Los primeros años de gramática me fueron mui penosos, por el mal método con que me la enseñaron. Aseguro à Vd., padre mio, que es inesplicable lo que padecí en este noviciado de literatura; pero aquellas amarguras ya pasaron; ahora respiro, y el estudio me sirve de instruccion y de recreo.

La madre. Ola! Con que encuentras ya gusto en el estudio. Me alegro. ¡Gracias á Dios que salimos de las aflicciones y llantos de años pasados! Tu primer dómine te ape-

sadumbraba mucho: sería quizá mui duro y demasiado castigador.

Cárlos. No por cierto, madre mia. Aquel buen Señor no tenía en mi concepto mas falta que la de seguir ciegamente las huellas de la mayor parte de sus compañeros en el modo de enseñar. Es mui árido el estudio, y mortifica de un modo insufrible cuando no entiende uno lo que estudia, y cuando ignora cual es el objeto, y cual será el fruto de sus tareas.

El Padre. Tienes razon; y seria de desear que los preceptores mejorasen de sistema en la enseñanza de la tal gramática; con paz sea dicho de los Señores Nebrigistas. Dios les perdone los malos ratos que nos han dado, y vamos á otra cosa. Dime, Cárlos (y usa conmigo de toda franqueza), ¿haces ánimo de seguir la carrera de las letras?

Cárlos. Sí, Señor, con mucho gusto.

El padre. Lo creo, porque tú conocerás que es útil el saber en cualquier destino. A un militar (por ejemplo) le será mui provechosa la literatura. ¿Serías cadete de buena gana.

Cárlos. No Señor; pero lo seré, si V. me lo manda.

El padre. Por ahora no trato de mandarte; intento solamente consultar tu voluntad, y quiero que sigas manifestándomela sin rebozo. Yo no soi de los padres que violentan ó sacri-

fican indiscretamente á sus hijos.

Carlos. Pues, Señor, yo deseo seguir la carrera de las letras, y jamas me he inclinado á la de las armas.

La madre. Con que querrás ser eclesiástico.

Carlos. No me he decidido aun acerca del estado que debo tomar. Me parece mui árdua ésta materia, y que debe meditarse con mucha seriedad. Estudiaré, si Vds. gustan leyes y cánones, puesto que estas facultades son igualmente útiles en las carreras eclesiástica y civil, y tomaré de la sagrada Teología las nociones suficientes para instruirme á fondo en nuestra santa relijion, y poder desenredar los sofismas de sus enemigos, y cuando mi razon esté mas formada, cuando el trato de gentes, la reflexion, la lectura, y sobre todo, los auxilios divinos obren en mi corazon eficazmente con respecto á este punto delicado, entonces padres mios, manifestaré á Vds. mi vocacion sin la menor reserva. En este momento solo puedo asegurar, que no deseo ser estudiante para ser un ocioso, y gastar sin fruto aquella parte del caudal que Vds. destinen á mis alimentos y á los demas gastos de mi carrera. Yo ofrezco á Vds. tener buena conducta, una constante aplicacion, y una gratitud eterna.

El Padre. Asi lo esperamos de tí, querido Cárlos. Dime, hijo mio, ¿irás de buena gana á estudiar á Salamanca?

Cárlos. Si, Señor.

El Padre. Pues sabe, que creyendo posible este caso, he dispuesto el modo de que estés en casa de nuestro paisano D. Anselmo: ya le conociste cuando estuvo en la nuestra el año pasado. ¡Qué bellísimo hombre! ¿Es verdad? Estarás bien en su casa no lo dudes.

Cárlos. ¡Sí, Señor, que lo estaré! Al lado de un varon sábio, virtuoso y lleno de esperiencia, no puede menos de estar contento, y de adelantar mucho un joven que desea su instruccion y felicidad.

El Padre. Con que ¿te resuelves á estar en su compañía?

Cárlos. Sí, Señor, con el mayor contento.

El Padre. Pues, hijo mio, en pasando estas vacaciones harás tu marcha, mientras tanto se irá arreglando tu equipaje, se comprarán los libros que necesites, y acabaremos de quedar corrientes con D. Anselmo. No es justo que abusemos de su amistad y buen corazon; está algo atrasado, y es menester que le tratemos con generosidad, sin causarle rubor. ¿Sabes que tu condiscípulo Anton va tambien à Salamanca?

Cárlos. Sí, Señor; pero no sé á qué. El confiesa que aborrece el estudio, y en efecto es así. Está atrasado en la gramática, y mas aun en la filosofía, de suerte, que si no muda de conducta, gastará el tiempo y el dinero inútilmente.

El Padre. No lo dudo, porque pasa en el

pueblo por un ignorante, distraido y disipador.

Cárlos. Veremos que tal se porta en la universidad. Si él hiciera caso de mí... Pero me desprecia, y no gusta de acompañarse conmigo.

El Padre. No obstante, hazle el bien que puedas. ¿Quién sabe? En saliendo de este pueblo, quizá será otro hombre. A lo menos, lejos de su abuela tendrá menos mimo, y poco dinero. Tengo entendido que Anton amenaza con la bendita abuela al preceptor, á los estudiantes, y aun á sus padres mismos; y que no hai cosa en que no intervenga esta Señora, como tenga la menor relacion con su nieto, ni gusto ó capricho que este no logre de su cariño desmedido y perjudicial. En fin, veremos las resultas, y basta ya de conferencias.

No fue esta la última vez que los prudentes padres de Cárlos consultaron la voluntad de este jóven en órden á su ausencia y á sus designios: y siempre le hallaron constante en sus resoluciones juiciosas.

Dispúsose, pues, su marcha, y cuando se hallaba próximo á emprenderla; le habló su padre en estos términos.

»Cárlos mio, llegó el caso de que te separes por primera vez de tus padres y de tu hermano, y el de que te repita, entre otras cosas, lo que tantas veces me has oido. En esta ausencia has de acreditar que

»tienes honor y virtud, que no ha sido in»fructuoso nuestro esmero en educarte bien, »y que eres agradecido á este beneficio ines»timable, y á los demas que nos debes.

»Vas á verte rodeado de jóvenes de to»das clases y circunstancias, y no podrá exi»mirte de tratar con algunos de ellos, por»que no debes vivir tan aislado que carez»cas absolutamente de sociedad. Pero tú eres »ya capaz de discernir con una regular pru»dencia, y conocer por consiguiente, quien »puede turbar la paz de tu corazon, y quien »fortalecerte en tus buenos principios, y ayu»darte á rechazar los ataques vigorosos de »la corrupcion y de la impiedad.

»Estás impuesto en los fundamentos de nues»tra religion adorable; y sus preceptos y máxi»mas divinas te señalan el camino por donde »debes dirijirte á la perfeccion y á la verda»dera felicidad. La antorcha clarísima de la »fé te iluminará en las dudas que se susci»ten en tu entendimiento, y te hará ver, »para que los huyas, los precipicios en que »intentará acaso hacerte despeñar la depra»vacion de costumbres, y la irreligion que »la fomenta en estos tiempos aciagos.

»Mas ¿bastarán por sí solos estos cono»cimientos á preservarte del contajio funesto »que tanto cunde, por desgracia, en el es»píritu humano? ¿Podrás acaso con la me»ra teoría de la religion y de la moral

»proceder con rectitud, y conservar la ino-»cencia y el decoro que manifiestas en tus »costumbres, hasta ahora irreprehensibles? No »por cierto, hijo mio. Es necesario que sigas »ejercitándote en actos de santidad y de vir-»tud, y que jamás se entibie en tí el fervor »con que los has practicado hasta ahora.

»Las pasiones y los vicios, estimado Cárlos, »dominan difílmente á los que se emplean »con frecuencia en el cumplimiento de sus »deberes religiosos y civiles; mas suelen ejer-»cer su tiranía con los que no los cumplen, »aunque estén instruidos en ellos.

»Piensa de continuo en Dios, hijo mio, »medita sobre sus atributos inefables, teme »desagradarle, ámale con todo tu corazon, y »observa su santa lei con la mayor puntua-»lidad. Admira y reverencia la obra de nues-»tra eterna salud en la pasion sacrosanta de »Jesucristo nuestro Redentor; y adora el au-»gusto simulacro de la cruz con el mayor »acatamiento.

»Conserva la devocion que tienes á María »Santísima, y ruega con fervor á esta divina »Madre de las piedades y del consuelo, que »no te desampare en tus necesidades y tri-»bulaciones, y que sea tu protectora y abo-»gada para con su hijo Sacratísimo nues-»tro Salvador. Da todo el culto y venera-»cion debida á las imájenes sagradas de Dios, »de la Virjen Purísima y de los Santos, y

»pide á estos que sean tus intercesores para »con el Todopoderoso: procura imitar sus vir»tudes y seguir la senda que los condujo á »la bienaventuranza.

»Frecuenta los santos sacramentos de la »penitencia y de la eucaristia, y recibe es»ta con la pureza del alma necesaria para »que pruduzcan sus efectos saludables.

»Asiste diariamente al divino sacrificio de »la misa, y empléate de contínuo en la ora»cion santa y consolatoria. Da la limosna que »puedas al necesitado, y doma el ímpetu de »tus pasiones, y los estimulos de tu carne »con el ayuno, y con otras mortificaciones »eficaces y prudentes.

»Si el trato de los amigos honrados y vir»tuosos puede serte útil, y el de los vicio»sos y corrompidos sumamente perjudicial; »asi tambien la lectura de buenos libros te »será provechosa, y la de los malos mui »funesta. Procura pues leer obras notoria»mente piadosas y edificantes, y no fijes la »vista en las que puedan envenenar tu co»razon con la ponzoña que envuelven, la »cual suele causar sus mortales efectos, aun »antes de ser conocida por el mismo que »la prueba. No te dejes cegar del resplandor »seductivo de la singularidad, ni cedas á las »vanas sujestiones de los escritos que te ofrez»can una erudicion recóndita, ó una cien»cia mui sublime; seguro de que nada bueno

»hallarás en ellos, que no encuentres sin
»mezcla de error alguno, mas bien trata-
»do y mejor esplicado en otros de conoci-
»da probidad. Acuérdate de que la santa mo-
»ral es inseparable de la verdadera religion:
»de que Jesucristo es la única guia, que
»puede conducirnos con seguridad en las
»sendas peligrosas de la vida, y de que fue-
»ra de él todo es error, tinieblas y per-
»petua confusion.

»Ama, respeta y obedece á nuestro Sobe-
»rano, y al gobierno que nos dirije, y jamás
»quebrantes las leyes patrias. Contento y
»tranquilo en nuestra constitucion política,
»mira las revoluciones esternas como otros
»tantos efectos de la desgracia, ó como unos
»medios de que se sirve la divina provi-
»dencia para castigar nuestras culpas, ó pa-
»ra cumplir sus designios impenetrables.

»Venera el clero, hijo querido, y trata
»con el respeto y decoro que se merecen á
»los venerables ministros de Jesucristo nuestro
»Dios y Señor. Débante los ancianos con-
»sideracion y aprecio, y hallen en tí los jó-
»venes candor, cortesía, agrado, y sobre to-
»do buen ejemplo.

»Aplícate mucho al estudio, no te con-
»fundas con los ociosos é indolentes. Conci-
»líate el cariño de tus catedráticos y demas
»superiores por medio de una buena con-
»ducta; oye sus documentos y correcciones

»con paciencia y atencion: aprovéchate de sus »avisos, y sufre con resignacion los disgus»tos y trabajos que te ocasionen las deli»cadas circunstancias de tu carrera.

»Si tu conducta corresponde á tu naci»miento y educacion, y á nuestros deseos »paternales, lograrás de nosotros cuanto ape»tezcas, harás nuestros dias felices, y Dios »derramará sobre tí las bendiciones que tie»ne prometidas á los hijos obedientes y »virtuosos.

»Abrázame, Cárlos amado, y no olvides »á un padre amoroso y dilijente, que, ade»mas de haberte dado el ser despues de Dios, »ha procurado desempeñar las obligaciones »que le impone este Señor y la naturaleza, »dirijiéndote por el camino de la perfec»cion, y amándote con la mayor ternura."

Se estrechó Cárlos á su buen padre, y hubiera interrumpido muchas veces su discurso con esta y otras demostraciones afectuosas, si el mucho respeto que le tenia no se lo hubiera impedido. Sin embargo, su lenguaje de accion, manifestó durante aquella escena interesante cuanto pasaba en su corazon puro y sensible. Vertia tiernas y amorosas lágrimas; levantaba al cielo sus ojos hermosísimos; y exhalaba suspiros ardientes y afectuosos: fijaba la vista en el rostro de su padre, y despues de haber espresado mudamente su admiracion y gratitud, la incli-

naba al suelo con humildad; y cruzando las manes, seguia oyendo inmóvil la voz de la verdad y del santo celo.

Cárlos era hermoso; pero nunca brilló tanto en él este don de la naturaleza como en aquel momento. La modestia, el cariño, la veneracion y la pureza en fin de su alma inocente, hacían asomar á sus mejillas el color mas bello, mover sus ojos humedecidos de mil modos dulcísimos y significantes, y tomar las actitudes mas agradables y espresivas.

Pidió Cárlos á su padre licencia para hablar; y quedó sorprendido gustosamente al escuchar la voz de su madre, que le decia. "Di cuanto quieras, hijo mio, que todos »te escucharemos con mucho placer." Oyó nuestro jóven descorrer las cortinas de una alcoba inmediata al paraje donde estaba sentado, y vió salir á su madre y hermano, los cuales habían oido y observado cuanto pasó en la sala, porque asi se dispuso á prevencion. Cárlos besó la mano muchas veces à su madre, y recibió de ella las mayores caricias: abrazó á su hermano, y habló del modo siguiente.

"Padres mios, voi á separarme del dul»ce lado de Vds., confiado en que ha de »querer Dios que esta ausencia nos propor»cione á todos mucho bien. Llevo, y per»manecerán grabados en lo mas íntimo de

»mi corazon, los consejos sanísimos que aca»ba de darme mi buen padre, por cuyos »labios parece que me ha hablado el Dios de »la clemencia y de la sabiduria; de cuya infi»nita misericordia confio que no me negará »sus divinos auxilios, para que con ellos »pueda yo conducirme con rectitud, apro»vechar en mi carrera, y verme algun dia »en el caso felicísimo de poder contribuir »al consuelo y alivio de mis semejantes, al »bienestar de mi virtuosa familia, y á la »gloria y servicio de mi Soberano y de mi »patria. Estos son, venerados padres mios, »los designios que me hicieron emprender, »y me animan á seguir contento este destino.

»Yo ofrezco nuevamente á Vds. ser apli»cado, obediente, agradecido y constante en »los principios relijiosos y morales que Vds. »me han inspirado desde mi edad mas tier»na con un celo y una vehemencia sin igual. »Todo cuanto pueda adquirir en el discurso »de mi vida lo ofreceré á los pies de Vds.: »nada será mio, y no habrá sacrificio que »no haga en honor de unos padres tan dig»nos de mi amor y reconocimiento.

»Me emplearé constantemente en obsequiar, »ensalzar y reverenciar á Vds.; y si Dios »me ofreciese el acerbo dolor de verles fa»llecer, yo mismo cerraré sus yertos ojos; y »despues de estampar en sus frentes venera»bles y en sus helados pies mil ósculos tier-

»nos, me postraré à menudo sobre el sepul-
»cro donde se depositen sus respetables ce-
»nizas, y entre lágrimas y sollozos pediré al
»Señor por la eterna salud de sus almas vir-
»tuosas, y daré al mundo un testimonio ir-
»refragable del reverente amor que consagro
»á los autores de mi existencia, desde aho-
»ra hasta que cese la mia."

Postróse Cárlos á los pies de sus padres, estampó en ellos sus labios, y les pidió su bendicion: recibióla inmediatamente, acompañada de las mas vivas demostraciones de afecto y sensibilidad, y concluyó el padre aquel tierno acto diciendo:

"Llueva sobre tí, amado hijo mio, el ro-
»cío saludable que esparce el Señor sobre
»sus escojidos, y merezcamos todos su pro-
»teccion y asistencia divina."

Marchó en fin á su destino el amable Càrlos, y se hospedó en casa de D. Anselmo, de quien fué recibido con alegría y tratado con el mayor agasajo. Este caballero le presentó al Rector y á los Catedráticos de la universidad, y á otras personas de circunstancias, para quienes llevaba recomendacion. Agradaron á todos las buenas modales de Cárlos, se le ofrecieron con afecto y sinceridad, y celebraron que tuviese por patron á un sugeto conocido y apreciado en la ciudad por sus bellas circunstancias.

Anton llegó tambien á Salamanca, y se

alojó en una casa de posadas con otros estudiantes, á cuya amistad se entregó incautamente, y los cuales le hicieron gastar en poco tiempo el dinero que tenia en el juego, en merendonas, y en otros vicios indecentes y escandalosos.

Cárlos observó con cuidado las circunstancias é inclinaciones de sus condiscípulos, segun los fué tratando, y elijió por amigos á los mas virtuosos; porque sabía mui bien cuanto perjudican las malas compañías, especialmente á los jóvenes que se hallan fuera del seno de sus familias.

Abrióse el curso de leyes, y concurrieron á una misma cátedra Cárlos y Anton. El primero fué mui asistente y aplicado, y el segundo hizo muchas faltas, y estudió poquísimo: así pues, Cárlos recibió al acabarse el curso la certificacion debida á su puntualidad, esmero y aprovechamiento, y Anton no la obtuvo por mas promesas y plegarias que hizo.

Los padres de Cárlos se hallaban bien informados de los adelantamientos y buena conducta de su hijo por las cartas de este, y por las de D. Anselmo; á quien avisaron permitiese à Cárlos pasar á su pueblo, y que le acompañase, porque tendrian mucho gusto en que disfrutasen juntos de su casa hasta que se abriese el siguiente curso. D. Anselmo participó á Cárlos el deseo

de sus padres, y cuando esperaba que se ofreciera á cumplirlo con la mayor alegría, le manifestó una carta, que decia asi:

Padre y Señor, á quien mas amo y venero: V. deseará que nos veamos durante esta temporada de descanso, y yo tendré en ello la mayor complacencia. Pero como no debo ocultar á V. la menor cosa que pueda conducir á su satisfaccion y á mi honor, le noticio: que uno de los catedráticos de esta universidad, cuyo talento, literatura y circunstancias laudables son harto públicas, tiene en su casa, durante estas vacaciones, una academia literaria, en la cual dicen (yo creo que con sobrada razon) que aprenden los concurrentes cosas mui útiles, y de las cuales no se trata en las áulas.

Me aseguran que los jóvenes que han asistido á estas conferencias son los que hacen mas honor á la universidad: que este catedrático es mui amable: que sus discipulos le tratan con amor y franqueza; y que ha sabido hacer de los que parecian mas rudos y distraidos unos mozos útiles y brillantès.

¿Me concederá V., padre mio, el gusto de que asista á recibir la doctrina de este varon sábio y benéfico? Yo sacrificaré resignado el placer de ver á Vds. en obsequio de mi buena fama, y del bien que pue-

de proporcionarnos á todos mi mas pronta y cabal instruccion.

Conozco que V., mi amada madre y mi estimado Jorge, estrañarán que yo lo abandone todo, y corra á sus brazos sin detenerme; pero yo quisiera lograr este momento, cuando pudiera dar á Vds. una prueba de mi agradecimiento y honradez, presentándome á su vista menos ignorante de lo que soi.

Sírvase V., pues, decirme cuanto guste sobre este particular, esegurado de que no intento desagradar á V., ni á mi madre y hermano, á quienes dará V. las espresiones mas finas de mi afecto.

Nuestro Señor...&c.

La lectura de esta carta causó á D. Anselmo la mayor alegria y admiracion: porque Cárlos le había ocultado hasta entonces unos designios tan loables y pocos comunes en los hijos de Minerva cuando se trata de vacaciones. Le permitió que le enviase á sus padres, á cuyas manos llegó con otra de D. Anselmo, en la cual les aseguraba de la sinceridad de nuestro jóven, y del ningun recelo que debía tener relativamente á su conducta arreglada, y á sus deseos dignos de ser cumplidos y fomentados.

Los padres sintieron mucho de dejar de ver por entonces à un hijo tan digno de su amor; pero convinieron en que se man-

tuviese en Salamanca, y asistiese á las útiles conferencias de que les hablaba. Escribieron al catedrático que las dirijía (el cual se llamaba D. Justo) recomendándole á Càrlos, y contestaron á este y á D. Anselmo, manifestándoles el placer que les había causado el pensamiento de su hijo, y el gusto con que hacían el sacrificio de no verle tan pronto como esperaban, en obsequio del bien y de la reputacion de la familia.

Cárlos fué presentado á D. Justo por su patron D. Anselmo: el Catedrático le recibió con el mayor agrado, le admitió por uno de los individuos de su academia, y le señaló el dia y hora en que debía hacerse su apertura.

Había Cárlos reconvenido muchas veces á su paisano Anton sobre su desaplicacion y malas costumbres; y aunque no advertia en él la menor enmienda, porque fué empeorándo de compañías; las cuales aumentaban su relajacion, y á causa de que el sugeto á quien sus padres encargaron su tutela era tambien un abandonado; con todo, como Cárlos era constante y benéfico, no desesperó acerca de la correccion de aquel jóven; le halló una tarde en las orillas del Tórmes, le rogó que se sentase con él á descansar; y habiéndolo conseguido, se hablaron asi:

Anton. ¿Cuando marchas á casa Carlitos? Yo hago ánimo de partirme pasado mañana.

Cárlos. Pues yo, amigo Anton, estoi resuelto á pasar estas vacaciones en Salamanca.

Anton. ¡En Salamanca! Pues querido que te haga mui buen provecho: Pero ¿no podremos saber por qué?

Cárlos. Porque deseo aprender y amo á mis padres.

Anton. ¿Amas á tus padres, y no vas á verlos? ¡Gentil modo de amar es el tuyo! Hombre, confiesa alguna vez que eres un mentecato, pusilánime y caviloso. A tí apenas te se ve en el paseo, no concurres al teatro, ni al circo: no bailas, ni juegas, ni gastas, ni.... ¿Estamos? Ese cazurro de D. Anselmo te ha de hacer un tonto de capirote, un fanático melancólico y sombrío. Daca la cátedra, toma los libros, dale con la misa, el sermon y el rosario, vuelve con las cuarenta horas, y torna con la oracion menial. ¡Qué fastidio! ¿Se hace mas con un novicio capuchino? Pero esto se llama predicar en desierto, y gastar la pólvora en salvas.

Cárlos. Yo creía, amigo Anton, que tú eras un mozo de poco talento, distraido, perezoso.....

Anton. Ola! Con que has conocido que no hai tales carneros, y que soi......

Cárlos. Un mal cristiano, que es lo peor que puedes ser. Sí, en efecto; tú repruebas en mi las costumbres mas dignas de

aprecio, y estrañas ademas que no las posponga á las diversiones peligrosas ó ilícitas. Esto manifiesta claramente que no ejercitas las primeras, y que te has abandonado torpemente á las segundas. Déjame en paz con mis sermones, con mis libros, y con mis rezos; y huye tú de quien te pervierte y distrae del cumplimiento de tus obligaciones religiosas y civiles. Advierte....

Anton. Basta de sermon, amigo mio: esto ha sido una chanza, y nada mas.

Cárlos. Pero son mui pesadas esas chanzas, y pueden darte mucho que sentir. Enmiéndate, y doblemos esta hoja.

Anton. Por doblada, y vamos á otro punto. ¿Por qué no quieres ir á casa estas vacaciones?

Cárlos. Porque deseo asistir á las conferencias de D. Justo (ya tendrás tú noticia de ellas), y mis padres me han concedido este gusto de mui buena gana. No harías tú mal en concurrir á ellas, y en adelantar al mismo tiempo algun terreno del que has perdido en este curso. A propósito ¿te dió la certificacion el catedrático?

Anton. No por cierto; pero para todo hai remedio entre la jente estudiantina. Tú sabes que el catedrático tiene su fámulo corriente: que este fámulo es un chisgaravis capaz de imitar la letra y la firma del gran Mogol: que es aficionado á dinero, y que yo tengo abuela. Con que ya ves.

Cárlos. Ya veo que se trata de una falsificacion peligrosa é inicua. ¿Pero crees tú que habrá siempre fámulos falsarios, catedráticos descuidados, y padres que no descubrán y castiguen estas dolosas maniobras.

Anton. Desengáñate, Cárlos, como haya abuelas millonarias habrá certificaciones, actos lucidos, grados, borlas de à libra, empleos brillantes, y cuanto puedas imajinar.

Cárlos. Ya vuelvo á oir en tí la voz de la corrupcion y de la avilantez. Has ofendido en un momento al cuerpo respetable de la universidad, y á la justicia y rectitud de nuestro gobierno. Créeme, Anton, el hombre de bien debe tratar con mucho decoro y circunspeccion estas materias; ademas, no es tan cierto como supones el que lo allane todo el dinero. No estrañaré yo que alguna vez pueda el interés, ó el influjo que éste proporciona, mas que el mérito y la virtud. El mundo no está poblado de ángeles, sino de hombres llenos de pasiones y necesidades; pero las escepciones ó casos particulares no deben hacer una regla general. Y sobre todo, el hombre de buena conciencia jamás debe pretender ni admitir empleo que no pueda desempeñar bien, ni obtenerlo por medios ilegales y viciosos. Cuéntale esto á tu abuela, apréndelo tú bien, y vámonos, que ya va siendo hora.

Volviéronse á la ciudad los dos estudian-

tes: Cárlos se retiró á su posada, y Anton fué á recorrer las de sus compañeros, los cuales destruyeron en poco rato la buena obra que empezó Cárlos á edificar. En fin, Anton marchó á su pueblo: Cárlos concurrió puntualmente á la academia de D. Justo el dia en que dió principio, y tuvo la satisfaccion de encontrar en ella á sus condiscípulos mas queridos Pedro, Angel y Vicente.

El catedrático recibió con agrado á sus alumnos, y los hizo sentar, evitando los cumplimientos prolijos que empezaron á usarse sobre preferencia de asientos, tomando el suyo entre los concurrentes sin la menos distincion.

Hizo un breve discurso, en el cual habló con claridad y acierto de la importancia y objeto de los estudios, de la conducta y circunstancias propias de un buen estudiante, de los peligros á que se esponen los viciosos y desaplicados, y de los beneficios ó de los males que esperimentan las familias, la religion y el estado por los buenos ó los malos procederes de los jóvenes dedicados á la carrera de las letras.

Concluida esta disertacion, y despues de haber encargado D. Justo á sus discípulos que usasen con él de candor y sinceridad, se hablaron uno y otros de este modo.

D. Justo. Supuesto que ha de reinar entre nosotros la verdad y buena fe, sírvanse

Vds. decirme cuáles son los empleos ó destinos á que aspiran en la sociedad.

Pedro. Yo, Sr. D. Justo, me inclino á la judicatura, y este deseo no desagrada á mis padres.

Angel. Pues yo me he propuesto ser médico. Esta decente carrera es de pobres, y mi casa no es rica.

Vicente. Yo desearía emplearme en la enseñanza pública.

D. Justo. Aun no tenemos ninguno que quiera ser eclesiástico.

Cárlos. Yo lo seré de buena gana, si me hallo algun dia con la virtud necesaria para abrazar un ministerio tan sagrado. ¡Ojalá! pudiere ser un buen párroco, para hacer mucho bien á mis feligreses!

Otro estudiante. Yo pienso...

D. Justo. No se moleste V., querido mio. Estos Señores han dado ya bastante materia para esta conferencia; despues dirán Vds. cuanto gusten, à no ser que lo contemplen escusado: porque si Vds. desean seguir respectivamente las mismas carreras que estos cuatro caballeros, lo que tratemos acerca de ellas podrán servir de instruccion para todos. Tengan Vds. la paciencia de oirme algunos avisos y reflexiones relativas á las obligaciones y circunstancias correspondientes á un buen cura, á un buen juez, á un buen educador y á un médico, para que em-

piecen á ir formando una idea justa de la delicadeza é importancia de estos ministerios, y no pierdan tiempo en adornarse de las virtudes é ilustracion necesaria para desempeñarlos dignamente. Dije algunos avisos y reflexiones, porque es mucho lo que pudiera hablarse sobre cada uno de estos puntos, y no hago ánimo de tocar por ahora sino lo mas substancial de ellos. Hai mucho escrito en órden á estas materias, y yo no dejaré de irlo esplicando, ni Vds. de leerlo, de meditarlo y de ponerlo en práctica cuando corresponda, puesto que son aplicados y virtuosos.

De los párrocos.

Apenas hai en la sociedad destino tan proporcionado como el de los curas pàrrocos para servir y agradar á Dios, y para hacer la completa felicidad de los hombres. Estos ministros del evangelio, estos pastores del segundo órden en la iglesia católica, estos directores respetables de las conciencias de sus feligreses, pueden hacer que brille en ellos sin el menor eclipse el astro luminoso de la religion: pueden formar y mantener las buenas costumbres, y perpetuar la paz y el amor, que tanto recomienda nuestro Salvador adorable en su celestial doctrina.

Un párroco debe tambien emplear su lu-

ces y conatos en proporcionar á sus feligreses todo el bien posible con relacion á la vida civil; porque si su mision espiritual le constituye cura de las almas, las calidades de vasallo y de español le obligan sin escusa á fomentar, cuidar y protejer con esmero y constancia todos los ramos y establecimientos útiles, que conducen al alivio y comodidad de los súbditos, al servicio del Rei, y à la gloria y prosperidad de la nacion.

Para que los curas puedan desempeñar con acierto estos deberes importantes, es necesario que una á la literatura puramente eclesiástica una instruccion nada comun en la agricultura, en la física, en la industria popular, y en todas las materias que tengan relacion con el gobierno y felicidad de los pueblos.

Deben tambien poseer el arte precioso de atraer y persuadir, y emplearlo oportunamente contra la preocupacion y la ignorancia, enemigas de los proyectos ventajosos.

Deben ser corteses y aun familiares, para ganarse las voluntades agenas; y disponer de ellas con facilidad cuando convenga hacer el bien. Deben en fin estar unidos con las justicias de los pueblos, y sacrificar en obsequio de la felicidad comun toda competencia ó etiqueta que pueda impedirla ó alterarla. De este modo evitarán los pleitos ruinosos, las enemistades, los vicios, el escán-

dalo, el ócio y la mendicidad voluntaria: harán florecer la agricultura, la industria y las artes: aumentarán la riqueza nacional: cuidarán y perfeccionarán la educacion; y recibiràn en premio de sus desvelos paternales los homenages mas puros de unos pueblos religiosos, prósperos y tranquilos, el amor y la gratitud del Soberano, el aprecio de la nacion, y las bendiciones del Todopoderoso.

Como habitamos, por la misericordia del Señor, un pais en el cual se conserva pura la religion cristiana, y observan en él sus ministros todo el decoro de su estado, y la disciplina y conducta ejemplar que los hace dignos de nuestra veneracion y aprecio; me parece escusado hablar ahora de los funestos males que podrian acarrear á los pueblos aun los menores deslices de sus párrocos. La mas lijera tacha, el mas pequeño asomo de vicio es notado inmediatamente en las personas de alto caràcter; y es incalculable el daño que causa su mal ejemplo á aquellos que miran en un superior suyo el modelo que deben imitar en su conducta.

Mas ¿para que me canso? El celo, la virtud y la santidad de los párrocos españoles debe sellar los labios á la maledicencia; y estos varones ejemplares oirán esclamar: "Aquellos son nuestros padres, nuestros maestros, nuestros consoladores. Ved aquí

»unos pastores cariñosos, á cuya vijilancia »debemos la pureza y conservacion de nues»tra grei: unos cultivadores sábios, que de »un suelo árido y escabroso, por nuestra igno»rancia, han hecho un fértil y ameno jar»din, cuyos frutos ópimos y abundantes co»jemos con alegría, en vez de los escasos »y desabridos que apenas nos alimentaban »en otro tiempo." Tales son las aclamaciones con que se ven ensalzados los párrocos sábios, piadosos y bienhechores.

Los jueces ó majistrados.

Encarga el Rei á los magistrados el gobierno y policía de los pueblos: confianza la mas sagrada é importante de cuantas puede delegar á los subditos la soberanía. La quietud, la seguridad individual, la educacion, las costumbres, las propiedades, el honor, la justa libertad, y hasta la misma vida de los hombres, todo se encarga á sus jueces respectivos; y los conocimientos de estos, su estudio y meditacion continua, su actividad y celo por la causa pública, sus providencias justas, su firmeza en hacerlas cumplir, su desinterés, imparcialidad, virtud y buen ejemplo, deben corresponder al honor y dignidad con que se les condecora, y á los sagrados objetos y tremendas funciones de su destino importante.

No consiste el gran mérito de un juez en castigar y aflijir: estriba en evitar por todos los medios imajinables los crímenes de sus subordinados, y carecerá (si lo consigue) de la necesidad dolorosa de hacerlos espiar. Esta será la mas dulce satisfaccion de un juez amante de la humanidad, y esta es por desgracia la que no disfrutan completa, ni aun los mas dilijentes y compasivos. ¡Tal es nuestra miseria y corrupcion!

Mas si la vijilancia, el tino y la sagacidad de un majistrado clemente no puede conseguir en todas ocasiones que desaparezca el vicio de entre sus súbditos sin acudir à las medidas rigorosas; es innegable que puede evitar en mucha parte sus progresos, y esterminarlo alguna vez en su orijen.

Unido estrechamente con los párrocos, y con las personas encargadas de la educacion pública, aun haría mas accesible esta empresa. ¡Quién sabe cuan felices podían ser los pueblos, si las personas encargadas del gobierno civil, de la direccion espiritual, y de la enseñanza de la niñez y de la juventud, se aliasen por amor á Dios, al Rei y al prójimo, y combatiesen con esfuerzo y constancia la iniquidad! Acaso lograrían la destruccion absoluta de este monstruo venenoso y sanguinario: quizá verían á los hombres descansar alegres sobre el regazo sagrado de la religion, rendir sus corazones á la vir-

tud, aplicarse al trabajo, aborrecer el ócio, amarse y socorrerse mútuamente, y entonar bajo los benéficos auspicios de santa piedad, defendidos por el escudo de la justicia, himnos reverentes al padre celestial, à recibir sus bendiciones consoladoras.

Los suplicios, las tenebrosas cárceles, los destierros penosos; todo estaría sin ejercicio. Y los padres, los tiernos hijuelos, los esposos queridos disfrutarían en los pátrios hogares todas las delicias que ofrece la virtud, y proteje la equidad y la beneficencia.

¡Qué idea tan lisonjera queridos mios! Disimulad que un acaloramiento de mi celo me haya hecho creer una felicidad que acaso no existe. Los jueces...... Ai! Los ministros del santuario de las sagradas leyes siempre tendrán que hacer sentir sus efectos terribles. Siempre habrá delitos entre los hijos de Adan, y siempre será necesaria la aplicacion de las penas. Pero ¡cuánta debe ser la sabiduría y la prudencia de un juez al tiempo de calificar los unos, y de imponer las otras! Y ¡cuánta su firmeza y rectitud para resistir á las promesas, al ruego, y aun á las amenazas de los que aspiran á la impunidad de los crímenes!

Ni debe ser menor la justificacion de un majistrado en el curso y sentencia de los litijios meramente civiles, y en especial cuando se trata de intereses ó pertenencia. El

oro, el influjo; el valimiento, los vínculos de la amistad y de la sangre, y hasta los deleites sensuales, suelen asaltar el corazon de un juez en estos casos. ¡De cuánto esfuerzo pues necesita para resistir á unos enemigos tan poderesos, á unos estímulos tan seductores! Y ¡de cuánto exámen y precaucion para asegurarse del recto modo de obrar de los ministros subalternos que le rodean, y de quien no puede menos de valerse para la estension y jiro de los espedientes! Pero el digno majistrado, el religioso, el vasallo amante de su Rei, el buen hijo de su patria debe prevenirlo todo, y resistir con un espíritu heróico á las instigaciones malignas: debe apartar de su lado á los dependientes infieles ó corrompidos, mantener su honor íntegro, su conciencia tranquila, y en una perpetua fidelidad la respetable balanza de Astréa. Su corazon y su espíritu vivirán en una calma dulce, y sus labios no cesarán de repetir.

"Dios de la justicia y de la equidad, amado Soberano, que protejes y recomiendas estas virtudes santas, patria mia, yo he procurado serviros con exactitud y buen celo, he obrado segun deseais, dando y conservando á cada hermano mio lo que es suyo, dirijiendo á todos por el camino de la salud eterna, y proporcionándoles los auxilios que he creido conducentes à su felicidad temporal.

»Por mi causa no han oido los doloro»sos lamentos de la inocencia oprimida, ni »los gritos insultadores de la maldad triun»fante. Tal es el oficio de la justicia, cu»ya administracion os dignasteis confiarme."

Ved, Señores, cuanto fondo de virtud necesita un juez para desempeñar dignamente su ministerio; considerad cuanto aprecio merece el que lo hace asi; pero contemplad al mismo tiempo cuan execrable, cuan digno de aborrecimiento y de castigo sería aquel, que abusando de la autoridad que se le confiase, y faltando á las obligaciones de católico, de vasallo y conciudadano, aflijiese, sacrificase y corrompiese los pueblos, en vez de cuidar, y correjir y edificar á sus habitantes.

De los catedráticos y maestros.

Si los curas y los majistrados dirijen respectivamente á los hombres, segun la doctrina de Jesucristo, y la mente de los lejisladores en la tierra, las personas encargadas de la enseñanza y educacion deben facilitarles este logro, haciendo entender á los discipulos las obligaciones religiosas y civiles, y acostumbrándolos à que las cumplan con gusto y puntualidad.

Para que esto se verifique segun conviene, es necesario que posean fundamental-

mente las facutades peculiares de sus áulas, que sepan enseñarlas con método y claridad, y que se hallen adornados de unas circunstancias, que con dificultad se hallan reunidas en un solo hombre.

Una paciencia inalterable, un celo ardiente sin achaques de un discreto, un pundonor acendrado, una virtud y justificacion decidas, un corazon franco y jeneroso, una elecuencia halagüeña y eficaz, unas modales perfectas, un amor grande al servicio de Dios, del Rei y al buen nombre de la nacion, unas costumbres irreprensibles, una piedad sólida, y un ejemplo edificador, son calidades necesarias en un director de la niñez ó de la juventud, y aun no serán suficientes, sino tiene un conocimiento profundo del corazon humano, y si carece de aquel *tacto fino*, al cual se han debido en todos tiempos los adelantamientos admirables en los diversos ramos de la enseñanza pública.

Este cúmulo prodijioso de circunstancias pareceria exajerado, sino supiésemos cuánta es la necesidad, la importancia y delicadeza de la educacion, cuántos bienes produce cuando está dirijida por la sabiduría y la virtud, y cuántos estragos puede causar si se confia á la ignorancia y al vicio.

Basta ya de catedráticos. Vds. saben que soi uno de ellos, y comprenderàn que no

debo ser molesto cuando se trata de mi profesion, porque podría parecer sospechoso ó apasionado, si hablase de ella con todo el aprecio y dignidad que se merece. Yo pondré en manos de Vds. obras escelentes que les instruyan en esta materia, y les pongan en estado de manejarla con el pulso y utilidad que conviene.

De los médicos.

Los hombres padecen enfermedades mas ó menos graves, y á veces no puede la naturaleza sacudirlas por sí sola. Es necesario, pues, que sea auxiliada por la medicina, y que haya profesores diestros en conocer las causas y calidad de los males, y en aplicarles el remedio conveniente. Estos deben ser prudentes, afables y caritativos con los enfermos, y mui vijilantes y cuerdos con los que les asisten.

De mucha virtud, meditacion y esperiencia, de mucho estudio, tino y talento necesitan los médicos para desempeñar con acierto su delicadísima profesion. Ellos deben conocer perfectamente la maravillosa organizacion ó estructura del cuerpo humano, las indicaciones que prueban hallarse acometido de algun mal, en qué parte reside éste, cuáles son los remedios mas eficaces para curarlo, y en qué dósis deben dar-

se, segun la urjencia, las circunstancias y la constitucion física del paciente.

Deben informarse con nimiedad de su conducta y costumbres, de los alimentos que usa, de los escesos que haya cometido, de si su vida es mas ó menos activa ó sedentaria, y deben en fin conocer el temperamento de los diferentes climas en que residan y sus influencias sobre la salud de sus habitantes.

Los buenos médicos deben estar instruidos en la física general y particular, y con especialidad en la química, la botánica y la anatomía; y aun sería conveniente que tuvieran unas regulares nociones de las matemáticas; ninguno de estos conocimientos es inútil á unos profesores, á quienes se confia el cuidado de la salud de sus semejantes, y en cuyos aciertos ó errores consiste la conservacion, la multiplicacion ó el esterminio de un gran número de individuos de la especie humana.

El luto ó la alegría de las familias, su subsistencia ó miseria, su felicidad ó su ruina, y aun la salvacion ó la pérdida de las almas depende en muchas ocasiones de la sabiduría ó de la ignorancia de los médicos. ¡Cuán dignos, pues, de aprecio y recompensa son los buenos! Y ¡de qué cargos tan terribles son reos los malos! Yo no hallo premio que sea escesivo para los primeros, ni providencia que me parezca severa contra los segundos.

Concluyamos nuestra conferencia y disimulen Vds. si he sido largo ó prolijo en mis esplicaciones. Los puntos sobre que han recaido son mui interesantes, y es necesario que les tratemos bien desde el principio. Vds. reflexionarán acerca de ellos, y me irán proponiendo en las juntas inmediatas las objeciones ó dudas que les ocurran: yo procuraré satisfacer á ellas con verdad y sencillez, y les diré cuales son los libros que deben leer para que cada cual se instruya en su respectiva profesion ademas de los que manejen en las cátedras. Y dejándonos en lo posible de cuestiones impertinentes, nos contraeremos á casos prácticos, ó sucesos probables, fundaremos nuestros dictámenes sin parcialidad ni acaloramiento, y este será el modo de que no hagamos infructuosa ni desagradable esta reunion.

Nuestros estudiantes formaron de su director la idea mas ventajosa, le escucharon con la mayor atencion y gusto, y le dieron las mas espresivas gracias por su buena doctrina, por el interés que se tomaba en instruirlos, y por el agrado con que los trataba. Despidiéronse atentamente, y se retiraron bien convencidos de que los curatos, los correjimientos ó togas, la profesion de medicina y el encargo de la enseñanza pública son destinos mui delicados y de mucha trascendencia para ser abrazados sin la

reflexion, suficiencia y virtud que se requiere.

Las conferencias de D. Justo continuaron con la mayor felicidad en aquellas y en las siguientes vacaciones, y los concurrentes sacaron de ellas mucho fruto.

Cárlos, con especial complacencia de sus padres, perfeccionó su vocacion de ser cura, y desde entonces se dedicó con particular esmero al estudio de las ciencias eclesiásticas. La teología, la disciplina de la iglesia, la moral evangélica, la retórica sagrada, y el arte de dirijir las almas por la senda de la virtud hacían todas sus delicias. Mas como tenia mui grabadas en su corazon las máximas de D. Justo, y sabia por otra parte que la miseria opone de ordinario á la correccion de las costumbres en el comun del pueblo uno de los obstáculos mas difíciles de superar; destinó una parte de su tiempo á la adquisicion de los conocimientos que contempló podían facilitarle los medios de sacar á sus feligreses de la indijencia, y proporcionarles las comodidades de que fuese susceptible su condicion: y la física esperimental, la historia de la naturaleza, la química, la botánica, la agricultura, la veterinaria y la industria le contaron en el número de sus discípulos mas aprovechados.

Visitaba á menudo los talleres de los arte-

sanos, observaba, preguntaba, y se instruia tan por menor, que parecia solicitaba hacer de cada oficio su profesion única. Son imponderables sus trabajos y fatigas literarias; pero le sostenia el ardiente deseo del bien de la humanidad; y el júbilo que inundaba su alma cuando consideraba los servicios que podia hacer á Dios, al Rei y á sus semejantes, añadía estímulos á su aplicacion, daba nuevo vigor á su espíritu, y hacía tal uso de sus potencias, que percibía y analizaba con una rapidez increible las ideas mas difíciles y complicadas.

El mismo D. Justo veía con admiracion descollar á nuestro jóven en virtud y literatura sobre sus condiscípulos; y enamorado de su virtud y bellas prendas, atribuía su ilustracion á la gracia y proteccion divina, mas que á la constancia y buen celo con que se esmeró en enseñarle y dirijirle.

Cárlos en fin recibió en Salamanca el grado de Doctor en sagrada teología, y todas las órdenes sacras. Visitó á sus padres varias veces durante su carrera de estudios, llenándolos de alegría con su presencia, de admiracion con sus discursos, y de esperanzas con su sabiduría y buenos propósitos. Volvia á la universidad, y era recibido con mucho agrado de sus buenos amigos y del amable D. Justo, cuyo corazon recto y sensible rebosaba de gozo al ver sazonado en

ellos el fruto precioso de sus tareas. Paseaba á menudo este catedrático con dichos jóvenes, dirijiéndolos á los sitios mas deliciosos que se hallan á la orilla del Tórmes, les suscitaba con discrecion y disimulo especies relativas á la grandeza y sabiduría infinita de Dios, y á la prodijiosa variedad y órden admirable de la naturaleza: resultando de estas insinuaciones las reflexiones y discursos mas útiles y piadosos.

Al mismo tiempo que se conocia y apreciaba en la ciudad la virtud y literatura de D. Justo, y la aplicacion y honradez de sus discípulos, se observaba y aborrecia la conducta escandalosa, y el ejemplo fatal de Antonio y sus amigazos. La mentira, el fraude, las pesadas burlas, los insultos, las estafas, y aun las raterías eran mui comunes en ellos: y tales las artes de que se valian para engañar á sus padres, que aunque los de Anton fueron avisados varias veces acerca de la conducta detestable de su hijo, jamas hicieron mucho caso; y los mayores excesos de aquel jóven merecieron solamente algunas reconvenciones lijeras, y causaron ciertos disgustes leves, siempre calmados por la interposicion de la Señora abuela, de cuya boca se oian los mayores disparates, y las mas firmes promesas acerca de la brillante colocacion del nieto predilecto.

Pero si hai padres descuidados y abuelas

fátuas, que den lugar á la prostitucion de los jóvenes, hai tambien jueces vijilantes y rectos que los persigan y corrijan por medios rigurosos, cuando ven que no bastan los suaves.

Anton y sus depravados compañeros se burlaron mas de una vez de los apercibimientos de la justicia; y no debiendo esta sufrir por mas tiempo, ni los desaires, ni el escándalo de aquella caterva de insolentes, decretó su prision, á la cual se hubiera seguido el castigo que merecian.

Tuvo Anton noticia de esta providencia, la dió á sus compañeros, y todo se consternaron y aflijieron en estremo. Sus crímenes graves y multiplicados los horrorizaban, y aquella audacia y desvergüenza con que los cometian se vió trocada en terror y abatimiento. Este es el carácter de los delincuentes cuando se ven amenazados por la terrible espada de la justicia.

Asi como las tímidas aves, cuando anuncian ó divisan la tempestad, vuelan despavoridas con inciertos rumbos, y buscan ajitadas un asilo que las defienda del mal que miran cercano; del mismo modo el desgraciado Anton y sus amigos infelices huyeron el peligro que les amenazaba llenos de pavor y sobresalto.

Unos se retiraron á sus casas, y llenaron de pesar á sus desventuradas familias; otros

sentaron plaza de soldados; otros se acojieron á la mendicidad errante, disfrazándose ridícula y vergonzosamente; y otros en fin marcharon á la corte para aumentar en ella el número de pretendientes importunos y el de ociosos perjudiciales.

De este número fué nuestro Anton, el cual se reconcilió con sus padres, y siguió en Madrid malgastando, fastidiando y perdiendo tiempo: pero logró la satisfaccion de esperimentar que sirven de mui poco los auxilios de las abuelas millonarias á los ignorantes, viciosos y mal criados.

Murió en fin la suya, dejándole mui mejorado en el testamento: los padres con este motivo, y viendo que nada adelantaba en la corte, le retiraron á casa: pero á breve tiempo tuvieron el consuelo de verle casado malamente, y notaron que, lejos de mudar de conducta con el matrimonio, se abandonó tan descaradamente á los vicios, que consumia los dias y las noches en el juego, en la embriaguez y liviandades: disipando sus caudales de tal modo, que en pocos años quedó reducido á tanta pobreza, que muchas veces faltaba el pan para sus miserables hijos y muger.

No fué mas feliz el éxito de sus desgraciados compañeros, de los cuales acabaron algunos la vida en un presidio; otros tuvieron que espatriarse huyendo las persecu-

ciones de la justicia, y los demas acabaron sus dias en la mendiguez y el desprecio. Por el contrario, los compañeros de Cárlos consiguieron el premio debido á su virtud y literatura. Brillaban en las cátedras y en los tribunales: de entre ellos salieron los reformadores de los estudios, los restauradores de las ciencias y bellas letras; y últimamente, tuvieron algunos la satisfaccion de que el Soberano les confiasse el cuidado de su salud y la de su Real familia.

Firme Cárlos en sus designios piadosos, y adornado de todas las circunstancias que caracterizan á un buen párroco, hizo oposicion al curato de un pueblo cercano al suyo, y se le confirió inmediatamente. El lugar era mui pobre à causa de la impericia y desidia de sus vecinos. Muchos de ellos ignoraban hasta los principios mas generales y precisos de nuestra santa creencia, y eran mui pocos los que sabian leer, porque no tenian escuela de primeras letras: habia muchos mendigos, y todo respiraba estupidez, miseria y ociosidad; aunque no faltaban riñas, enemistades y pleitos.

Nuestro buen párroco con su agrado y dulzura, y particularmente con espender con prudencia y jenerosidad las rentas de su curato entre los menesterosos, se ganó el amor y buena voluntad de aquellas pobres gentes, y en especial la de los alcaldes, y de-

mas personas capaces de influir en la reforma que se propuso establecer en su feligresía. Y como todos se pusieron gustosos bajo su direccion, convencidos de sus discursos, y edificados con su ejemplo, logró ver cumplidos en pocos años sus deseos laudables.

Ya sabian los niños y los adultos de aquel pueblo sus obligaciones cristianas y civiles, porque su amable párroco se las eseñaba con un grande amor y caridad, y lo mismo hacia un buen maestro que puso escuela en el lugar, en virtud del celo y de los auxilios con que facilitó este bien su estimable cura. Los pleitos, las enemistades, los vicios y la holgazanería desaparecieron de entre aquellos moradores, y ocuparon su lugar el amor mútuo, la aplicacion al trabajo, la virtud y la abundancia.

Los baldíos se hicieron suertes, y se distribuyeron con equidad entre los vecinos pobres, incluyéndolos por este medio en la clase de propietarios. La cria de ganados se aumentó prodijiosamente, porque se hicieron prados artificiales de los terrenos abandonados menos á propósito para la siembra de semillas, y para el arraigo y fructificacion de las vides y olivos. Estas utilísimas plantas se multiplicaron infinito, y tambien los árboles frutales. El abundante riego que pudo lograrse, facilitó buenas co-

sechas de cáñamo y lino de excelente calidad, é hizo que se cojiesen las hortalizas necesarias para la manutencion, y aun para el regalo de aquellos moradores. Últimamente, nuestro párroco estableció en su pueblo las manufacturas ó artefactos necesarios para la ocupacion, comodidad y decencia de sus feligreses.

Cuando la ardiente caridad de este varon insigne no tenia en que emplearse en su parroquia, se estendia á los lugares de toda la circunferencia. El era el padre de los huérfanos, el amparo de las viudas, el consuelo de los afligidos y el remedio de los necesitados. Los eclesiásticos le respetaban, los seglares le obedecian, y todos le escuchaban como à un oráculo. Una nueva luz parece que había amanecido en aquel hemisferio, y que se respiraba en él un aire mas puro: todo era paz, alegría y cónfianza recíproca: la virtud, la inocencia y la pureza de costumbres habia convertido aquel terreno en la morada del placer y de la tranquilidad.

Los nombres dulcísimos de padre, bienhechor, maestro, virtuoso, ejemplar, caritativo &c. resonaban siempre en los oidos de nuestro cura, sin que este eco contínuo alterase su modestia y humildad evangélica: servía sí para aumentar su celo, y llevar su beneficencia hasta el mas alto grado de perfeccion.

Informada la superioridad de las circunstancias recomendables de nuestro venerable párroco, le manifestó sus deseos de promoverle y condecorarle mas distinguidamente; pero todo lo renunció con humilde agradecimiento por un efecto de su virtud apostólica, y por el amor que tenia á un pueblo que supo hacer feliz á costa de sus fatigas paternales, y en el cual todos eran ricos, menos el cura. Los padres y hermano de este le visitaban con alguna frecuencia, no para enriquecerse á su costa (antes muchas veces tenian que contribuirle con crecidas cantidades para satisfacer los empeños de su fervorosa caridad), sino para aprovechar con su ejemplo y consejos, y dar gracias al padre de las misericordias por haberles dado por hijo un siervo suyo, que con tanta fidelidad procuraba servirle y agradarle.

Pero Dios, que no tarda en premiar la virtud, aun en este mundo, derramó á manos llenas sus beneficios sobre aquella dichosa familia. Los padres llegaron, sin sentir las incomodidades de la vejez, á una edad mui avanzada, y murieron santamente. Jorge consiguió emparentar con una familia mui ilustre: su esposa le llevó (acompañado de mucha honestidad, belleza, prudencia y discrecion) un dote tan crecido, que le hizo el hacendado mas poderoso de aquel pais. En todas partes era estimado; todos le res-

petaban y distinguian: y este agradecido y prudente jóven reconocia y publicaba que despues de la bondad infinita de Dios, era deudor de su fortuna á la virtud y caridad de su santo hermano.

Asi premia el Todopoderoso la piedad y la virtud. Estos son los efectos de la buena educacion; y las desgracias y pesadumbres que sufrieron Anton, sus relajados amigos, y sus familias infelices, son las consecuencias de la mala crianza, y de la corrupcion de costumbres que resulta de ella.

EJEMPLO V.

LOS COMERCIANTES.

Los amos y los criados.

Un jóven vizcaino, llamado Ignacio, hijo de padres distinguidos, aunque pobres, se pasó á servir, con licencia de estos, á un caballero nombrado D. Clemente, el cual poseia un rico mayorazgo, y tenia casa de comercio en una de nuestras ciudades marítimas. La bella índole de Ignacio, su mucho

talento, buena educacion, y su virtud acendrada, le hacian digno del mayor aprecio.

Otro mozo, llamado Felipe, el cual era mui vicioso, lisonjero y mal intencionado, fué tambien recibido por sirviente en casa de un tal D. Hilarion, comerciante de la misma ciudad.

D. Clemente tenia un excelente carácter y mucha instruccion: era mui justificado, compasivo, generoso, y nada vano ni molesto. D. Hilarion era bastante necio, medianamente maligno, mui avaro, y algo hipócrita.

Estos dos sugetos se encontraron en el paseo la tarde de un dia festivo; y despues de haberse saludado, se hablaron en los términos siguientes.

D. Hilarion. Tengo entendido, Señor D. Clemente, que está V. mui gustoso con aquel vizcaino que entró á servirle el año pasado.

D. Clemente. No se equivoca V. Señor D. Hilarion: porque es un mozo mui atento, agradecido, tranquilo y bien hablado: tiene un corazon generoso y sensible: es fiel y exacto en el cumplimiento de sus obligaciones. Estudió algunos años en el seminario de Vergara; pero no pudo continuar en él, porque sus padres, por ciertos contratiempos, se hallan en la mayor pobreza.

D. Hilarion. ¿Y qué edad tiene?

D. Clemente. Unos veinte años.

D. Hilarion. Esos mismos vendrá à tener otro jóven que recibí por criado ocho meses hace, y con el cual estoi tambien mui contento. Es guapo chico: ha servido á dos ó tres comerciantes, y se impone con facilidad en los nogocios mercantiles. Ademas me ha presentado un testimonio, que prueba su nobleza.

D. Clemente. Eso es mui bueno, porque los nobles tienen, respecto de los que no lo son, mayor obligacion de conducirse bien en cualquier destino. Pero ¿ha manifestado á V. ese hidalgo otro testimonio, ó cosa que lo valga, en órden á su buena crianza y conducta?

D. Hilarion. No Señor; pero ese negocio corre de mi cuenta; yo le haré á mis mañas, y (Dios mediante) no gastaré mucho tiempo en conseguirlo. Mire V., ya he despedido á una criada y á un mancebo por el buen celo de Felipe. ¡Bribones! Me estafaban, y ademas de esto, diz que se mirabau, se reian, se chanceaban, y salian juntos á misa y á las procesiones. ¿Qué tal? ¡El Felipillo! Mui bien los acecha y observa. No se burlarán de mí ni de él sus benditos compañeros.

D. Clemente. Con que todas las culpas de los despedidos se reducen á que reian, miraban, tenian sus ratos de buen humor, y salian juntos á misa y á las procesiones.

D. Hilarion. ¿Y le parecen á V. pequeñas?

D. Clemente. Pequeñísimas me parecen para haberles quitado el pan tan repentinamente. Esas miradas, esas risas y esas vagatelas pueden ser mui inocentes, suponiendo que sean ciertas.

D. Hilarion. ¡Cómo qué si lo son! Pues qué, Felipe.... Si V. lo conociera.... Si supiera qué buen muchacho es...

D. Clemente. Sí, serà un buen muchacho, pero por mas bueno que sea un hombre, y por mas señales que tenga dadas de su providad, es menester ser mui recatado y prudente en llegando unos casos como estos: porque es regla general de prudencia, que debemos desconfiar de la bondad de los sugetos cuando hablan mal de otros. Acaso el celoso D. Felipe querrà abusar de la credulidad de V.: quizá aspirará á ganarse su confianza, ó le incomodarian los otros compañeros. De esto hai mucho entre los domésticos: se persiguen y calumnian; y á veces los útiles y fieles son víctimas de la astucia y mala fé de los mas corrompidos y mal intencionados. Los amos debemos estar mui prevenidos contra los chismes y persecuciones mútuas de los sirvientes, y no proceder contra ellos sin un motivo justo y bien averiguado.

D. Hilarion. Bien está. Pero V. olvida

que los tales despedidos me estafaban; y eso ya ve V.....

D. Clemente. ¿Y qué pruebas tiene V. de esas estafas?

D. Hilarion. Hombre, de manera es....... Yo (á decir la verdad) no he advertido... Pero sobre que Felipe lo asegura, y me lo ha jurado.

D. Clemente. El embustero de costumbre (que siempre es mal cristiano) miente cuando jura con la misma facilidad y descaro que sino jurara: con que no se fie V. de cierta clase de juradores. Lo que V. ha debido exigir de ese Felipe, son pruebas: hechos que justifiquen.

D. Hilarion. Hombre, V. es demasiado ajustado de golilla. Hai ciertas cosas que no merecen ser tan examinadas, y basta que uno las sospeche para que tome el partido que le parezca mas conducente. Ahora me andaria yo en averiguaciones por dos pícaros, rateros y escandalosos.

D. Clemente. Señor D. Hilarion, vamos despacio: V. no ignora que la caridad cristiana exije de nosotros que reflexionemos mucho los defectos del próximo; antes que le demos por delincuente ó le juzguemos culpado; y tanto mas, cuanto le haga mas odioso la tacha que le imponemos, y mas le infame el delito que le imputamos. Yo desearia en V. la virtud de la caridad (alma de

la adorable religion de Jesucristo) en grado mas alto; y en este caso, creo que no se hubiera V. precipitado tan lijeramente, ni á tener por rateros à esos infelices, ni á arrojarlos de casa por informes ó sospechas tan livianas. Es necesario que amemos á nuestros próximos mui de veras, y V. no ignora que lo son nuestros sirvientes.

D. Hilarion. Con que, segun V., los amos deben formar un espediente contra sus criados antes de despedirlos, ó tenerlos siempre en casa, porque son próximos.

D. *Clemente.* No es eso lo que quiero decir. Los amos pueden y deben deshacerse de los criados malos, y aun de los buenos, cuando la economía ú otra razon justa se lo aconseje; pero no es lo mismo despedirlos con razon, que separarlos é infamarlos sin motivo. V. acaba de decirme que la criada y el mancebo le estafaban, y me ha dado á entender que sus risas, chanzas, &c. argüian sospechas contra su reputacion y decoro. Nada de esto está justificado; y sin embargo V. lo da por supuesto, y lo habrá publicado entre sus conocidos, con el fin de probar que ha tenido razon para echarlos de su lado. He aquí un modo mui oportuno de arruinar á aquellos desdichados, imposibilitándolos de ser admitidos en otras casas de igual decencia y proporciones: y á caso en ninguna, porque nadie

quiere que le estafen, ni sufrir amoríos peligrosos entre sus domésticos.

Yo no tengo el alto honor de conocer al predilecto Felipe; y no obstante aconsejo á V. que se vaya con él mui despacio, porque me parece posible que cause á V. grandes disgustos.

D. Hilarion. Bien, bien, me iré con tiento, y no hablemos mas de la materia. V. me ha dicho verdades algo duras, y confieso que no hallo razones con que contradecirlas. Digamos algo de comercio.

D. Clemente. Sea enhorabuena; aunque aseguro á V. que no es la conversacion que mas me agrada en el dia. Las cosas se disponen de tal modo....

D. Hilarion. En efecto, se vende poquísimo; y lo que se compra para surtir los almacenes cuesta un ojo; y no es de la mejor calidad. Crea V., amigo, que si un hombre no se ingeniara con los valecitos.... ¡Oh! ¡Los valecitos! Ya es una cucaña de las buenas. Yo soi el diantre en este manejo: los cambio, los descambio, los bajo, los subo, &c. &c.

Tambien hago mis acopios de granos y de otros frutos por las cosechas, y como adelanto algunos pesillos duros á los labradores para que salgan de sus necesidades (bajo ciertos pactos *segun mi conciencia*) ya se ve, los pobres campesinos, que

necesitaron á uno y deben necesitarle en adelante, se someten á su lei sin repugnancia. ¿Está V., Sr. D. Clemente? Luego subo el precio segun aconsejan las circunstancias, y cate V. á un hombre hecho persona, sin quebrarse mucho los cascos.

Item: presta uno, pero ata bien su dedo. Una vez al ocho, otras al diez, y en fin al veinte ó al treinta por ciento, segun llega el penitente. ¿Y qué se ha de hacer? Para eso remedia uno las necesidades agenas, y espone su dinero. V. (ya se ve) se valdrá de las mismas ingeniaturas para ir pasando *en gracia de Dios* esta miserable vida; y en caso necesario sabrá fingir una quiebra, porque este arbitrio....

D. Clemente. No pase V. adelante. Señor D. Hilarion: he tenido la paciencia de oir á V. confesar sus flaquezas, pero no debo sufrir que me suponga capaz de incurrir en ellas.

D. Hilarion. Vamos, hombre, V. viene esta tarde de mal humor, y en ánimo de reprobar cuanto le diga. Pero al cabo, todos somos comerciantes, y el que mas y el que menos se maneja cuando le conviene del modo que yo lo hago.

D. Clemente. V. se engaña, y me ofende. En el comercio se emplean sugetos de probidad, que aman y temen á Dios, que veneran al Soberano, que respetan y obe-

decen las leyes, y que contribuyen á la felicidad de la monarquía, léjos de influir en su decadencia y deshonor.

¡Yo agiotador injusto, usurero, ruina de los infelices necesitados! Prostituirme inicuamente, y causar la miseria de las personas que se entregan á mi confianza, al crédito de mi casa, y á la integridad de mi conducta! ¡Y yo, en fin, sería capaz de fomentar la desconfianza pública contra las garantías mas solemnes, y contra las promesas mas puntualmente cumplidas! V. no me conoce, Sr. D. Hilarion, cuando se atreve á confundirme con la hez del Estado. Yo comercio con ventajas de este, y utilidad mia; pero de un modo decoroso y legal. He meditado, he leido, he viajado, y he aprendido á saber que la ciencia del comercio no consiste en comprar barato, vender caro, y enriquecerse por medios inicuos: eso sabe hacerlo cualquier ignorante, y lo ejecutan los hombres de mala conciencia. Otros cálculos, otras especulaciones, otro estudio, otro patriotismo y otra virtud forman el carácter de los comerciantes propiamente tales: y con estas cualidades serán tan útiles á su Príncipe y á su nacion, como les son perjudiciales los sugetos de cierta clase, dignos de ser aborrecidos y castigados.

A Dios, Sr. D. Hilarion, que me siento

fatigado, y me retiro á descansar á casa.

D. Hilarion. Vaya V. con mil Santos, y Dios le perdone el malísimo rato que me ha dado.

D. Clemente marchó en efecto á su casa: descansó un rato, y pidió de beber. Ignacio se presentó á servirle el refresco, y mientras lo tomaba, se hablaron del modo siguiente.

D. *Clemente.* ¿Cómo va, Ignacio?

Ignacio. Mui bien, Señor, para servir á V.

D. *Clemente.* ¿Y tus compañeros?

Ignacio. Todos están buenos y gustosos.

D. *Clemente.* Lo celebro mucho, y me alegraré de que sigais viviendo como buenos hermanos, de que haya entre vosotros paz y alegria, y os ayudeis de buena voluntad, y sin etiqueta, en el cumplimiento de vuestra obligacion.

Ignacio. Así lo hacemos, Señor; nos disputamos con empeño la satisfaccion de servir á V.; y procuramos no ocasionarle el menor disgusto.

D. *Clemente.* Yo os lo agradezco. Díme, Ignacio, escribes á tus padres todos los correos?

Ignacio. Si, Señor, y tienen la bondad de contestarme puntualmente. Ayer tuve carta de sus mercedes, y por ella el gusto de saber que están buenos.

D. *Clemente.* Me alegro de que sea así. ¿Los quieres mucho?

Ignacio. Si, Señor, los amo con todo mi corazon, y haria por su bien los mayores sacrificios.

D. *Clemente.* Dios te ayudará, Ignacio, y te bendecirá. Ya se vé, tú sentirás su mucha pobreza, y quisieras poder remediarla.

Ignacio. Si, Señor, y ya lo hago, en cuanto puedo, enviándoles el salario que gano en casa.

D. *Clemente.* Con que te quedarás sin un cuarto para tus urgencias.

Ignacio. Yo no tengo ninguna, Señor: con aquellos dos vestidos que V. me dió, con los zapatos que deshecha y me regala, y con la ropita que traje cuando vine á casa, estoi bastante decente.

D. *Clemente.* Sus trabajillos hai en eso, y es necesario que hagamos un convenio. Yo enviaré á tus padres un socorro mensual, sin perjuicio de darte el sueldo que te he señalado: y tú me has de dar palabra de no dejar de amarlos en tu vida; y de socorrerlos con generosidad si Dios te proporciona suficientes medios para hacerlo.

Ignacio. Yo me ofrezco á cumplir gustosamente el contrato en la parte que me toca; pero V., Señor, ¿qué obligacion tiene para con mis padres?

D. *Clemente.* La que me impone la religion y la humanidad, y tú no querrás impedirme que cumpla con ella.

Ignacio. ¡Impedirlo yo!..... ¡Ai, padres mios! V., Señor, es nuestro amparo, nuestro consuelo. ¡Tanta virtud! ¡Tanta caridad!

D. Clemente. ¿Que estás diciendo, Ignacio? ¿Pero lloras?

Ignacio. Este llanto me consuela, lejos de afligirme.

D. Clemente. Ya: lloras de ternura: eres sensible. Pero basta ya: enjuga esos ojos. ¿No ves que dirán tus compañeros que te he reñido?

Ignacio. Señor, ¿con qué pagaré yo...?

D. Clemente. Con ser siempre un hombre de provecho, y nada mas. Díme, Ignacio, volverás mañana con gusto á visitar á nuestros cavadores?

Ignacio. Sí, Señor.

D. *Clemente.* Pues llévales el refrijerio acostumbrado, y distribúyeselo con equidad. Si te parece, puedes añadir un par de panes, un queso y algun vino. Quiero ahorrarles en lo posible el gasto de su manutencion, y dejarles el jornal para que alimenten á sus pobres familias, ya que no puedo alargàrselo, por no chocar con los demas hacendados. Oye: si ves que alguno se guarda el pan y el queso que le des, disimula y dale otro tanto. Pregunta despues al que lo haga, como se llama, donde vive, y si tiene hijos. ¡Ah, Ignacio! Algunos,

por llevarles lo que tú les des, dejarán de alimentarse. ¡Amorosos padres! Vosotros sois dignos de este dulce y sagrado nombre, y vosotros mereceis los socorros, que á veces os roba la holgazanería simulada bajo el título de pobreza.

Ignacio. Señor, V. me da unas comisiones tan de mi gusto, tan santas... Ai! ya me parece que estoi viendo à aquellos honrados trabajadores bendecir á V., brindar alegres á su salud, y rogar á Dios por su conservacion. No puedo ver con indiferencia las sencillas demostraciones de su agradecimiento, ni dejar de unir mis afectos á los suyos.

D. Clemente. El Señor te lo pagará, Ignacio; y yo te lo agradezco en el alma. Y dime, ¿á qué se reducen las conversaciones de aquellas gentes apreciables?

Ignacio. A cosas mui honestas é inocentes, y siempre concluyen alabando á Dios porque le proporciona medios de ganar su alimento y el de sus familias. Esta idea los llena de consuelo, y solo les aflije la duda de si encontrarán siempre quien les facilite este honrado modo de subsistir.

D. Clemente. ¿Y qué juzgas tú acerca de la felicidad de estas gentes?

Ignacio. Señor, yo creo que son mui dichosas, en teniendo salud y ganando su jornal.

D. *Clemente.* Lo son en efecto: porque como sus deseos no pasan de este límite, parece que en satisfaciéndolos, deben vivir en una perpetua paz y alegría. ¿Sabes los que son infelices en esta vida, y se esponen á serlo en la eterna? Los ambiciosos, los avaros, los ociosos, los impuros, y (en una palabra) los impíos.

Ignacio. Tiene V. razon, Señor, Dios me libre por su infinita bondad de caer en semejantes precipicios.

D. *Clemente.* Pídeselo á Dios, mui de veras, y pon de tu parte los medios para conseguirlo. Retírate á merendar con tus compañeros, que ya es hora, y yo tengo que trabajar un rato.

Ignacio. A Dios, Señor, y padre mio. ¡Ojalá pudiera yo aliviar á V. en sus quehaceres! Dios querrá que algun dia...

D. *Clemente.* A Dios, Ignacio. Estimo tus buenos deseos, y puede ser que en adelante haga uso de tí para cosas de importancia.

Ignacio. ¡Cuánta sería mi satisfaccion, y cuánto mi consuelo si llegara este caso!

D. *Clemente.* A Dios. Este jóven tiene cosas que me encantan. El Señor le conserve en su santa gracia; y me dé acierto para cultivar sus bellas disposiciones, y hacer su felicidad.

D. Hilarion á poco rato de haberse apar-

tado de D. Clemente, se dirigió á su casa, y se presentó en ella de tan mal humor, que nadie podia sufrirle. Preguntó por Felipe, y se le respondió que no habia vuelto de paseo. "Que le busquen (dijo) y me «le traigan inmediatamente, porque quiero »desahogar con él mi corazon. Estará en al»guna iglesia encomendándose á Dios, y »pidiéndole por mí. Pronto, pronto, que »venga D. Felipe."

Salió un mozo á buscarle: recorrió las iglesias inmediatas, y aun las distantes; pero no le halló en ellas: ni en las calles y plazas de la ciudad. Volvió á casa, y dió al amo cuenta de su malograda comision: este le riñó ásperamente, diciéndole que era un necio, torpe, inútil, &c. Llamó á otro criado, y le dió igual encargo, previniéndole que no volviera sin Felipe, so pena de ser despedido irremediablemente de la casa. El criado abrió la puerta de la calle para salir, á tiempo que llegaba á ella el suspirado jóven. Precipitóse á D. Hilarion esta alegre nueva, la cual hizo calmar su cólera é inquietud.

El devoto Felipe no habia empleado aquella tarde en visitar iglesias, como creia su amo: ni en otras ocupaciones pías, sino en correr una fuerte borrasca con otros amigos suyos. El cajon de la tienda, asaltado por él con frecuencia y buen éxito, le sumi-

nistraba lo suficiente para esta clase de entretenimientos, y para otros harto indecentes.

La broma de aquella tarde paró en golpes. Felipe llevó muchos, y bien merecidos, porque anduvo mui provocativo y osado con sus compañeros. Se presentó á su amo bastante arañado y molido, y ambos se hablaron de esta manera.

D. Hilarion. ¿Cómo has tardado tanto, Felipe mio, sabiendo la falta que haces en casa, y lo que me desazono cuando no te encuentro en ella?

Felipe. Señor, de manera es, que uno tiene sus devociones.... y en las fiestas de guardar.. manda Dios que todo fiel cristiano...

D. Hilarion. Ya se ve. Todo fiel cristiano.. en los dias festivos... Pero ¿por qué te tapas la cara? Quita esa mano, y veámosla entera y verdadera como tu madre la parió.

Felipe. Es que.,..

D. Hilarion. No hai esques ni osques que valgan; veamos la cara digo. ¡Qué es esto, Felipe! la tienes hinchada como una bota, y arañada y acardenalada, y....

Felipe. Cómo ha de ser! Mas padeció el Señor por nosotros; ello se curará: es poca cosa, y en fin......

D. Hilarion. Bien hombre, ya veo que no es cosa que me cueste el dinero. Pero ¿ cómo ha sucedido ese fracaso?

Felipe. Señor, V. sabe mui bien que soi

un buen cristiano, y un traslado de V. en esto de cumplir... Vaya, me da mucha vergüenza.

D. *Hilarion.* Estoi en eso; pero sigue hombre, no te turbes.

Felipe. Pues, como digo, yo fuí al anochecer á andar las santas estaciones en el calvario que está fuera de la ciudad. El camino es, como V. sabe, bastante escabroso, y está lleno de guijarros: iba yo rezando con mucha devocion, y el diantre tentador, por quitármela, ¿qué hace? zas, y dió con mi cuerpo en aquellos suelos de Dios, con tanta furia, que estoi asi como V. me ve, y como no me ve, porque tengo magullado todo este miserable cuerpo.

D. *Hilarion.* Pobre Felipe! Vamos, descansa y serénate: eso se curará pronto: siéntate, y tendremos un rato de santa conversacion hasta que venga D. Longinos, y emprendamos nuestro juego de damas.

Felipe. Sí, Señor, lo que V. quiera, como V. guste. Sobre que la voluntad de V. es la mia. Quiero yo á mi amo mas de lo que parece.

D. *Hilarion.* Gracias, gracias, te lo estimo y te correspondo. Hoi mismo he estado à pique de perderme por defender y ensalzar tus bellas circunstancias. Se empeñó cierto sugeto en hacerme desconfiar de ti; pe-

ro no lo conseguirá el tal Señor, ni otro alguno.

Felipe. Que quiere V. Señor, *nadie está libre de una mala voluntad.* ¿Y podré yo saber quien es el *malaventurado* que procura hacerme caer de la gracia de V.

D. Hilarion. Acaso no le conocerás: es un tal D. Clemente: mayorazgo ingerto en mercader, filósofo en cierne, y....

Felipe. Acabara V. de decir. ¡D. Clemente! Ya, ya es buen perillan: *sé bastantes cosas acerca del tal Señor.* ¿Pero V. trata con ese fastidioso?

D. *Hilarion.* No mucho, hizo la casualidad que nos encontrasemos esta tarde en el paseo: hablamos de tí y de mí, y me trató ásperamente, porque despedí al mancebo y á la doncella por lo que medijiste. ¿Te acuerdas? Pues ¿y luego? ¡Qué de picardías me dijo por aquello de los vales, de los préstamos, y de *las otras friolerillas* que te he confiado!

Felipe. ¿Sabe V. lo que es todo eso, Señor? Purísima envidia, porque no sabe, ni puede hacer otro tanto. V. debe despreciar á esos fastidiosos, y manejarse como hasta aqui: que su bolsillo se lo agradecerá y tambien su siervo Felipe.

D. *Hilarion.* Tienes razon: con esos avechuchos es necesario *hacer oidos de mercader, y al negocio vamos.*

Felipe. Eso es, al negocio. Señor, á cómo dijo V. esta mañana que vendieramos la vara de aquella tela?

D. Hilarion. A doce reales. La han recargado el tres por ciento de derechos, y ya ves, [illegible]

Felipe. Ya me hago el cargo. Ella se vendia á nueve reales antes del tal recargo: ahora se despachará á doce; con que en una vara tenemos en casa el susodicho tres por ciento. ¿Lo voi entendiendo, Señor?

D. Hilarion. El diantre eres, Felipe, y me parece que de aqui á poco tiempo podrás enseñar á tu mismo amo la aguja de marear. Allá nuestro enemigo D. Clemente nos hace la mala obra de dar los géneros á precios mas baratos, porque no sabe hacer las cuentas á nuestro modo.

Felipe. Pero se le debia obligar á que las hiciese. ¿Qué hacen los regatones de la plaza? Se dan de ojo, y todos venden las frutas, las legumbres, &c. á un mismo precio, porque á todos les tiene cuenta, y pobre del que bajase un maravedí sin consentimiento espreso de toda la regatonería; porque le harian pedazos! Asi debieramos hacer nosotros. ¿No es verdad?

D. Hilarion. No se puede todo lo que se quiere, amigo Felipe; pero no faltan medios para castigar la desunion de los compañeros díscolos. Se desacreditan sus casas,

diciendo v. g. que tales y tales géneros son contrahechos: que otros estan quemados de los tintes, ó del blanqueo: que uno no los quiso comprar, aunque se los ofrecieron casi de balde porque conoció la maula: que....

Felipe. Perdone V. Señor. ¿Y no seria mui del caso hacer creer que ciertas telas vinieron en una embarcacion apestada?

D. Hilarion. Hombre, tú sabes mas que Merlin, y discurres como cien hambrientos. Me acomoda eso de la peste, y manos á la obra. ¿Te atreverás á esparcir esas voces con respecto á la casa de D. Clemente?

Felipe. ¡Ahí es nada si me atreveré! Descuide V. sobre el asunto, y déjeme obrar *en paz y en gracia de Dios.*

Hilarion. Yo te ayudaré, en cuanto pueda, á hacer cundir la especie, y cuenta con el silencio y el disimulo.

Felipe. Estoi en eso. ¿Sabe V., Señor, que está acabada la gran cortina, y que mañana la pondré en la puerta de la tienda? Es famosa: nada tiene de trasparente, porque la lona tiene un colorcito moreno que tira á negro: es bastante tupida, y ademas he multiplicado en ella el número de listas azules.

D. Hilarion. ¡Grandemente, Felipe! Agrega á eso que la calle es bien oscura, y el guardapolvo ó sombraje de la puerta es de marca mayor, y verás como se clavan

los compradores á cada paso. El antiguo cortinon estaba demasiado raido, y se clareaba mucho: acaso ha sido esta la causa de que no háyamos salido de ciertas maulas que podremos despachar ahora á la sombra de la nueva cortinaza. Oyes, traéme el rosario, y lo iré rezando mientras viene D. Longinos.

Felipe. Voi volando. Pero él entra.

D. Hilarion. No importa, tráelo, *y me encomendaré á Dios mientras juego.*

Al mismo tiempo que D. Hilarion y Felipe discurrian sobre el modo de hacerse con el dinero ajeno á poca costa, y se ocupaban en la ejecucion de su fatal proyecto contra el amable D. Clemente, se empleaba este, auxiliado de Ignacio, en socorrer las necesidades verdaderas, en conservar la paz y decoro de su casa, y en proporcionar los medios de hacer á sus parroquianos toda la equidad posible en el precio de las mercancías. Sus sábias especulaciones, y su mucho acierto en practicarlas, le proporcionaba la satisfaccion de hacerlo asi, y la de disfrutar de una ganancia moderada. Era pues inútil la persecucion de sus calumniadores; y lejos de disminuirse el número de las personas que se surtian en su tienda, crecia de un modo considerable.

D. Clemente no tuvo á bien que Igna-

cio se dedicase al comercio, ya porque este jóven no se inclinaba á él, y ya porque descubrió las mejores disposiciones para ayudarle à cuidar de su hacienda, en lo cual se ocupaba con el mayor gusto, con grandes ventajas de la casa, y con mucho alivio de los colonos y trabajadores.

Cierto dia estaban D. Clemente é Ignacio tratando esta materia importante, entró un criado, y dijo: Señor, un pobre anciano, y una muger, que parece hija suya, con un niño de pecho, y otros dos ya grandecitos, piden licencia para hablar á V.

D. Clemente. ¡Pobres! Que pasen adelante. Corre, Ignacio, diles que no se detengan.

Ignacio. Voi con mucho gusto.

Ignacio y los pobres entraron en la sala, y dijo D. Clemente: sean Vds. mui bien venidos, tomen asiento, y díganme que se les ofrece.

El Anciano y la M. Señor, estamos mui bien en pié.

Ignacio. No, no: mi amo se disgustará si Vds. no se sientan. Aquí hai sillas; y V. Señora, hágame el gusto de darme ese niño, y le tendré en brazos mientras V. descansa.

D. Clemente. Con que, amigos mios; ¿qué se ofrece? Se hallan Vds. en alguna necesidad?

El Anciano. Señor, nuestras necesidades

están ya socorridas, y á fé que han sido grandes. Yo he padecido una larga enfermedad, de la cual acabo de convalecer; mi hija, que es esta jóven, parió un mes hace ese niño, y el jornal de mi querido yerno, que es un mozo mui honrado y trabajador, no era suficiente para que su pobre muger, esos dos niños, que son huerfanitos de otra hija mia, y yo, pudiéramos alimentarnos. Nos hallábamos pues, en la mayor miseria y desconsuelo. Nuestra resignacion con la voluntad divina, y el tierno amor que reina entre nosotros hacia en cierto modo tolerables nuestros infortunios; pero la necesidad crecia tanto, que llegamos á temer morir á causa de ella.

D. *Clemente.* ¡Infelices!

Ignacio. Señor, ¡qué es esto! V. se aflije.

D. *Clemente.* No has de ser tú solo el tierno de corazon.

Anciano y M. En efecto, Señor, ¡és posible!......

D. *Clemente.* ¡Dios mio! Ah.... Esta falta de compasion.... Esta inhumanidad... Continúe V., buen anciano, y no estrañe que no haya podido contener las tiernas efusiones de mi corazon al escucharle.

El Anciano. Pues, Señor: cuando nos hallábamos en aquella situacion tan triste, llegó á casa un santo sacerdote: preguntó por el nombre de mi yerno, y le dijimos que se llamaba N. de T.

Ign. ap. Oh, ¡Dios mio! Esta es la familia de aquel cavador tan buen hijo, tan amante esposo...

El Anciano. Preguntó tambien el buen eclesiástico, si era cierto que tenia á su padre enfermo, á su muger recien parida, y dos sobrinos huérfanos: le respondimos que sí, y nos dimos á conocer con él. Entonces nos dijo: "Honradas gentes, yo tengo »órden de socorrer á Vds. con cuanto ne»cesiten, hasta que V., pobre anciano, esté »en disposicion de poder trabajar, como sé »que lo hace cuando está bueno; y hasta que »V., Señora, se haya restablecido entera»mente. Sí, amigos mios, al paso que hai »soberbios, voluptuosos é inhumanos, que »desprecian, y aun insultan la miseria pú»blica, hai tambien hombres virtuosos que »la buscan para socorrerla." Nos dió el importe de todos los jornales que yo he dejado de ganar mientras he estado enfermo: el de veinte dias mas, cuyo tiempo podia durar mi convalecencia: una pieza de lienzo casero, y algunas varas de paño. Nosotros le dimos las mas humildes gracias, y le rogamos que nos dijese quién era nuestro caritativo bienhechor; pero nos contestó que no podia hacerlo, encargándonos que pidiésemos á Dios por su salud, lo cual hemos hecho, y lo practicaremos todos los dias de nuestra vida. Despidióse nuestro amable

sacerdote, y se marchó, dejandonos socorridos y edificados. Pero, Señor, ya hemos sabido que debemos estos auxilios á la caridad de V.

La muger. Sí, V. es nuestro consolador, nuestro padre...

D. *Clemente.* Yo! Amigos, Vds. pueden equivocarse.

La muger. Señor, lo sabemos positivamente. Una prima mia sirve al eclesiàstico de quien hemos hablado: conoció á V., y al apreciable Ignacio la noche que fueron á encargarle que nos remediase: oyó, escondida detras de una cortina, cuanto Vds. fatrataron acerca de nosotros, y de otras familias honradas y pobres, y todo nos lo dijo pocas horas despues de haber estado en nuestra casa su amo.

Clemente. ¡Muger habia de ser! No saben callar, ni dejar de ser curiosas. Ignacio, el ama del cura nos ha privado de la satisfaccion que teníamos de haber hecho el bien por Dios, y por el placer de hacerlo. Estas pobres gentes, que se consideran obligadas á nosotros, se han tomado una molestia, que no hubieran sufrido, si la tal ama atisvara y hablara menos.

Ignacio. Discúlpela V., Señor. Es prima de esta jóven, estaria compadecida de sus trabajos, oyó que iban á ser remediados, y voló á participar la nueva feliz.

D. *Clemente.* Ya, pero no me gustan los criados que espian á sus amos. Supon tú que nosotros hubiéramos tratado con aquel sacerdote asuntos de conciencia: la criada se hubiera impuesto en ello tan menudamente como su amo, y acaso hubiera tenido la debilidad de publicarlos.

La muger. Tiene V. razon, Señor, yo la reprehenderé, y procuraré que pierda ese vicio.

El anciano. Con que, Señor, nosotros damos á V. muchas gracias por su bondad, y le rogamos que nos mande, si considera que podemos servirle. Jamás olvidaremos que le somos deudores de nuestro bien, ni dejaremos de pedir á Dios por la salud y felicidad de V.

D. *Clemente.* Lo agradezco en mi corazon, amigos mios. Ignacio, lleva esta honrada familia á la cocina, y hazles tomar el alimento que gusten, porque estarán desfallecidos. Buen anciano, ¿van estos niños á la escuela?

El Anc. Señor, nuestra pobreza...

D. *Clemente.* Lo entiendo. Llévelos V. desde mañana á la de D. N.: es un excelente profesor. Yo se los recomendaré hoi, y pagaré su educacion con mucho gusto.

El Anciano. Dios llene á V. de bendiciones. Venid, queridos mios, arrodillaos, y besad la mano á un nuevo padre que vá

á haceros el mayor de todos los bienes.

D. *Clemente.* Levantaos, hijos mios; aplicaos mucho, y sed buenos cristianos. A Dios, Señores; no hagan Vds. públicos estos sucesos, y cuenten conmigo siempre que gusten.

Todos. Quede V. con Dios, estimado protector nuestro.

A proporcion que el compasivo D. Clemente gastaba en socorrer las verdaderas necesidades sumas mui crecidas, se aumentaban las rentas de su mayorazgo y las utilidades de su comercio, en el cual usaba de la *verdad y buena fe*, que tanto conviene y se recomienda á los que se emplean en este destino. Ignacio (como hemos dicho) contribuia mucho á lo primero, y la intelijencia y honradez de su amo à lo segundo. Dios dirijia sin duda sus operaciones en premio del buen uso que hacia de los bienes que le daba, y de las santas virtudes de que estaba adornada su alma justa. La paz, el amor y la alegría habitaban en la casa de este hombre feliz: y los vicios jamás entraron en ella. D. Clemente trataba á los criados como á unos amigos de menor fortuna, y éstos le amaban, respetaban y servian como á un padre que los alimentaba, que los instruia con dulzura y acierto, que les hacia todo el bien posible, y los edificaba con su buen ejemplo. A pe-

sar de la modestia con que procuraba D. Clemente ocultar sus hechos generosos, nadie los ignoraba en la ciudad, y su beneficencia era proclamada por todos sus habitantes. Ignacio esperimentaba tambien el aprecio y cariño de las jentes, y era el conducto por donde llegaba á los oidos de su amo el clamor de los menesterosos, y á las manos de estos los auxilios de su caridad.

Lo contrario sucedia con respecto á Don Hilarion: su mala intencion, y su manejo injusto le hacian cada vez mas oborrecible. Los compradores huian de su tienda, y los que necesitaban algun dinero anticipado para salir de sus urgencias, lo buscaban en otras personas enemigas de la tirania y de la usura. Ni podian los esfuerzos de su hipocresía refinada mudar el mal nombre que se habia adquirido.

Como decaía cada vez mas el crédito de la casa de D. Hilarion, y Felipe por otra parte le robaba cuanto podia para mantener los vicios que llegaron á dominarle, fué necesario que el amo empezase á ir gastando el dinero que tenia ahorrado. Es imponderable el dolor que le causaba hacer uso de él; gritaba, lloraba, y nadie podia sufrirle; á escepcion del taimado adulador Felipe. Este perverso le aumentaba el disgusto, haciéndole creer que su desgracia provenía de la envidia y malas artes de sus ému-

los, y no se detenia en incluir en el número de estos á los sugetos mas justos é indiferentes. D. Hilarion, pues, desconfiaba de todos, y como no tenia prudencia para disimularlo, se puso mas de una vez en peligro de que le quitasen la vida. Ningun criado se libraba de sus insultos: porque Felipe tenia infernada la familia de tal modo, que muchas veces se quedó por único y universal criado de su amo.

Pero ¡cómo ciega la culpa á los que hacen hábito de ella! Jamás creyó D. Hilarion que sus infortunios dimanaban de sus crímenes horrendos: y (lo que es mas) nunca llegó á pensar mal de Felipe, porque el tal D. Hilarion era un ignorante de aquellos que todo lo ven al revés, y que á nadie creen ni de ninguno se fian, sino le presentan los objetos del modo que ellos los perciben.

Ya es tiempo de manifestar que D. Clemente era viudo, y que tenia una hija mui bella, y tan virtuosa como su padre, llamada Jacinta. Un jóven ilustre y rico, pero vicioso y atolondrado, la pretendió por esposa: mas el padre se la negó, bajo ciertos pretestos honestos; y la hija lo aborrecia por su mala conducta. El tal caballerito se resintió de la repulsa, y se despicaba con insultar á D. Clemente y á Jacinta á fuerza de mofas y bufonadas picantes, propias de su inmoralidad y poco juicio. Creyó D.

Clemente que enviando á su hija por una temporada à casa de unas Señoras parientas suyas, que vivían en un pueblo distante algunas leguas de la ciudad, cesaría el enfado del pretendiente, que quizá se inclinaria à otra dama, y olvidaria lo acaecido con respecto á Jacinta. Propuso á esta su pensamiento, lo adoptó gustosa, y al dia inmediato se puso en marcha. Llegó á casa de sus parientas, y se mantuvo largo tiempo en ella, hasta que, habiendo muerto su pretendiente, la hizo volver D. Clemente á su compañía.

Jacinta era la delicia de su padre, y la alegría de su casa. Su afabilidad en el trato, su sencillez en el vestir, su modestia y su candor la hacian mui amable. Siempre estaba ocupada en cosas útiles, porque nada iguoraba de cuanto debe saber una muger para cumplir bien con las obligaciones de cualquier estado que abrace, porque aborrecía la ociosidad y conducta de las jóvenes galantes y frívolas. Hacía labor acompañada de sus criadas, y tenía con ellas conversaciones amenas, en las cuales las instruía sin afectacion ni molestia en mil cosas utilísimas á las de su sexo, grangeándose cada vez mas por estos medios su cariño y estimacion.

No era Jacinta una de aquellas perezosas, á las cuales parece que les falta tiempo pa-

ra disfrutar de la cama: madrugaba, dirijia las operaciones de los domésticos, pasaba al cuarto de su padre, y cumplia con las obligaciones de una hija obediente y cariñosa; se desayunaban juntos, y salian á misa.

D. Clemente deseaba casar á su hija de un modo que pudiera hacerla feliz: cosa que consideraba mui árdua en estos tiempos. Veía que Ignacio era de una familia ilustre, y que estaba adornado de la virtud y buenas circunstancias que hacen á un hombre útil y amable. Advertia que este jóven y Jacinta se estimaban mútuamente, y aun divisaba en ellos las primeras insinuaciones de un amor verdadero, aunque honesto y decoroso. Conocia las ventajas que podria acarrear á la paz y conservacion de su casa la union de estos dos jóvenes, y el descanso y consuelo que le proporcionarian en su vejez; y últimamente, este padre justo y generoso era incapaz de hacer una especulacion mercantil con una hija tan digna de una suerte venturosa. Así, pues, D. Clemente resolvió casarla con Ignacio, cuya voluntad esploró con prudencia y maña, y la halló dispuesta favorablemente á sus designios.

Una hermosa mañana de primavera al salir de la iglesia D. Clemente y su hija,

se convinieron en dar un paseo, durante el cual se hablaron así.

D. *Clemente.* ¿Qué me dices, hija mia, en órden al estado en que has hallado la casa despues de tu larga ausencia? Alguna novedad habrás advertido con respecto al buen método en que la dejaste.

Jacinta. No la he notado, padre mio. Todo está mui bien arreglado, porque la familia es de excelente calidad. Ese jóven que V. ha recibido influye mucho en ello. Las gentes que han venido á visitarme han hecho mil elojios de él, y me han asegurado que ama á V. con sinceridad, y que nos es mui útil.

D. *Clemente.* No te han engañado, Jacinta: mucho le debemos, y sentiria no poder pagárselo con generosidad. El, aunque pobre, es mozo mui distinguido y pundonoroso, y creo que el dinero no será el premio que mas le agrade. Ya lo he esperimentado.

Jacinta. Con que tan desinteresado, virtuoso y bien nacido es Ignacio. Ya advertia yo en sus modales, en su carácter, y aun en su persona....

D. *Clemente.* ¡Ola chica! Parece que lo has observado con bastante atencion.

Jacinta. Como todos me le alaban tanto..., Y V. le estima... y es tan útil...

D. *Clemente.* Si, es un mozo completo; y

tanto que no me pesaria de que fuese hijo mio.

Jacinta. Ni á mí tampoco. Quiero decir...

D. Clemente. Quieras decir lo que gustes, lo cierto es que tú pudieras hacer este milagro, y que yo no te lo impediría. Vamos claros: Ignacio es tambien nacido como tú, y ha tenido una educacion excelente: su virtud es sólida: su genio dócil: su corazon generoso y tranquilo: finas sus modales: grande su celo por los aumentos de nuestra casa; y mucha su inteligencia en manejarla. Repito que es pobre, pero tú pudieras hacerle rico y feliz.

Jacinta. Entiendo lo que V. quiere decirme, y ya que tiene la bondad de hablarme con franqueza, me determino á decir á V. con la misma (aunque no sin rubor), que condesciendo sin violencia con su voluntad. Pero ,es necesario saber como piensa Ignacio. Yo no quisiera...

D. *Clemente.* Ignacio me habla de tí con frecuencia y entusiasmo, y yo conozco lo que pasa en su corazon, aunque procura recatármelo, por mis respetos y por su situacion actual. Obsérvalo tú, disimula, y deja á mi cargo lo demas. Tiemblo al considerar que pudiera la desgracia hacerte compañera de un vicioso, de un impío..... ¡Ah hija mia! No nos libramos de mala años pasados.

Jacinta. Pues padre mio, V. disponga de mí, y no dude que el talento, la virtud y la piedad son las prendas que mas apreciaré en el que haya de ser mi esposo, y que siempre he mirado con suma indiferencia lo que proviene de los caprichos de la naturaleza y de la fortuna.

D. *Clemente.* Me alegro de que pienses así. Volvámonos, si te parece, que ya es hora.

Jacinta. Sí, Señor, hemos paseado bien, y V. estará cansado.

Pocos meses despues de esta conferencia se verificó el matrimonio de Jacinta é Ignacio con mucho gusto de los contrayentes y de sus padres. Todos imploraron la asistencia de Dios, en cuyas manos se pusieron con la esperanza de que no les negaria su bendicion divina. Aunque la envidia de unos, y la ignorancia de otros reprobaron este casamiento, fué mui aplaudido de las gentes de juicio, porque vieron unidos dos consortes á cual mas amable y virtuoso, cuyos principales objetos eran mantener su buena reputacion, hacer bien á todos y cuidar del descanso y satisfaccion de su padre. Los pobres honrados vierón perpetuarse una familia bienhechora, y bendijeron el enlace de unos jóvenes religiosos y compasivos, á quienes aplaudian con las aclamaciones mas alegres y veraces siempre que tenian el placer de verlos.

Los padres de Ignacio asistieron á las bodas de su hijo, y en ellas manifestaron la urbanidad y demas bellas prendas, propias de su cuna y buena crianza. Sus demostraciones de amor y reconocimiento, y la ternura y respetos con que fueron correspondidas, causaron la mayor satisfaccion, y la completó D. Clemente con la escena que sigue.

D. *Clemente.* Querido Ignacio, nos hallamos en el caso de que cumplas una palabra que me tienes dada, tan puntualmente como yo he cumplido otra que te dí al mismo tiempo.

Ignacio. Señor, estoi pronto á hacerlo: pero si esa palabra es la que discurro, aun no me hallo en estado de poder cumplirla.

D. *Clemente.* ¿Con que aun no te crees en el caso de socorrer á tus padres con generosidad?

Ignacio. No, Señor, yo nada tengo que poder ofrecerles, sino mi amor y respeto.

D. *Clemente.* Te engañas. Tú eres dueño de cuanto poseo desde que lo eres de mi amada Jacinta: y esta no llevará á mal que su marido haga uso de lo que le doi en cosas tan justas.

Jacinta. Sí, querido Ignacio, socorre á tus ancianos padres con franqueza: yo te lo ruego con las mayores veras. Dios nos

lo premiará. Padre mio, ¡cuánto agradezco á V.....!

D. *Clemente.* No tienes que agradecerme cosa alguna: ya he dicho que nada es mio de cuanto hai en casa: quiero ser un alimentista vuestro; pero cuidado, chicos, que no me habeis de escasear el fondo de limosnas.

Los padres. Señor D. Clemente, no es razon que abusemos....

D. *Clemente.* Eh, tonterías, vejeces... Tomen lo que les den los muchachos, y no se metan en abusos ni en calabazas. ¡Ola! ¿Me quieren aguar la funcion? Pues no. Señor D. Ignacio, los hombres como V. deben reflexionar lo que ofrecen; pero una vez prometido, á cumplirlo tocan. Con seiscientos ducados anuales saldrá V. con lucimiento de la empresa.

Jacinta. Me parece mui poco, Señor.

D. *Clemente.* ¡Bendita sea tu boca! Añade otros cuatrocientos por tí, y para mostrar tu generosidad.

Jacinta. Pues, sí; mil ducados hemos de dar á los pobres abuelos; aunque á Ignacio le parezca mucho.

Ignacio. Yo estoi absorto.... admirado. ¡Dios mio! No merezco el bien que me haceis. ¡Esposa amada! ¡Padres mios!....

D. *Clemente.* Jacinta, ¿apuestas algo á que llora tu marido? Pues lo sentiré, por-

que ya veis que estoi de bellísimo humor. ¿No lo dije? Mira, mira, que lagrimones. Tiene el corazon como una manteca.

Jacinta. Su llanto es de aquellos que solo se notan en los hombres de bien: dejémosle que se desahogue.

Ignacio. Dile á padre que tambien su merced......

D. *Clemente.* No le digas: vamos, esto se acabó. Salgamos un rato á paseo, que la tarde es mui buena.

Todos. El Todopoderoso conserve á V. para nuestro consuelo.

D. *Clemente.* Vamos á paseo digo.

Los padres de Ignacio. Nosotros nos quedaremos, si V. gusta.

D. *Clemente.* No gusto. ¿Quieren quedarse en casa, porque no tienen vestidos de moda? Las verdaderas modas son las virtudes: sino las tienen quédense, porque no quiero acompañarme con los que carecen de ellas.

Ignacio. Señor, mis padres aunque infelices.....

D. *Clemente.* ¡Dios te bendiga, hijo mio! Si no sales á su defensa; me hubieras apesadumbrado. Iba á picar á Vds. Vamos, Señores.

Los padres de Ignacio. Ya lo conocimos. Vamos pues.

El contento, la paz y la abundancia rei-

naban siempre en la casa de D. Clemente, á cuya persona y familia seguia protegiendo Dios en premio de su constante piedad y beneficencia. Los padres de Ignacio se volvieron á su pueblo llenos de consuelo y de satisfacciones, y se mantuvieron en él perfectamente con la consignacion que se les hizo.

Una noche estaba D. Clemente en conversacion con sus hijos, y oyó tocar á fuego. De allí á breve rato entró un criado, y dijo: "Señores, la casa de D. Hilarion está «ardiendo de tal modo, que presto que«dará reducida á cenizas. Dicen que aquel «caballero está herido gravemente, y que «un criado suyo, llamado Felipe (el cual «ha huido) es el asesino y el incendiario. «A D. Hilarion lo estan curando en una casa «inmediata suya."

D. Clemente y sus hijos sintieron mucho la desgracia del infeliz D. Hilarion, á quien trataron de favorecer inmediatamente. A pesar de que la noche estaba mui fria y lluviosa, salió de casa D. Clemente, acompañado de dos criados, y se dirigió á la en que se hallaba el herido: llegó á ella, y fué informado de aquel suceso fatal en los mismos términos que lo refirió su criado. D. Hilarion habia perdido el conocimiento y el habla por la mucha sangre que derramó por las heridas que estaban acabando

de curarle, y por el terror que le causaron las horribles circunstancias de aquella catástrofe.

Muchos de los que pasaban por sus amigos se acercaron á saber del estado en que se hallaba; y al ver que era tan deplorable, le abandonaron diciendo, *Dios le consuele y asista. El Señor lo ha dispuesto así, y es menester conformarse. ¡Pobre D. Hilarion! ¿Cómo ha de ser?* &c. La gente inconsiderada no dejó de soltar algunas espresiones satíricas é inoportunas, relativas á las circunstancias poco recomendables de D. Hilarion; lo cual sintió D. Clemente, y procuró evitarlo, consiguiendo de los ministros de justicia que se despejase la pieza donde estaba el herido, y que no permitiesen entrar en ella sino á los sacerdotes y facultativos que debieran asistirle en aquel trance.

La casa de D. Hilarion y cuanto habia en ella fué consumido por la voracidad de las llamas. El malvado Felipe, auxiliado de otros dos tan inicuos como él, habia robado todo el dinero y las alhajas de valor. D. Hilarion no tenia parientes ni persona alguna que le socorriese; y pobre, herido cruelmente, y abandonado de todos, hubiera sufrido la suerte mas amarga, si el noble corazon de D. Clemente (incapaz de venganza y de resentimiento) no hu-

biera ocurrido á una necesidad tan urgente.

Con anuencia de la justicia hizo D. Clemente que llevasen á su casa al herido, y en ella esperimentó en toda su estension los efectos de la caridad cristiana. D. Hilarion sanó de sus heridas, (y aunque con muchísimo trabajo) curó tambien de las que recibió en su corazon con la absoluta pérdida de su hacienda. D. Clemente y sus hijos fueron los sábios médicos que lograron este triunfo.

Cuando D. Hilarion estaba ya restablecido le sacó D. Clemente á paseo una tarde; anduvieron un rato, se sentaron á descansar, y se hablaron del siguiente modo.

D. *Clemente.* ¿Cómo vamos de fuerzas, Sr. D. Hilarion? V. se habrá cansado mucho.

D. *Hilarion.* En efecto. Estoi mui débil. ¡Cuánto he padecido en el cuerpo y en el espíritu! Pero (gracias á Dios y á V.) ya me siento bastante bueno. Si no hubiera tenido en V. y en sus amables hijos unos amigos tan caritativos y juiciosos, ¡ qué hubiera sido de mí! Yo no era capaz de haber podido tranquilizar mi ánimo, ni de haber perdonado á los autores de mi desgracia. Los crímenes que he cometido por un efecto de mi ignorancia y de mi malicia (los cuales detesto y lloro amargamen-

te, habian hecho desaparecer la luz de mi alma, á la cual cubrian las tinieblas mas oscuras. Abusaba de la religion del modo mas inicuo: solo escuchaba con gusto la voz fementida de la adulacion, y cerraba los oidos á los avisos de la piedad y de la justicia. En fin, yo era perdido; pero V., generoso amigo, me ha hecho feliz.... V....

D. *Clemente.* Yo puedo haber sido el instrumento de que se ha servido el divino Padre de las misericordias para hacer conocer á V. sus pasados yerros, y ponerle en el caso de que los abomine. Pero Dios es el autor de la felicidad de V., y este Señor no necesitaba de mí ni de nadie para hacer á V. un bienaventurado.

D. *Hilarion.* Es cierto. ¡Cuánta ha sido su misericordia para conmigo!

D. *Clemente.* Mucha es la que nos dispensa á todos, y debemos vivirle mui reconocidos.

D. *Hilarion.* ¡Esta falta de buena educacion es la ruina de muchos infelices como yo! Ya se ve, ha obrado uno sin discernimiento, hecho un ciego secuaz de los malos, un imitador servil de las prácticas mas viciosas....

D. *Clemente.* Me alegro de que V. lo conozca. Crea V., amigo D. Hilarion, que los hombres mal educados, ademas de acarrearse su perdicion y deshonra, causan el des-

crédito de los ejercicios en que se emplean. En el comercio hai muchísimos hombres distinguidos, útiles y justificados; pero tambien hai un sin número de ignorantes, los cuales no hallando recursos en su entendimiento nada ilustrado para poder mantener las obligaciones que contraen sin faltar á la equidad y al decoro, echan mano de arbitrios viciosos, y se dejan dominar de las pasiones mas injustas, en perjuicio del estado, del buen nombre de su destino, y de sus mismas conciencias.

D. *Hilarion.* No hai duda, y yo he sido uno de esos; harto me pesa. Ademas, por la misma falta de buenos principios he desempeñado mui mal las obligaciones de un buen amo. Permítame la modestia de V. que haga un paralelo sobre este punto entre su conducta y la mia. Me consta que V. no ha recibido criado alguno, sin hallarse bien informado de sus buenas circunstancia con respectos á la religion y á la moral; yo he prescindido de esto, y admitia solamente á los que me parecian á proposito para llenar mis ideas injustas. Veo que V. trata á sus domésticos con un amor paternal: que los instruye con discrecion: que sufre sus faltas con paciencia: que los corrije con acierto y dulzura: que les paga con puntualidad y generosamente; y en fin que logra hacerles ama-

ble la misma servidumbre. Todo lo contrario he hecho yo con los que han tenido la desgracia de servirme. Así, pues, V. advierte en los suyos la mas sincera gratitud, un amor verdadero y respetuoso á su persona, mucho celo por los aumentos de la casa, y un conato eficacísimo en servirle y complacerle. Y yo, ¿qué he logrado de los mios? El desprecio, el abandono, el aborrecimiento y el atentado mas atroz.

Una triste esperiencia me hace conocer que los amos necios é irreligiosos han corrompido la clase de los sirvientes. Los llaman *enemigos no escusados*, porque no saben hacer de ellos amigos fieles y constantes. Notan su falta de respeto, de buen celo y lealtad; pero es porque los admiten sin exámen, y los tratan con menosprecio y tiranía, ó bien porque los hacen cómplices de sus flaquezas y crímenes.

V. amado D. Clemente, me ha demostrado estas verdades: en la casa de V. mora la santa virtud, y yo me he renovado en ella. No soi el mismo desde que tuve la dicha de habitarla, y de oir las saludables correcciones de su dueño.

D. *Clemente*. Dios es quien ha hecho la feliz mudanza que efectivamente noto en V. Dé V. infinitas gracias á este Señor, y por lo que respecta á mí, cuente con la buena voluntad de un compañero que le es-

tima, y le cuidará con esmero mientras viva.

D. *Hilarion.* Dios se lo pague á V. Ai! ¡Cómo tuve atrevimiento de calumniar y perseguir á un hombre tan honrado! ¡Yo fuí tan temerario....

D. *Clemente.* Ya he rogado á V. muchas veces que no se mortifique con esos recuerdos. Venga un abrazo, y volvámonos á casa.

D. *Hilarion.* Vamos pues. ¡Dios mio! bendecid á mi bienhechor y á su virtuosa familia, y miradme con ojos de piedad.

D. Hilarion se mantuvo en casa de D. Clemente cerca de un año, al cabo del cual murió arrepentido y conformado con la voluntad divina. Solamente pudo disponer de ciertas cantidades que le debian algunos de sus parroquianos, y rogó á D. Clemente que las distribuyese entre los pobres. Perdonó á su criado Felipe, é hizo que constase asi de un modo auténtico, por lo que pudiera convenir en algun tiempo á aquel delincuente: pero de nada sirvió esta precaucion, porque Felipe tuvo un fin mui desgraciado.

La caridad y el amor con que D. Clemente y sus hijos trataron á D. Hilarion acabaron de granjearles el aprecio y admiracion pública. Esta familia estimable vivió una larga edad, dejando vinculadas

en su descendencia las virtudes mas heróicas, y la piedad mas santa.

Hemos visto cuales son los efectos de la educacion. D. Clemente é Ignacio tuvieron la dicha de recibirla buena: véase la conducta del primero como padre, como amo y como hacendado y comerciante, y la del segundo como hijo y como criado: y hallaremos en ambos mucho que admirar y aprender. D. Hilarion y Felipe tuvieron la desventura de haber sido mal criados, y tambien hemos visto la infelicidad á que los condujo su ignorancia y falta de buenos principios.

Demos pues, á Dios, á nuestro Soberano y á nuestro gobierno las mas humildes gracias, porque nos proporcionan los medios de que recibamos una buena educacion, y procuremos corresponderles con nuestro agradecimiento y buenos servicios.

CON MOTIVO DE LA APERTURA DE la nueva escuela de la M. N. y M. L. villa de Chinchon, cuyo maestro ha sido dotado en gran parte por la jenerosidad de los vecinos hacendados de esta villa, y cuyo establecimiento ha sido honrado por S. M. con el título de Real, y con la prerogativa de ser visitado por el visitador de la escuelas Reales.

CANTO INAUGURAL.

En la vega frondosa,
Que riega del Tajuña cristalino
La corriente apacible y caudalosa,
El gallardo Clorino,
De la ilustre Chinchon pastor honrado,
Apacentando estaba su ganado.
Y mientras esparcida
Por la selva florida
Su grei se alimentaba
Del pasto regalado,
Clorino recostado
Sobre el céspe que cubre la ribera,
Al son de un pastoril ronco instrumento.
Con dulce voz y dolorido acento
Cantó de esta manera.
"Amada é infelice patria mia,
Objeto de mi amor y mi ternura,
Yo te saludo, y triste compadezco
Tu fatal desventura.

El funesto abandono
En que yacen tus fieles moradores
Disipó mi alegría.
Luchan con los horrores
De la torpe ignorancia
La amable juventud, la tierna infancia.
El astro luminoso
De la sacra piedad apenas puede
Alumbrar el espacio tenebroso
De mi patria afligida;
Y el detestable vicio
La conduce á un horrible precipicio.
Las costumbres padecen,
Las virtudes perecen,
Y triunfa la malicia
Del pudor, del decoro y la justicia.
La tierra cultivada
Por imperitas manos,
No rinde á los humanos
Los frutos diferentes y abundantes
Que su seno feraz ofrecería
A la sabiduría.
Las artes y la industria abandonadas,
Tristemente olvidadas,
No ocupan ni sustentan;
Y el ócio y la miseria voluntaria
Hacen á la razon torpe y precaria.
Vagan los niños sin razon ni guia
En la edad peligrosa:
Y la culpa horrorosa,
No encontrando virtud que la rechace,

En ellos satisface
Sus efectos terribles,
Que á veces suelen ser incorregibles.
¡O tú, divina luz, don de los Cielos,
Sagrada EDUCACION, *guia del hombre!*
Permite que te nombre,
Y que implore Clorino
Tu socorro divino
Y tu influencia amada
En favor de su patria desdichada.
Oye mis tristes voces,
Y mi llanto afligido compadece.
Ah! ¡Los vientos veloces
A ti lleven mis ecos doloridos,
Y los escuchen gratos tus oidos!
Desciende á dar consuelo,
Del infeliz Clorino al patrio suelo."
Cantó el pastor: y la celeste esfera
De un resplandor clarísimo se inunda,
Que en el ameno valle reverbera.
Con reverencia y humildad profunda
Clorino alzó la vista al firmamento,
Y vió sobre una nube
De nacar y carmin una matrona
Con sencillo ornamento,
Y de hermoso y dulcísimo semblante,
Que con cuidado atento
Dictaba á un bello infante
Piadosas leyes y principios sábios;
Y al paso que sus labios
A la instruccion del niño dirigia,
Su diestra sostenia

Un arbolito tierno, al cual guiaba
El benéfico impulso que le daba.
Una luz rutilante
Del sacrosanto Olimpo descendia,
Y en la ninfa infundía
Aquel divino celo
Que alienta su solícito desvelo
Y afectos maternales
Por la felicidad de los mortales.
Clorino gratamente sorprendido,
Justamente admirado,
De gozo enagenado,
Y de dulce esperanza poseido,
A la sacra deidad mira, y advierte
Que le habla de esta suerte:
"Vijilante pastor, ya se acabaron
Tus amargos pesares.
Tus penas dolorosas
Y llanto lastimero
En gozo placentero
Y en verdaderas dichas se trocaron.
De tu patria los próceres piadosos
Inciensos ofrecieron en mis aras
Y en himnos religiosos,
Que al Olimpo llegaron,
Mi asistencia invocaron.
De sus virtudes claras
Dudar ya no he debido;
Y sepultando en el eterno olvido
El desprecio que en tiempos mas fatales
Hicieron de mi auxilio injustamente,

Me he prestado clemente
A asistirles constante y oficiosa,
Como madre amorosa.
¡Ah Clorino! Se vieron
Regalados de Céres y Pomona,
Y los frutos cojieron
De los árboles sacros de Minerva
Y de la vid de Baco;
Y con la tierna yerba
De sus amenos sotos y vallados
Nutrían sus ganados.
Estas eran sus dichas pasajeras;
Pero las verdaderas,
Las riquezas del alma no encontraron
Sino los que distantes las buscaron.
Oh! Tú mismo conoces
Que las culpas atroces,
La estupidez, la irreligion temible,
El desórden sensible,
Y el vicio depravado
Dominan á un mortal mal educado.
Pero este mal cesó: corren los niños
A recibir mis sábios documentos
Y mis dulces cariños,
Alternados de justas correcciones:
Sus tiernos corazones,
Dóciles y contentos,
Aprenden la doctrina,
De la ciencia divina,
El modo de reglar sus procederes,
Y del humano trato los deberes.

Corre, vuela á tu patria presuroso;
Clorino virtuoso,
Y verás reunidos
A sus hijos queridos,
De celo y de piedad dignos modelos,
Uniendo sus desvelos
A los del profesor que han empleado,
De mi ciencia ilustrado,
Ocuparse benignos y constantes
En la felidad de los infantes.
De las mercedes que he debido á Cárlos
Mi augusto protector y caro amigo,
Es tu pueblo testigo;
Y en festivas canciones
Aplaude sus virtudes y sus dones."
Corre (volvió á decir la Ninfa bella),
Y se ocultó al momento
A ser del alto cielo clara estrella.
El pastor prontamente
La custodia encargó de la manada
A su consorte amada;
Y partió diligente
A observar de su patria la ventura,
Colmado de placer y de dulzura.
Llegó, y en los semblantes
Vió de sus habitantes
Las señales de gozo:
El anciano y el mozo,
Los niños y mugeres
Rebosaban placeres,
Y cantaban alegres los loores

De sus sábios y dignos bienhechores.
Un venerable anciano
A Clorino saluda,
Y dándole la mano,
En señal de amistad, así le dijo:
"Caro y dichoso hijo,
(que así debe llamarte
El que logró educarte
En tu temprana aurora)
Abraza al viejo Fabio, que te adora."
"¡ Fabio, padre querido!
(Prorrumpió enternecido
El pastor apreciable)
¡ Cuán grato y venturoso
Es el feliz instante en que te miro!
Y lanzando un suspiro,
Y mil lágrimas tiernas derramando,
Se estrechó cariñoso
Al viejo virtuoso;
Y este, con amorosas espresiones
Le dijo estas razones:
"Ya llegó el dia de placeres llenos,
En que logra la patria
Abrigar en su seno
Las virtúdes sagradas,
Y ver esterminadas
Las mortíferas plantas de los vicios.
Hoi, por los generosos sacrificios,
Por la constancia, celo y diligencia,
Rectitud y prudencia
De nuestros justos próvidos hermanos.

De sus conciudadanos
Los caros hijos tienen quien dirija
Los tiernos corazones: quien corrija
Con tino sus delitos:
Quien de la religion los sacros ritos,
La moral saludable,
Y la instruccion en fin les haga amable.
Nuestro sábio y benigno Soberano
Bajo su proteccion ha recibido
El establecimiento distinguido,
Que con liberal mano
Ofrece á la niñez tu pueblo justo.
Su protector augusto
Lo ha colmado de honor, y lo hará eterno
A pesar de las iras del infierno,
Las plantas estimables y preciosas,
Porcion del corazon de los consortes,
Y de la humanidad dulces delicias,
Lograrán las primicias
De aquella educacion piadosa y sábia,
Que de las furias la implacable rabia
Confunde y desalienta.
¡Ah Clorino! ¡Cuán lenta,
Cuán perezosa ha sido
La carrera de un bien tan apacible!
Por eso es tan amable
Su posesion dichosa,
El corazon reposa
Sobre este triunfo. El resto de mis dias
Ya será afortunado;
Moriré consolado;

Y mientras me conserve la existencia
El Dios de la clemencia,
Bendeciré su mano poderosa,
A la cual ha debido
La amada patria el bien que ha recibido."
"¡Oh Supremo Hacedor! ¡Oh Rei amable!
¡Oh pueblo venturoso!
(Esclamó el fiel Clorino dulcemente)
Yo supe vuestro triufo: sí, yo he visto
La ninfa mensajera,
La sábia jardinera,
Recta cultivadora
Del espíritu humano,
El padre Soberano
(¡Mi corazon de júbilo se inflama!)
A vosotros la envía, porque os ama.
Apreciadla, queridos compañeros;
Y con sábios esmeros
Y conato vehemente
Hacedla transmitir de gente en gente.
Los pueblos de la Iberia imitar deben
Vuestra beneficencia generosa:
Los nombres de los héroes que promueven
La educacion preciosa,
En mármoles y bronces
Esculpidos serán y venerados;
Y Clorino grabados
En los troncos robustos
Del duro roble y de la fuerte encina
Los vuestros dejará para memoria
De la posteridad y de la historia;

Y escribirá su mano
Primero el de su amable Soberano:
¡Oh, Profesor querido!
A tu ciencia y talento conocido
Fio la niñéz tierna de mi patria:
Hazla feliz: ¡así los cielos santos
Te bendigan y libren de quebrantos!
Y vosotros, amadas dulces prendas,
Queridos niños, almas inocentes,
Tributad reverentes
A Dios vuestras sinceras alabanzas.
Huid las acechanzas
De los vicios mortales,
Origen de los males:
Conservad la inocencia,
Y la santa pureza de costumbres,
Que os librará de amargas pesadumbres.
Vivid reconocidos,
Pues de su amor os veis favorecidos,
A vuestro Rei clemente.
Pedid al Hacedor Omnipotente
Por su felicidad, salud y acierto,
Y que viva triunfante
En trono de diamante
Con su dulce consorte y prole amada.
La virtud acendrada
De los munificentes protectores,
Que son de vuestra dicha los autores,
Os debe edificar. Rogad al cielo,
Que premie su bondad, constancia y celo."
A Dios, patria dichosa.

A Dios, Fabio querido,
Clorino esclama, y parte complacido
A morar su cabaña
En las riberas que el Tajuña baña.

CANCION RECITADA

EN LOS EXÁMENES PÚBLICOS de las escuelas Reales de esta Córte, celebrados de acuerdo de la Real y Suprema Junta general de caridad, y tenidos en las casas Consistoriales de esta villa en los dias 23 y 25 de Enero de 1800.

Huye, monstruo feroz, huye; y las aguas
Negras y pestilentes
Del Tártaro profundo te sepulten,
Y eternamente oculten,
Vicio cruel, aborto de las furias,
Instrumento fatal de sus injurias:
No de los inocentes
El corazon sencillo y delicado
Infestes con tu aliento emponzoñado.
Y tú, torpe y grosera
Estúpida ignorancia
Huye tambien de la region Ibera.

Deja á su bella infancia
En el dulce regazo
De la sabiduría
Gozar con alegría
De la santa piedad y las virtudes
Los frutos saludables y sabrosos,
Libre de tus influjos perniciosos.
Huid (vuelvo á decir), de estas regiones
Horribles vicios, sombras tenebrosas:
Máximas ominosas
De la oscura ignorancia aborrecible;
Y no las venenosas confecciones,
Que ofreceis á los míseros mortales
Con encono terrible,
Produzcan el horror, los tristes males,
Que llenan de amargura
Y de vanos prestigios é impresiones
De los hijos de Adan los corazones.
¡O virtud, *dulce amiga de los justos,*
Y del inicuo siempre perseguida!
Ven, que mi patria te dará acogida.
En los pechos augustos
Mora de los sencillos españoles.
Sin recelos ni sustos:
Te desean, te aprecian y te aman.
¿Los abandonarás cuando te llaman?
Y tú, segundo ser de los humanos,
EDUCACION *sagrada,*
Enemiga del ócio y la malicia,
Asístenos propicia,

Y de tus sábias laboriosas manos
Y mente iluminada
Reciban nuestros jóvenes amables
Lecciones saludables.
Ven, y en mi patria amada
Estiende tus felices influencias.
Y tus beneficencias.
Alumbren los destellos
De tu divina luz esplendorosa
A los infantes bellos;
Y la prole gloriosa
De los ínclitos fieles españoles
Renueve aquellos tiempos venerados,
En que fueron dechados
De ciencia, de valor, piedad y celo.
Este dulce consuelo,
Tristemente perdido
Por un infausto olvido,
Culpable ante los hombres y ante el cielo,
Vuelva á llenar de ciencia y de energía
A la ilustre Española Monarquía.
Sacros patricios Lares,
Númenes tutelares
De mi amada nacion, yo os recomiendo
Encarecidamente
A la española gente
Los ilustres blasones,
Dignamente adquiridos
Por los escelsos ínclitos varones
Héroes esclarecidos

De mi patria gloriosa y respetable,
Se aumente por sus hijos venturosos;
Y no marchiten pérfidos é infieles,
Torpes ó irreligiosos,
De sus progenitores los laureles.
Con acento sonoro
Y con ansias sinceras
Asi cantaba el fiel Altisidoro,
Gentil pastor del sacro Manzanares,
En una de sus plácidas riberas,
De mil fragantes flores esmaltada,
Y de frondosos árboles poblada:
Cuando una luz divina
La atmósfera ilumina.
El pastor se sorprende,
Y con admiracion la vista estiende
Hácia el claro horizonte;
Y de la cumbre de un altivo monte,
Con paso presuroso
Y ademan cariñoso,
Descender vió un mancebo
Mas gallardo que Febo,
Y mas resplandeciente que la Aurora;
El cual con faz serena y voz sonora,
Cercano ya al pastor, le dijo afable:
"Altisidoro amable,
El padre Soberano
Me confió amoroso y providente
El bien y la custodia juntamente
Del hemisferio Hispano.

Su justicia indignada,
Por las culpas atroces, cometidas
Contra su lei sagrada,
A los pueblos castiga riguroso,
Pero el tuyo es dichoso.
En la calamidad que al orbe aflige
El cielo le dirige
Avisos y recuerdos importantes:
Mas no penas tan duras
Mezcladas de insufribles amarguras,
Ni la desolacion y combustiones
Con que airado estermina otras naciones.
Aun hai virtud,
Aun hai costumbres sanas
En tu patria, celoso Altisidoro:
Hai piedad y decoro;
Y aunque de las rabiosas é inhumanas
Iras del torpe vicio
Mira el horrible amago,
No llegará su estrago:
La defiende propicio
El Dios de la clemencia
Con su auxilio eficaz y su asistencia.
La caridad, virtud la mas sublime,
Tiene ministros sábios y leales,
Que alejando los males
De tu nacion heróica, la redime
Del cautiverio vil que sufriria
Si la maldad impía
Pudiera subyugarla impugnemente

A su dominio inicuo é inclemente.
Los decretos de Cárlos el piadoso,
El clamor reverente de sus hijos,
Los conatos prolijos
Y esfuerzo prodigioso
De los ministros de la sacra Astréa,
Y la sinceridad con que desea
Un cuerpo compasivo y vigilante
El feliz é importante
Bien de la educacion, *hará dichosa*
A tu patria querida;
Y de la religion esclarecida
La antorcha luminosa
De la caliginosa
Nube grosera, que su brillo empaña,
Disipará el vapor triste y liviano;
Y no podrá la saña
Del abismo tirano
Impedir que los files españoles
Gocen la claridad consoladora
De la luz mas brillante y bienhechora.
Parte á la Imperial Mantua,
Admira en ella
La probidad, el celo
Y constante desvelo
De sus hijos ilustres y piadosos.
Observa los preciosos
Niños afortunados
Sábiamente educados,
Tiernamente queridos.

Míralos amparados, protejidos
De los sábios benéficos varones,
Cuyo amor puro al bien y á las virtudes,
Y cuyo celo y miras paternales
Los harán venturosos é inmortales.
Quédate en paz, amable Altisidoro:"
El Númen dijo con afecto puro;
Batió sus alas de oro,
Y con ligero vuelo,
Dejando al pastor lleno del consuelo
Mas alegre y seguro,
Se partió diligente
A obedecer al padre Omnipotente.
A una honesta zagala,
Del Alba envidia, de los prados gala,
Encargó Altisidoro su ganado;
Y partió apresurado
A la córte de Cárlos el augusto
Colmado de placer, lleno de gusto.
Del cielo conducido
Fué al dichoso parage destinado
A examinar el fruto sazonado
Que el celo y el amor han producido
Del sábio patriotismo, que promueve
La educacion *sagrada. Se conmueve*
De gozo y de ternura
Al ver tantos ilustres protectores
De la infancia al mirar como procura
Cada niño animoso,
De honor y de virtud estimulado,

Sobresalir al mas adelantado,
Y obtener el honroso
Premio de aquella union caritativa,
Que estimula y aviva
La aplicacion con la mayor franqueza,
Y socorre piadosa la pobreza.
En fin, vió Altisidoro practicado
Del modo mas completo y favorable
Su deseo laudable.
Y de agradecimiento penetrado,
Cuando de España la ventura advierte,
Esclama de esta suerte:
"*¡Amable Cárlos! ¡Soberana Luisa,*
Brillante estrella, de las Gracias risa!
¡Columnas del Estado,
En cuya providad, tino y cuidado
Descansa el Soberano de la Hesperia!
¡Magistrados de Iberia!
¡Sábios ministros de la sacra Témis!
¡Próceres respetables!
¡Junta ilustre! ¡Varones estimables,
A quien el Rei confia
La direccion y guia
De la educacion sólida y cristiana!
¡Discretos y prudentes profesores,
A quien se fia la niñez Hispana;
El cielo os ilumine! ¡Sus piedades
Lluevan sobre vosotros! Jamás pueda
De la fortuna la voluble rueda,
Ni el furor del infierno

Vuestros dias hacer desventurados!
¡Permita el Ser Eterno
Que sean vuestros nombres venerados
En todas las naciones!
¡Que las generaciones,
Con respeto profundo
Los repitan gozosas y admiradas,
Justas y afortunadas
En los diversos ángulos del mundo!
España, patria mia,
En tan dichoso dia
Muestra con regocijo verdadero
Y con candor sincero,
Que sabes apreciar tantas mercedes
Y un bien, que es el mayor que lograr puedes.
Verás por todas partes
De la industria, las ciencias y las artes
Admirables progresos;
Y la próvida madre Agricultura
Te dará la abundancia y la ventura.
Cesarán los excesos,
Hijos del torpe vicio y la ignorancia,
Y sábios, laboriosos y tranquilos,
Llenos de ardiente celo y vigilancia,
Serán los españoles ensalzados,
Felices, y de todos apreciados.
¡Y tú, Dios de clemencia y de piedades!
Por tu misericordia sacrosanta
Las cadenas quebranta
Con que la tenaz guerra al orbe oprime;

¡Tantas calamidades!.....
¡Tan atroces crueldades!......
¡Ah, Supremo Hacedor! Piedad. Reprime
El furor de este monstruo sanguinario;
Y el bien consolador y necesario
De la paz, hija tuya
Haz que la dulce calma restituya
A la afligida tierra,
¡Cese el estrago de la horrible guerra!
La fiel consorte con el caro esposo,
El padre afortunado
Con el hijo estimado
En tranquilo reposo
Gocen en los pacíficos hogares
Recíprocos amores;
Y á tus sacros altares
Se humillen con placer y reverencia
A bendecir tu amor y tu clemencia.
Vosotros, tiernos niños,
Dignos de mis cariños,
Pedídselo al Señor. Alzad los ojos
Al Dios de la bondad, y sus enojos
Acaso calmarán los reverentes
Votos de vuestras almas inocentes."
Asi esclamó el pastor agradecido
Con afecto encendido,
Y volvió sin pesares
A los prados del fresco Manzanares.

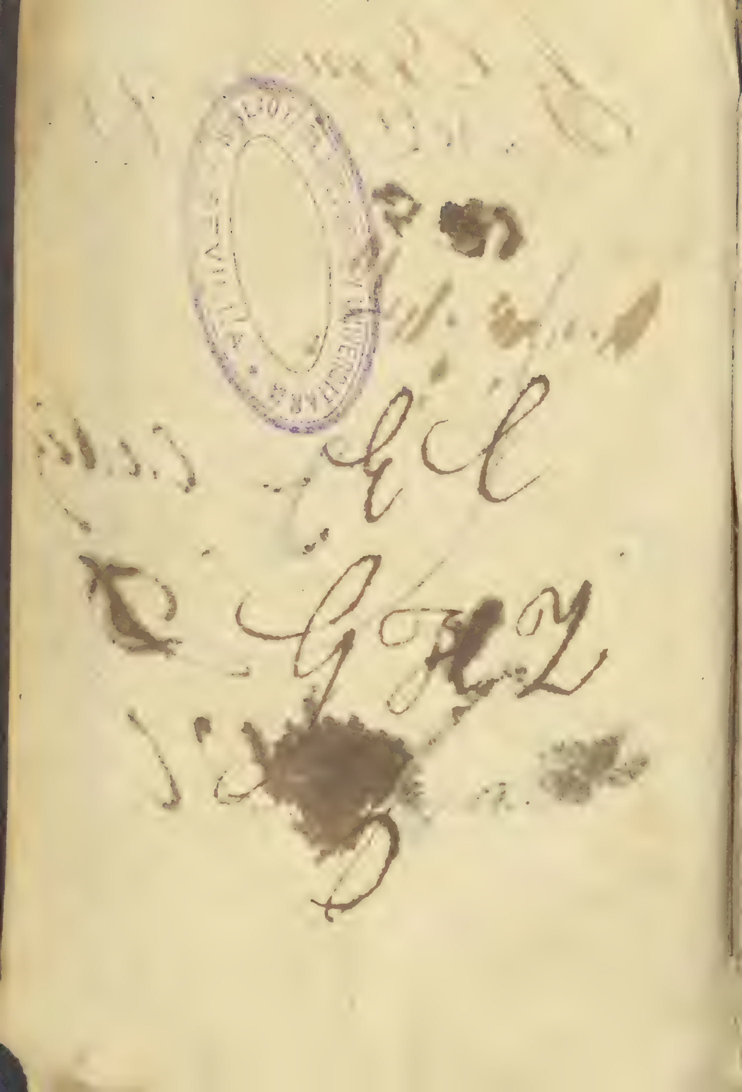
[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Cadiz








colorchecker CLASSIC
calibrite
mm